



Santiago Dimas Aranda

Medio siglo de agonía

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Santiago Dimas Aranda

Medio siglo de agonía

A Perulero, terrón de mi nacimiento, germinal de las emociones de mi vida.

A mis padres, don José Claro y doña Florencia, que marcaron el rumbo a seguir.

A mis hijos Margarita, Santiago, Efraím, Óscar Ángel y Pablo Dimas, inseparables en el arduo derrotero de mi lucha, con amor, con fe y esperanza.

Presentación

Es ésta una aproximación a la ingente lucha asumida por un hombre, por un pueblo, por un país. Por un hombre que vivió, padeció y murió sosteniendo un ideal y, al morir, mató consigo al que reputaba enemigo de su pueblo. Un pueblo que soportó el escarnio de dictadores ignorantes y sanguinarios, militares y políticos serviles y sucios, incapaces de pensar en bien del prójimo y, mucho menos, del país. Un país sometido a los estragos de la corrupción y el atraso, con dos tercios de los habitantes en la ruina, la miseria y el exilio.

S. D. A.

Capítulo I

Culpable de no estar muerto

La culpa la tendría el miedo, su horrible miedo a la muerte, el mismo que continuaba torturándolo. Entre la maleza del caminejo que había tomado, zigzagueaba mascullando la rabiosa convicción de que más hubiera valido quedarse, permanecer en la tragedia, e incluso perecer en ella. No podía perdonarse el haber abandonado el país en tanto numerosos compañeros quedaban afrontando el desastre. Y esa verdad lo atormentaba cada día más a medida que avanzaba en la certeza de haber sido todos implacablemente ultimados. Sin cesar, esa obsesión le agitaba su carga de fantasmas.

El otoño imponía su paisaje exánime en el vasto malezal que orillaba la loma y el poblado, contribuyendo a deprimirlo todavía más. Tal como ya le había sucedido otras veces, no pudiendo soportarse ni soportar a nadie, se alejó de la casa sin rumbo previsto. Al rato, muy fatigado luego de vencer una tortuosa subida, se detuvo a recobrar aliento. Fue entonces que un súbito estremecimiento lo sacudió. Acababa de avistar a corta distancia del sendero, sobresaliendo de un desolado montículo, las negras siluetas de unos horcones, verdaderos muñones de madera quemada que apuntaban al cielo, cuadro hartamente común en

ese tiempo, pero que, por alguna inescrutable razón, lo impresionaba vivamente, aún sin precisar el lugar donde estaba.

Ciertamente, no era el primero en sufrir tamaño impacto ante la repentina visión. Quienes por allí pasaban, en conocimiento de la matanza y presuntas apariciones relacionadas con ese extraño sitio, generalmente se sobrecogían y santiguaban.

Él, obligado por una fuerza superior a la voluntad, apartó cactus y zarzas que le cerraban el paso y avanzó. Subió con dificultad al redondel defendido de las erosiones por un cerco de erizadas tunas, llegando a un pequeño claro donde, sobre un terreno extrañamente sinuoso, estaba la tapera. Trozos de objetos de alfarería y de metales quemados por la herrumbre, vestigios todos de míseros enseres, asomaban diseminados a flor de la tierra muerta. Y al pie del horcón mayor, entre pedernales y restos de antiguas cruces, un tronco de madreSelva rebrotaba con increíble afán de sobrevivir.

El hombre fue cayendo en cuclillas, inmerso en la lúgubre paz que allí se respiraba, disponiéndose con obsesivo interés a escudriñar los elementos de tan yermo conjunto. Ya el rezo huérfano de avejillas yuyeras anunciaban el crepúsculo, pero eso no podía distraer la atención de quien, intuyendo estar rodeado de arcanas presencias, buscaba desempolvar la agonía de cuantos imaginaba atrapados por la deflagración cuyos rastros aún le horrorizaban. Y entrando a presentir extraños vínculos entre la propia casual presencia y las pruebas de vandalismo que creía estar a punto de descubrir, comenzó examinando con detenimiento los negros horcones en cuyas hendiduras crecían hierbas de color ceniza. E inesperadamente, en una parte aplanada al hacha de uno de esos maderos, bastante lisa pese al musgo que cubría las huellas del fuego, pudo distinguir, con imaginable asombro, el cabo de un puñal clavado hasta lo posible, y debajo, acaso grabado con ese mismo puñal, varios nombres, aunque sólo algunos todavía legibles: «Zoilo... Sixto... Luciano...».

La sorpresa lo puso de pie. Pasmosamente, esos nombres coincidían con los que él acababa de exhumar de sus reconditeces bajo misteriosas influencias.

Quiso aferrar el puñal con ambas manos para arrancarlo. Pero, apenas tocado, el acero se partió a ras de la madera. Y el hombre barbotó: «También está muerto».

Tratando luego de ordenar el revoltijo de sus recuerdos, apartose unos pasos y se puso a otear las inmediaciones y lejanías: la colina donde dormitaba su atribulada ciudad, Loma Verde; el bajío donde antaño retozaba persiguiendo ñahanaes; y ya bordeando la noche, a lo lejos, la imponente cordillera de Ybytyruzú. Allí, en las mañanas de su niñez de leyenda, veía nacer de entre los muslos de las rocas un sol jubiloso. De allá, según le decían, también nacía el viento. Y tenía que ser allá, necesariamente, donde debía descubrir el fuego del amor y el pavor de la muerte. El primero a quien vio morir allá, entre la breña salvaje, fue su propio padre.

Tan sorprendentes referencias le trajeron una repentina luz, y pudo así, imprevistamente, volver a sus olvidados momentos de vagabundo infantil, aquéllos que aprovechaba para llegar hasta lo alto de ese baldío que ahora pisaba, habitado entonces por un ciego casi irreal que llamaban Zoilo Herrero, y contemplar desde allí la tierra de su nacimiento.

Una vez reconocido el lugar, dejase llevar por un tropel de evocaciones hasta volver nuevamente a Zoilo, el más pintoresco personaje de Loma Verde. A medida que los nubarrones de la memoria se le aclaraban, de a poco pudo reconstruir la imagen del anciano. Ya recordaba sus ojos enormes y blancos, como sancochados; mas también pudo recordar el tierno trato que aquél daba a los niños, cuya compañía buscaba porque, decía, sólo con ellos encontraba alegría, y porque sólo ellos confiaban en él. Y aquí le sorprendió el recuerdo de que uno de aquellos niños que solían seguir a Zoilo fascinados por su carga de afecto fuera precisamente él. Sí, él... Y entonces pudo recuperar su propio nombre largamente borrado de la mente, Arturo Guerra.

Volviendo al carril del tiempo allí detenido, por fuerza debió toparse con caras conocidas como las de Luciano y Sixto, pedazos de su infancia, y otras tiznadas de pólvora, endurecidas por la violencia, que se le habían quedado grabadas en lo recóndito del alma. Las había conocido durante infortunadas batallas en que cayeron defendiendo el color de una esperanza.

Pocos habían ido a parar al exilio como él. Casi todos eligieron quedarse combatiendo hasta el fin. Algunos, tal vez, yacerían en ese lugar. Tal vez, antes que vivir huyendo, habrían preferido eternizarse en ese total olvido, amalgamarse con esa desolada tierra, ser madera oscura, triste arbolejo o simplemente polvo.

Sumido en tales conjeturas e indagando entre despojos de presuntos horrores, Arturo Guerra rescataba numerosas presencias, espíritus encarnados en todo lo visible y tangible que lo rodeaba, hermanos suyos todos, viejos habitantes de la tristeza.

Zoilo Herrero se había incorporado a su mundo rebelde durante el último año escolar que viviera bajo la tutela de la tía Juana, más conocida en el pueblo por «la beata». El anciano provenía de una época a la vez gloriosa y lúgubre. Hablaba de tormentas guerreras, de tropelías políticas y miserias de toda índole. Como raigón arrojado al torrente humano, se lo veía hirsuto y desfigurado por los múltiples tumbos. Nada poseía en la vida salvo su vejez y su casi infantil fantasía.

La beata lo odiaba. Los fieros gestos con que ilustraba sus denuestos no dejaban dudas al respecto. Cada vez que pescaba al sobrino con las hondas y bodoques que le enlodaban los bolsillos, y cada vez que lo veía trayendo en los codos y rodillas el verdín de los árboles y cercos trepados en sus andanzas, lo increpaba llamándolo «sucio», y aun a veces «asqueroso, como el Zoilo ése de las calles».

Entonces, por supuesto, Arturo no podía sino imaginar al tal Zoilo un sujeto despreciable. Pero esa idea le duró tan sólo hasta que hallara la ocasión de conocerlo en persona, ocasión que le cupo el día menos esperado, al encontrarse de pronto con un sartal de chicuelos pegados al anciano por una magia desconocida. Arturo se les acopló sin titubeos. El anciano, yendo por una calle y otra, pregonaba las bondades de su trabajo de herrero. Y entre pregón y pregón, inventaba ingeniosos cuentos y chistes que los muchachos pagaban con su alborozo. Y Arturo regresó a la casa encantado.

Desde aquel encuentro, no cesaba de recordar al herrero ciego. Y un día, llevado por la curiosidad más lejos aún, decidió averiguar la real identidad del extraño trotacalles tan feo como lleno de amor. Ahora lo acuciaban las ganas de saber lo que ocultaba tras la aparente paz de su cara deforme, cómo se las arreglaba para hacer su trabajo, y por qué lo hacía pudiendo vivir de la pía limosna como la generalidad de los ciegos. Eran puntos que se había propuesto aclarar, así le costasen, con tal de echar por tierra las que él reputaba maledicencias de la tía santona.

Y con esas cosas en la mente, Arturo volvió día tras día en busca del pintoresco herrero y su pandilla. Pero aquellas simples razones que le impulsaban en procura de tan original amistad, pronto fueron derivando hacia otras no tan simples. Efectivamente, con el correr de los días, Arturo se notaba descubridor de una maravilla de cuya existencia nadie le había hablado en la casa: la alegría. Y al conocerla, aquel dócil jovenzuelo, el de las ingenuas travesuras por los terrenos domésticos, por fuerza se sintió con alas, felices alas que habían de llevarlo a faltar del cobijo tutelar más horas cada vez, hasta volverse finalmente un verdadero castigo para la tía Juana, en cuyo corazón cargaban plomos sus endiabladas andanzas.

Entretanto, el año escolar finalizaba, y Arturo, al igual que la mayoría de sus pares del colegio, debía regresar a su terrón de origen. El suyo era un paraje perdido en las estribaciones de la cordillera, un lugar de ensueño de antiguo llamado Perulero. Allá, su padre, don Pantaleón Guerra, más conocido por don Panta, un recio y cerebral burgués vuelto al agro, poseía campos, montes y un presuroso arroyo, Bolascuá, en cuyas cascadas relucían pececillos de nácar y misteriosas partículas doradas arrastradas por el torrente desde el corazón de la montaña.

Arturo amaba entrañablemente esa tierra, y al fin de cada curso, con infinito regocijo, regresaba allí montando su exclusivo moro «chu-í». El último día de clases, puntualmente, don Panta arribaba a Loma Verde, luego de cabalgar desde el alba, cabestreando el montado para su hijo.

Los caballos llegaban resoplando sudorosos. Y Arturo, vibrante de contenida ansiedad, aspiraba excitado el familiar olor a pelambre mojada, a cuero macerado, a caminos y campos galopados.

Esta vez, a diferencia de años anteriores, Arturo se agitaba nervioso a medida que se aproximaba la hora del arribo. Habiendo esperado con impaciencia el momento de ofrecer a sus padres, tal un bello galardón, su diploma del sexto grado, un imprevisto incordio le estaba arruinando la fiesta. Era que esa mañana, por mera casualidad, había captado una murmuración entre la tía Juana y cierta vecina lenguaraz refiriéndose a él y a supuestas enormidades que él, Arturo, aprendía andando detrás del vagabundo llamado Zoilo: horribles cosas que, sin duda alguna, habían de llegar prestamente a oídos de su padre. De pronto, su júbilo se estaba empañando. Todo el encanto de ese fin de curso amenazaba diluirse en una bronca insoportable.

Y bien, don Panta llegó. Y pronto se enteró de vidas y milagros gracias a la fina locuacidad de su hermana Juana. Pero la esperada bronca no estalló sin embargo. Y ni

Arturo ni la tía salían del asombro al no ver en la cara comúnmente ruda del huésped la natural violencia que ambos esperaban, si bien con ánimos diferentes. Por el contrario, ante la insistencia un tanto pesada de la informante acerca de la conducta de Arturo, por toda respuesta le dijo:

-Bueno, hermana, veo al muchacho robusto y sano, y te lo agradezco. Y con respecto a las cosas que, según dices, anda aprendiendo por las calles de la ciudad, debo decirte que ya no sucederá. Ahora empezará a aprender lo que más adelante será su medio de vida. Ya tiene edad para eso. De modo que, seguramente, el próximo año no volverá. Le daremos tiempo para ver qué elige, si el trabajo o el estudio.

Al atardecer, don Panta y Arturo montaron y partieron en animoso trote. La tía quedó en la puerta mirándolos alejarse. Le pesaba que Arturo interrumpiese su estudio. ¿Sería ella culpable? El año entrante no lo verá. Una penosa desolación la invadía.

Por alguna extraña razón, don Panta había resuelto volver a Perulero el mismo día, sin tomar en cuenta su habitual preocupación por el descanso de los caballos. Cuando partieron eran las cinco de la tarde. Cruzando el extenso caserío, llegaron al arroyo Tacuara, límite del poblado. Arturo, un tanto triste, volvió la vista una y otra vez hacia la Loma Verde que dejaba atrás. Le hubiese gustado detenerse y contemplarla desde esa distancia, pero la tendida marcha lo obligaba a continuar.

Caía el sol de prisa. Pronto fue creciendo el silencio. A poco, padre e hijo cabalgaban sobre una vasta llanura empurpurada hacia el ocaso. Ya solamente los acompañaban los grillos y el silbido lejano de alguna que otra perdiz. Don Panta, dominado por inocultos nervios, no dejaba de azuzar a su cabalgadura. Y esa prisa evidente llamó la atención de Arturo. Lo ponía contento porque favorecía sus ganas de llegar con rapidez. Sin embargo, había algo que lo preocupaba, y era el obstinado hermetismo de su padre, llevándolo de a poco a pensar que algo grave pudiera estar sucediendo en la casa. «Algún motivo debe tener esta prisa» -susurró para sí mientras acariciaba con las espuelas los ijares del moro. De pronto, su pensamiento lo llevó de vuelta a Loma Verde, donde la tía Juana había quedado rumiando su queja malintencionada. Tal vez la misma misteriosa preocupación que ahora veía en su padre hizo que no le diera la importancia que ella esperaba. «¡Qué chasco se llevó la pobre tía!» -murmuró. Y concluyó contento: «Más vale así».

Y bien, ahora los tiempos eran otros. En el baldío de la gris tapera, removiendo escombros reales y raras imaginerías, en una suerte de suspenso entre un ayer y un mañana que igualmente olían a muerte, Arturo Guerra, apenas un sombrío paria, monologaba tristemente mientras la noche caía sobre su soledad, igual como cayera muchos años atrás, en aquel camino que compartiera con su padre.

Se fijó una vez más en la tosca inscripción ya esfuminada por el crepúsculo. No la leía. La memorizaba: «Zoilo... Sixto... Luciano...». Y pronunciando aún esos nombres retomó la calle abandonada, barrancosa y cubierta de salvaje maleza. Zigzagueando nuevamente por donde había venido, dejaba el lugar con tanto desgano, como quien no atinase si ir o quedarse, como quien nada tuviese en el mundo salvo su dolor.

A duras penas pudo llegar hasta un arroyuelo cercano, donde se dispuso a beber, pero, ni bien inclinado sobre el torrente, en el fondo del agua vio reflejadas unas cuantas estrellas. Y nada más pudo ver porque perdió el conocimiento.

Cuando se recuperó era noche cerrada. Alzó la mirada al cielo como buscando amparo, pero allá tornó a ver sólo unas pocas estrellas que asomaban frías, infinitamente ajenas de su humana angustia. Desconsolado, intentó correr en la oscuridad, quizás huir de su desvarío. Se le antojaba dar gritos, gritar a la noche como cuando era niño, desafiar a las estrellas. Pero el mal instalado en sus tuétanos lo tenía atrapado. Nada le permitía excepto delirar. Sin embargo podía darse cuenta de que todo lo relacionado con su existencia activa estaba muerto. Tanto, que comenzó a dudar de su propia vida, de si acaso fuese él en persona o sólo su resentido espectro el que allí penaba, de si el único sujeto que se arrastraba por esos parajes fuese él. Él, o solamente sus rebeldes recuerdos.

Capítulo II

La humana frontera

Desde las quebradas del Ybytyruzú, Bolascuá se lanzaba flanqueando Perulero, en cuyo fondo montaba guardia el caserón de los Guerra, y en cuyo renombrado «campo libre», parejo como un trival, crecía el mejor ganado conocido en leguas a la redonda.

En esa tierra de excepción, la riqueza surgía con poco esfuerzo, si bien la población humana decrecía notablemente. Los abuelos, tíos abuelos y numerosos tíos reposaban en piadoso olvido en un pequeño cementerio que ocupaba un sector del bello campo, donde unas rocas esculpidas por los vientos de la cordillera, sólo diferenciadas por las formas y tamaños, marcaban los lugares precisos. En los alrededores del caserón, laureles negros y lapachos extendían su poder de ramas y raíces patentizando la fuerza generadora del suelo. Y en los frutales de los fondos, miles de pájaros en incesante holgorio se atiborraban de cuanto allí maduraba hasta desplomarse de hartazgo. Pero no lejos de ese solar de bonanza, cruzando apenas el Bolascuá y sus montes, un verdadero mundo maldito se achaparraba sin más aditamentos que la aridez y la extrema pobreza. Y en esa desolación que llamaban «La Cañada», donde la gente moría antes de treinta años, atacada de cuantas plagas podía imaginarse, la mentada prosperidad de Puesto Guerra cobraba la dimensión de una irrealidad funesta.

Desde el día en que don Panta se instaló en su hacienda, la caza quedó prohibida. Sin embargo, pese al miedo que llegó a los huesos, la caza no sólo continuó sino, por ser absolutamente vital, devino una suerte de guerra salvaje. Los adultos podían aguantar el hambre. Los niños no. Estos, armados de lanzas de madera, atacaron a los cimarrones escapados de la hacienda, que llegaban a disputarles a muerte el apepú y el mbocayá, frutos de la miseria. Huelga decir que, en tan mortales encuentros, tanto los niños como las bestias podían resultar cazados.

Y en cuanto a los adultos, atrapados desde siempre por el peor destino, sólo yacían en sus camastros, mientras los rapazuelos, por su presencia activa durante días enteros, se transformaban en los únicos habitantes visibles de La Cañada. Pero en las noches, la situación cambiaba. Desaparecían los párvulos y, sigilosos, los adultos dejaban las yacijas y se largaban, mas no en pos de presas montaraces como pudiera suponerse. Los cañadenses habían aprendido a convertir la miseria en rapiña.

Arturo estaba lejos de Perulero y de los aires perniciosos de La Cañada. Él estaba siendo educado en Loma Verde al modo de la gente de su clase. Nacido bajo el signo de sus ancestros y tempranamente trasladado allá, podía regresar a Puesto Guerra sólo durante las breves vacaciones estivales. Ahora, sin embargo, según lo oyó decir a su padre, volvía para quedarse.

La noche sorprendió a los viajeros a medio camino. Arturo cabalgaba contento a pesar del duro tranco que le dañaba las posaderas. De tanto en tanto, su contenida alegría le daba aletazos dentro del pecho. Por fin regresaba a reencontrarse consigo mismo. Adensada la oscuridad, con los ojos muy abiertos escrutaba cuanto bulto podía entrever, buscando reconocer en ellos algún indicador del camino que aún les faltaba recorrer.

La cordillera destacaba cada vez más su enormidad contra el horizonte nocturno, y a ratos, la brisa traía anticipos del agresivo aroma forestal. Don Panta iba delante, ajeno de la tensa expectación del hijo. Un oscuro problema le quitaba el habla. A media que se aproximaban a Perulero, encarar aquel problema se le hacía un imperativo angustiante. Y llegó un momento en que, olvidando la presencia de su joven compañero de viaje, soltó de pronto su pensamiento a viva voz, diciendo: «No hay vuelta que dar... debo entrar en acción ahora mismo, antes de que sea tarde».

A ese punto crucial arribaba cuando los caballos, dando saltos, dejaron atrás las barrancas y la franja boscosa del último curso de agua. A partir de allí, hasta perderse de vista, claro y vasto bajo el cielo estrellado, se tendía el «campo libre», que así llamaban desde tiempo inmemorial al cañadón de los Guerra.

Arturo se detuvo contemplándolo absorto. En el extremo opuesto de la llanura, muy cerca de la cordillera, estaría su madre esperándolo impaciente. La añoraba. Últimamente, despierto y dormido la tenía presente. Evocaba de ella no solamente su rostro maternal, sino algo, además, que él guardaba desde muy pequeño: el misterio de su femenino atractivo, único todavía en la intimidad de sus recuerdos.

En tanto la marcha proseguía y se apresuraba el trote, Arturo vibraba invadido por sucesivas ráfagas de la aromada brisa serrana. A pesar de la oscuridad, no tardó en distinguir a lo lejos los difusos contornos del caserón y la arboleda, y a ratos, parpadeos de faroles, inequívocas señales de que estaban llegando. Pero, faltando tan escasos minutos, que hasta los caballos mostrábanse excitados y contentos, de pronto, sin mediar palabra alguna, don Panta obligó a su montado a cambiar el rumbo que llevaban. Y las casas y las lucecitas que el muchacho ansiaba alcanzar, prontamente volvieron a desaparecer.

Arturo, lanzado al extremo de la contrariedad, se vio forzado a romper el molesto silencio de aquel hombre, aún más molesto por tratarse de su padre y porque él necesitaba una palabra suya. Con más angustia que razón, sin duda, preguntó a gritos: -¿Se puede saber a dónde vamos, papá?

Jamás habría prorrumpido de aquel modo si no fuera por la violenta desazón que lo ofuscaba.

A don Panta sólo se le oyó un gruñido. Pero luego, moderando el tranco a fin de que emparejasen, trató de comunicar al hijo la urgencia que tenía por hacer una visita a cierto amigo.

-Será cosa de minutos -le aseguró-; no te aflijas, enseguida estaremos en casa.

Y Arturo debió tragar su desencanto sin alcanzar a comprender las razones del padre, muy válidas quizá, pero enojosas.

Nuevamente en silencio, entraron a trotar sobre una picada recién abierta, bordeando la falda por entre grandes matorrales que hacían aún más densa la oscuridad. Sumada a las interrogantes que Arturo afrontaba, una más le surgió acerca del motivo por el cual su padre prefería cabalgar en penumbra en tanto llevaba una enorme linterna colgada del tiento. Como cosa tangible, la oscuridad se le pegaba al rostro, pesándole tanto como le pesaba el silencio de ese padre suyo que, aun yendo a su lado, nada tenía para decirle. También Arturo se veía entonces obligado a callar, aunque ganas tuviera de comentar cualquier cosa con tal de disipar la tensión debida a ese ir sin saber a dónde, prestando oídos al más leve crujir de la hojarasca. Si con quien viajaba fuese su madre -pensaba-, ella sí le hablaría, le preguntaría cómo le fue el año escolar, si está contento, y charlarían.

Los caballos trotaban nerviosos, pasando debajo de enormes árboles, algunos tan altos que parecían balancear sus copas muy cerca e las nubes. Al rato llegaron a un pronunciado bajón y un arroyo. Arturo murmuró para sí «¡Bolascuá!» Y un hálito de tranquilidad recobró. Aún estaban en los aledaños del puesto. ¿A quién iría su padre a visitar a esa hora? Cruzando el arroyo, la picada nueva continuaba con rumbo desconocido para él. La vegetación se venía chata y rala. Y avanzando algún trecho todavía, de pronto desembocaron en un abra oliente a excrementos y sembrada de matojos enmarañados y ranchitos apenas visibles gracias a una que otra mecha de sebo adosada al barro de las paredes.

Ante el inesperado cuadro, Arturo sintió agravada su inquietud. «¡Caramba! -pensó-. No creo que el amigo de mi padre pueda vivir aquí». Pero no imaginaba que el supuesto amigo fuese un peligroso forajido instalado allí con su banda. Le decían «Gringo» y era prófugo de varios lugares. Sucedió que, por entonces, pocas noticias podían llegar a Loma Verde relacionadas a esas lejanías. Y desde allá, nada podía saber Arturo de semejantes novedades si su padre no se lo contaba.

El tal «Gringo» puesto al servicio de cierto gris funcionario citadino que buscaba apoderarse por su intermedio de las feraces tierras de Perulero, no perdía ocasión para

incordiar a don Panta, principalmente haciéndole saber que tenía «carta blanca» para ocupar cuanta tierra se le antojaba, y que contaba con un poderoso padrino y hombres y armas a discreción. De todo ello hacía pública ostentación en parrandas, carreras y boliches donde concurría, enfatizando su propósito de liquidar a quien quiera se le opusiese.

El propietario de los mejores campos y montes de Perulero era a la vez el único que podía enfrentarlo: don Pantaleón Guerra. Y era a él que apuntaban sus insistentes provocaciones, buscando hacerle perder los estribos y obligarlo a una pelea de la que quizá no saldría con vida.

Hasta la llegada del extraño huésped, una ordenada y pacífica convivencia -si bien asaz penosa para los cañadenses- venía observándose en el lugar, debido sobre todo al total predominio del recio Pantaleón. Y era ese odioso estorbo el que el Gringo y su mandante anónimo parecían dispuestos a eliminar, aún tratando supuestamente de evitar el obvio asesinato.

Erigido en virtual caudillo de La Cañada, el Gringo pensaba al comienzo que Pantaleón Guerra se ofuscaría e intentaría desalojarlo por la fuerza, ofreciéndole así la coyuntura que buscaba, o que, tal vez, acobardado ante las amenazas crecientes, regresaría a su ciudad de origen, abandonando sus ricas tierras. Pero no tardó en darse cuenta de que perdía el tiempo. Aquel hombre no se inmutaba ante meras amenazas. Entonces, el Gringo cambió sus planes. Conociéndolos culpables en gran parte de la miseria en que vivían, se propuso encararlos. Reunió a varios de ellos y comenzó diciéndoles:

-Ustedes no tienen vergüenza. ¿O es que no tienen güevos? Están viviendo aquí peor que perros.

El Gringo no exageraba. Ni los perros habrían aceptado la vida que los cañadenses llevaban. Continuó hablando, y al final les mostró el camino a seguir. Y los convenció, según parece, ya que pocas semanas después todos estaban a su servicio. Un vislumbre de mejoría era mucho para quienes en la vida ni habían soñado con una pizca de esperanza. Todos cayeron en el lazo. Y en él habían de permanecer -estaba seguro- mientras él así lo dispusiera.

Y bien, armó con aquella gente una enredada campaña socavadora basada en la más audaz escalada de raterías y hostilidades de toda índole. Y eran, precisamente, los efectos de esa campaña los que a don Panta le quitaban hasta las ganas de hablar. El Gringo marchaba hacia su objetivo, evidente a sus ojos indagadores, empleando toda suerte de tramoyas. Y él, aferrado a su ley, seguro de la justeza del dominio impuesto por sus antepasados y hasta allí indiscutido, no pensaba ceder un ápice. Cambiar esa condición, jamás. Sin embargo, inopinadamente, sus misérrimos vecinos tomaban la iniciativa: cambiaban. El odio germinaba como hongo en tierra sombría. La cañada, los bosques y los cerros estaban minados de gente enemiga. Estas cortaban alambrados, robaban las reses, quemaban los montes y campos, síntomas todos de la rebelión en marcha, la cual, además, comenzaba a tener graves repercusiones en el manejo interno de la hacienda. Entre otros incordios, los peones, acosados por el miedo, cuerpeaban el trabajo como nunca lo habían hecho, asomándose el temor de que pronto, debido al malestar en aumento, la crisis de

brazos pudiera sumarse a los ya cuantiosos daños. Así las cosas, llegaba el momento extremo en que, o era frenado el malevaje o Puesto Guerra sucumbía.

Planteado el problema de ese modo, la alternativa que don Panta afrontaba era de vida o muerte. Y la única respuesta posible y apropiada -ya que ninguna autoridad puso jamás sus pies en Perulero- debía darla él, con sus propias armas. Debía dejarse de contemplaciones y empezar a valerse de ellas. Ni el Gringo ni sus capangas, así anduviesen amenazándolos a bocas llenas, iban a poder contra él si actuaba con seso. Por de pronto, estaba bien informado de lo planeado y difundido sin reservas por el descontrolado sujeto. La última referencia se la debía a Pabla, la alegre sirvienta de su casa, la que días atrás fuera mañeramente persuadida y llevada a una parranda organizada en La Cañada.

La reunión, salpicada con abundante caña blanca, tendría por objeto consolidar los pactos ya logrados y reclutar nuevos resentidos para la causa, haciendo que, formidables tragos mediante, soltasen la lengua como loros. Atraídos todos los lugareños, Pabla lo fue con un ardid especial, incluida la promesa de ser devuelta a la casa antes del alba.

Pero, recién a media mañana del día siguiente, la sirvienta apareció por fin, y en Puesto Guerra se supo lo acontecido. Toda machucada y ojerosa, se presentó ante doña Flora, la mujer de don Panta, quien, abrumada de trabajos, renegaba contra la condenada que no amaneció en la casa. Con ganas de abofetearla, se detuvo sin embargo a oír de ella los pormenores de la fiesta, en la cual -según dijo-, el Gringo, rodeado de tipos armados y tan ebrios como él, haciendo tarima de una mesa y enarbolando un berrenque de lonjas, anunció tener mando de sargento de compañía, para luego aclarar que «vine a este culo del mundo para dar a todos la oportunidad de tener tierra güena y todo lo que se precisa para ser gente. Porque aquí, mientras nadie tiene un carajo, hay uno que acapara la mejor tierra y no deja vivir al prójimo...». Y al final de la perorata había declarado abiertamente su intención de liquidar al acaparador, y concluyó: «Y usted me vana ayudar para hacer justicia lo más pronto posible...».

Ante la alcohólica aclamación de los presentes, el Gringo se había puesto eufórico, arrastrando a Pabla hacia el medio de la improvisada pista. «Y entonce catu -se entusiasmó la sirvienta-, empezó la guitarreada meta porca hata la mardugada...».

Olvidó mencionar que a la primera vuelta, ya el Gringo logró su promesa de irse a dormir con él, lo cual se había cumplido bien que ella rehusaba contárselo a doña Flora, quien la conocía -como solía decirle- hasta por las pisadas. De modo que Pabla poco podía resistirle. Debió dejar el parloteo y comenzar a desembuchar el objeto de mayor intriga. Se trataba de la confidencia que le hiciera el Gringo quizá bajo el efecto del alcohol y el sexo, o quizá adrede, para que ella fuera a comentarlo.

-¡Le va a liquidar a don Panta! -tembló de pronto-. Primero co dijo que los otro cuera le va liquidar. Pero depué dijo que él mismo. Ese Gringo me da miedo pa sabé...

A doña Flora se le soltó de la mano el balde de leche que traía. Pero trató de tranquilizarse y tranquilizarla diciéndole:

-Deciles a tus gentes que se alejen de ese gringo, que ése es un criminal, que no se metan con él si no quieren ir a parar en la cárcel. Eso tenés que decirles, que no caigan en la trampa de ese bandido.

A los cañadenses, igual que a Pabla, se les escapaba la oscura índole del conflicto suscitado en Perulero. O tal vez no les importaba. Como nada poseían salvo la extrema pobreza, nada arriesgaban haciéndole el juego a cualquiera les reportase una pizca de esperanza. Y ahora, la esperanza se les insinuaba gracias a los burdos planes del Gringo, a sus promesas no tan claras, pero promesas al fin.

Sin embargo, a los pocos días, algo extraño vino a cambiar las cosas imprevisiblemente. El Gringo se ausentó sin dejar noticias suyas, y al cabo de un par de semanas, orondamente arribaba a la cabeza de una tropa de guayaquíes, hoscos moradores de las espesuras, desconfiados y agresivos debido a la constante persecución de que eran objeto.

La alarma cundió. Algo sucio se proponía el Gringo. Algo que, seguramente, tarde o temprano afectaría a todos.

Los cañadenses quedaron pasmados. Si el gringo traía indígenas, era señal de que los otros serían relegados. Don Panta, por su parte, al enterarse frunció el entrecejo. Las intenciones del individuo resultaban demasiado obvias. Esos salvajes, una vez armados, iban a convertirse en terrible plaga. Si dejaron sus guaridas para seguir al Gringo debían tener un importante motivo, mucho más importante que la mera venganza. Seguramente los animaban las mismas ilusiones alimentadas por los cañadenses. Una nueva sombra se cernía sobre Puesto Guerra, ya de suyo acosado por numerosos percances, principalmente los habidos con los pocos peones que quedaban, cada cual más aterrado y a punto de huir.

El Gringo, de pronto el amo de una nueva y tenebrosa fuerza, lo festejaba emborrachándose y soltando selectas obscenidades contra su inevitable oponente en la lucha que preparaba y contra sus propios aliados cañadenses.

Aquella noche, Arturo, ignorante de tan brutales aconteceres, acompañaba el preocupado mutismo de su padre con el silencio suyo de adolescente angustiado por la incomunicación. A la vista del puñado de casuchas hundidas en la oscuridad humosa, don Panta se detuvo.

-Aquí te quedás a esperarme -le ordenó.

Le entregó las riendas del alazán, tomó la caramañola y la linterna, y con pasos amortiguados desapareció en la vaguedad del chocerío.

Arturo estuvo tenso, escuchando. A poco le pareció como si gruñese un perro, pero nada más. El aire estaba allí sofocante y fétido. Arturo se puso a pensar en el perro: «Si fuera un perro, ladraría -se dijo-, a no ser que esté aplastado por el calor, tal vez hambriento, muerto de sed y sin ganas para nada».

Don Panta cerró tras de sí suavemente un cuero seco que hacía las veces de puerta. El Gringo, tumbado como bestia debido a sus libaciones, no podía sospechar que mortal alguno se aventurase a molestarlo en su guarida. El huésped dio leves puntapiés a la pata del camastro, enfocando la enorme linterna a la cara del dormido.

-¡Epa, carajo! -se sacudió el Gringo, ahogado por la soñarrera, tratando en vano de cubrirse el rostro con las manos en desconcierto, y manoteó furiosamente hacia la cabecera, de donde asomaba el cañón de un wíchester, momento en que un férreo puño, que él no podía ver, lo contuvo.

-Deje eso, Gringo -escuchó-; es mejor conversar por las buenas, ¿no le parece?

El tono duro y firme del desconocido lo disuadió. Refrenarse era lo único que podía en su situación. Los de su banda también estarían durmiendo la mona cada uno por su lado. El Gringo se veía condenadamente solo. Con lentitud se movió, dirigiendo la vista hacia el candil y rabiando contra sí mismo por no apagarlo a tiempo. Bastante había hecho la agónica pavesa para que se lo pudiera ver a través del estaqueo en ruinas. «Hay que ser infeliz para quedarse dormido con la luz encendida» gruñía por dentro. No le podía ver la cara al intruso. El círculo focal en que estaba atrapado se lo impedía. Finalmente, el haz insoportable se apagó y pudo reaccionar del encandilamiento, distinguiendo la figura del visitante recostado contra la única salida de la morada. Y al reconocerlo, su confusión empeoró. No podía ocultar su turbación. Don Panta, al notar lo, destapó la caramañola llenita de caña y se la puso, colgada del cordel, a un palmo de su nariz.

-Tome, Gringo -le dijo-. Tome que le va hacer falta.

El Gringo debió reprimirse y aceptar el convite. Sus ojos encarnados daban clara cuenta de las empinadas del día.

-Me dijeron que anda queriendo matarme... -comenzó el visitante- y aquí me tiene. Creo que uno de los dos está de más en Perulero, ¿no es cierto? Y yo pienso que el que está de más es usted.

El anfitrión, antes de poder hablar, se atragantó. Al fin chilló:

-La gente co anda diciendo pura macana, don. Habla todo de balde, don...

Se le hacía imposible disfrazar su enorme embarazo. Acabó mandándose un segundo buche de varios tragos.

-Es ralmente una macana -replicó el otro-. Mucho mejor hubiera sido si la gente se quedara callada, ¿verdad, Gringo? Suele decirse que donde hay humo hay fuego. Y usted está jugando con fuego. Y le aseguro que se va a quemar.

En tanto buscaba hilvanar una respuesta coherente, el Gringo medía con la vista la recia estampa que tenía plantada delante. Detuvo la mirada con disimulo a la altura de la pistola

cuyo cabo asomaba del estuche destacándose en la penumbra. Y sólo el chillido continuó surgiéndole de la garganta.

-Pero don, ¿por qué me dice todo eso? Yo le respeto a usted y nunca le vía faltar, ¡al contrario, don!

En la mente neblinosa le giraba cierta fama -un tanto exagerada por el pobrerío- que el visitante había ganado desde tiempos atrás abatiendo incursos indígenas y peligrosas fieras que atacaba a su ganado, además de otra fama igualmente ponderada, y era la referente a numerosos galardones en oro que don Panta exhibía, según decían, en el salón de su casa de la ciudad, todos ganados en competencias de tiro y esgrima, razones más que suficientes para cuidarse de un enfrentamiento con él. Asustado como estaba, el Gringo tenía la impresión de que si esas velludas manos que veía llegasen a la pistola, estaría perdido. Don Panta bebió un par de tragos adrede ruidosos, y le lanzó la caramañola.

-Le regalo todo -le dijo-. Sujetos como usted necesitan emborracharse.

Al Gringo comenzaron a moverse los labios en un tic lastimoso. El otro abrió la precaria puerta y agregó todavía:

-Emborráchese y péguese un tiro con el wíchester. Sus bravuconadas sólo sirven para perjudicar a la gente. Usted no es un luchador; es un sinvergüenza y un cobarde. Y le advierto que si no se va de aquí inmediatamente, volveremos a vernos.

Salió sin prisa dirigiéndose al lugar donde dejó a Arturo cuidando de su caballo. El Gringo salió después con el wíchester en una mano y la caramañola en la otra, forzando los hinchados ojos para ver en la oscuridad. De pronto el ladrido lloroso de un perro estalló en el aire, y el amo lo acalló rabioso:

-¡Salaí, tardepianchoañaracopeguare!

Don Panta acababa de montar. Al oírlo tan sulfúrico, quiso agregarle algo más. Se irguió sobre los estribos y alzó la voz:

-¡Sargento Gringo!, no mate al pobre perro; es buen compañero de viaje; le va a hacer falta. Y ya sabe: o se va de inmediato o vengo a verlo de nuevo...

Padre e hijo habían partido cuando el Gringo, bamboléndose, salió al camino. Sólo polvareda podía divisar en el punto boscoso donde se le enredaba la mira. Maldijo sucio. Vacío la caramañola bebiendo toda la caña, y arrojola luego todo lo lejos que pudo.

El calor sofocaba. Pero el que sentía por dentro era peor. Estaba desquiciado. Hasta la oscuridad de la noche se le ponía en su contra, impidiéndole perseguir con la vista la bola de polvareda que desaparecía en el monte. No le restaba más que gesticular ascosidades. La dureza del huésped le había empavonado la moral. Le pesaba en las manos el inútil Winchester. Lo miraba sin verlo. Lo sentía sintiéndose como zonzo.

Arturo, finalmente en el apeadero de Puesto Guerra, saltó del caballo olvidando las molestias que traía en las posaderas, y corrió en busca de la madre. Mas ella no estaba en la casa. Solamente encontró a Pabla atareada en la cocina a la luz de un enorme farol «mbopí». Chupaba de tanto en tanto la bombilla de lata de un mal cebado mate. Al notar la presencia de Arturo, se sobresaltó:

-¡Nde mitá! -le dijo abrazándolo- ¡Qué tarde pa que llegaron!

Y continuó hablando sin parar y sin dejar de examinarlo de pie a cabeza, asombrada. Encontraba al muchacho mucho más alto y robusto desde su último viaje.

-No queré pa un mate -lo invitó-. E dulce.

E insistió a que tomara de su mano el porongo con que ella se edulcoraba la desolada existencia.

-¡Qué tarde pa que llegaron! -repitió-. Yo pa sabé tengo miedo por ahora y no me hallo ma. La curpa e de ese Gringo que anda queriendo matar a tu papá. Y ña Florita que no me cree. Le quiere matar pa sabé...

Rehusando el convite, Arturo le dijo:

-Recién estuvimos en la casa del Gringo. Por lo que pude oír, papá le dio un buen susto.

La noticia dejó a Pabla con la boca tensa como un pichón. Arturo salió corriendo hacia el establo. Contrariamente a sus vaticinios, la madre, sin tiempo para mortificarse pensando en la demora de los viajeros (y casi olvidada de sí misma), renegaba tras unos terneros que huían del encierro. Mientas la buscaba, Arturo pensaba en los motivos realmente graves que movían a su padre, según podía entenderlo ahora. Ya no ponía en duda su comportamiento ni la importancia de la extraña visita que acababan de efectuar. Esperaba conocer a la brevedad los pormenores de la entrevista. Todo dependía de que su madre se enterase del asunto. Ni bien don Panta se lo haya revelado, la cosa sería más fácil. Para Arturo, la madre, más accesible a sus deseos, constituía su fuente de información preferida.

Hacía, pues, bastante tiempo que los Guerra y su gente vivían sobresaltados. Las prevenciones y el miedo crecían parejos en la hacienda. Lo que cualquier noche de ésas pudiera suceder era algo del que nadie hablaba debido a un supersticioso temor a precipitarlo. Y lo ocurrido la noche del viaje en compañía de Arturo sólo era que don Panta, en un extremo intento por frenar las presiones del supuesto sargento, había resuelto demostrarle su cabal supremacía.

Cuando el Gringo pudo al fin reaccionar del bochorno, ya un repugnante pensamiento comenzaba a roerle el seso: «¡Pabla, gramputa, le voy a liquidar!»

Tanto se le metió entre cejas la chismosa que, al volverse, enteramente aturdido, le pisó la cola al perro que lo lamía en pago de la reciente patada. Y el perro, a pesar del desplome

que sufría, puso su ínfimo resto de ganas en una increíble tarascada, recibiendo de retorno el más brutal puntapié conocido en su vida.

Era, para el Gringo, como si la patada se la diese a Pabla, la gramputa, la que no había de seguir mucho tiempo con vida. Según parece, el fiasco hizo que el hombre olvidara su afán de acobardar por cualquier medio a Panta y su gente, y que para ello, muy especialmente había utilizado a Pabla. Lo olvidaría seguramente, porque ahora, estrangularla con las propias manos era su mayor deseo. La noche que la tomara, él la había tratado adrede no como mujer conquistada para una noche de placer sino como cosa birlada al odiado Panta Guerra. De él se mofaba humillando sexualmente a la sirvienta. Y ella lo aguantó todo por miedo. Luego, el Gringo se regodeaba con la certeza de que Pabla llegaría de vuelta a Puerto Guerra más boquiabierta que una olla, lo cual había sucedido tal lo previsto.

Gruñía como un jabalí de regreso al cobijo. Esteban, el más fiero de los salvajes recién llegados, se le acercó. Venteaba tardío, igual que el perro. Por su particular encono contra los Guerra, Esteban resultaba el elemento apropiado para ejecutar cualquier plan ofensivo; un elemento de entera confianza. «Ahora mismo» acababa de mascullar el Gringo cuando lo vio. Pero, pese al guarapo que lo mantenía en vilo, pudo recapacitar. Se dijo 'no'. Primeramente debía tener terminada la trampa que lo tenía ocupado noches y días. Prefirió callar y esperar.

Y una madrugada en que un violento ventarrón castigaba la techumbre del dormitorio, de pronto se le insufló la inspiración que no había podido lograr en muchas estériles vigiliadas. Esa tormenta no podía ser más oportuna. «Es mi noche de suerte» se dijo el Gringo. En efecto, sucedía como si una suerte especial lo ayudase. La atmósfera se agitaba cada momento más, todo se revolvía y zumbaba, pero no llovía. Corrió a sacar a Esteban de su yacija de hojas, le habló más con señas que con palabras, y el salvaje dio a entender que el encargo le agradaba. Importante paso para el Gringo. Antes de esa noche no se le ocurría cómo hacer para que sus pupilos le fuesen realmente útiles. El temporal y cierta picardía suya puesta en juego en la víspera coincidían al pelo.

-¡Teba...n! No me vasa fallar nde añamembyré. Vasa irte a bichear la casa de Panta Guerra. Esta madrugada tiene que irse a Loma Verde. Catueté tiene que irse porque ayer le mandé un aviso. Gua-ú que su hermana, la solterona puta, se está por morir. Eso dice la carta que le mandé. Para divertirme un poco, ¡claro! Por eso catueté tiene que irse esta madrugada.

El Gringo hablaba solo. El indio lo miraba como zonzo. La carta aludida, burdamente fraguada y puesta en manos de un peón de la hacienda interceptado en el camino cuando regresaba de Loma Verde, había llegado a destino. El peón, tieso de miedo, obligado el pobre a ser portador de la falsa misiva bajo amenaza de muerte, la entregó, sí, pero se vio forzado a decir al patrón quién lo enviaba.

-Si sale el tipo, me chiflá así: ¡fshuiiiit!, como la chuita. Entendé pa. Yo vía estar con Pabla. Vía hacerle coquilita en la barriga, ¡uejjjj! (susurró una risotada hedionda, pero viendo que el indio no se inmutaba, tornó a su hosquedad, que por cierto le sentaba mucho

mejor). Güeno, llevá tu gente cuera y andate. Cuando el tipo se va, me chiflá, entendé pa. Depué te vía decir lo que vasa hacer.

Consumada la acción que esperaba de Esteban, los demás indígenas harían el resto. Así todos gozaban de la destrucción, fechoría de salvajes, desde luego; no suya.

Impulsados por un odio casi natural contra los bien armados poseedores de las tierras de Perulero que los obligaban desde antaño a consumirse lentamente en su hambre cerril, esos salvajes eran los llamados a destruir al «caraí» del lugar. Pero antes de que éstos entrasen en acción, el Gringo tenía su designio número uno: acabar con Pabla. Su sorprendente presencia en el cuarto de la muchacha obedecería a lo más natural: su deseo de copular con ella. Habiéndolo conocido bien macho, ella lo acogería con ganas. Después, terminado el coito, ¡zas! y listo.

Esteban entendía sus intenciones sin precisar palabras. Bichear era su oficio.

Terciado el «bocó», empuñó el arco. Cada uno agarró su arma. Y los terrosos cueros y las porras de color herrumbre se hundieron en la oscuridad, estrujados por un viento diabólico.

Faltaba un largo rato para el alba cuando Esteban acabó de instalarse en una horqueta del más copudo laurel de la serrería, a poco más de una cuadra del caserón y a otro tanto del ranchete donde Pabla pasaba sus noches, alojamiento asignado a las sirvientas, convenientemente cerca del cotidiano trabajo y discretamente alejado del contacto familiar.

Desde la horqueta, con la privilegiada vista que Dios otorga al indígena, podía abarcar el campo de sus inmediatas acciones a pesar del sueño que picaba de tanto en tanto. Sus acompañantes, diseminados en los matorrales de su rededor, pronto cesaron de ver y oír. Les importaba un pito la poca o mucha temeridad de la misión a cumplir. Pese a sus naturales aprensiones, el salvaje es sujeto de buen dormir, salvo en tiempos de guerra. Y el haberlos sacado de su cucha en medio de la tormenta y el obligarlos a trasnochar no les causaba ninguna gracia. Gringo, muy previsor de repente, acabando de instruir a Esteban, dejó pasar un rato, ensilló su caballo y se puso en camino. Cabalgaba al tranco, sin apuro. Quien iba al crimen era Esteban; él no. Los indios, desde luego, nada importaban, y si algo valían era porque podían ser utilizados en los peores menesteres. Él y los indios nada tenían en común, a no ser la muerte. Para los indios, antes y después de la muerte, la soledad de las quebradas era infierno y cielo a la vez. Razón tienen en creer que sus muertos devienen sombras vagarosas y penantes. Lo son en vida.

No tardó Esteban en quedar profundamente dormido, ausente, insecto adosado al tronco, igual que sus pares, acunado por el incesante viento. Mientras, ya cerca del lugar, cabalgaba Gringo. A Panta Guerra, sujeto de su bochorno y objeto de su venganza, lo soportaba en lo recóndito como una herida. A Pabla la sentía como un falo, metida entre pierna y pierna. Pabla, la primerita a quien ajustará la cuenta. Y con una suerte de regocijo que le subía de la barriga con olor a tripas, anticipándose al desquite, eructó: «A esa perra de mierda se le va acabar la farra».

Desde el corral de la hacienda llegaban diluidas voces de gansos increíblemente despiertos a pesar de la hora. El monte de la serrería se tendía neblinoso a menos de un vuelo de perdiz. Gringo avanzaba bastante inseguro, atisbando antojos que los nervios le agitaban en la oscuridad, cuando, de repente, un pajarraco alzó violento vuelo: ¡shivuiuiuivuiufff!, y el caballo se empinó electrizándole hasta el último pelo. Sin embargo, pudo imponerse calma y retomó la senda, en tanto el inofensivo autor del julepe fue a posarse en la impunidad de una maraña. Al seguirlo rabioso con la vista, Gringo notó a ras del Ybytyruzú la aparición del lucero anunciador del alba, y esa visión se tradujo en impíos espolazos a los ijares del montado, preciso instante en que el animal daba un nuevo salto sonándose los belfos con espanto, y otro horrible búho se lanzaba al aire, arañando la cara del jinete. El desmedrado coraje se le fue a los pies. Afortunadamente, un ruido de pasos presurosos proveniente de la maleza donde aguardaba Esteban le alivió la carga crítica. Al distinguir en la orilla del monte la silueta del indio, se repuso. Esteban, despabilado por los aletazos del pajarraco nocturno, se asomaba a indagar. Al reconocerlo, Gringo preguntó excitado:

-¿Y el tipo, ya salió pa?

Con la cabeza, el indio hizo que sí. Entonces, Gringo le entregó la caja de fósforos, diciéndole:

-Cuando te chiflo, le meté fuego alrededor. ¿Entendé pa?

Esteban repitió el gesto afirmativo con la cabeza. Luego quedó mirando la sombra de Gringo que se alejaba. A poco, el jinete se apeó y avanzó tirando de las riendas, bordeó la islería y desapareció. Todo era penumbra inquietante y viento haciendo crujir las altas ramas. Llegó al dormitorio de Pabla, ató las riendas en el alero y, en puntillas, tentó la puerta: estaba sin tranca.

Las jornadas del verano se hacían sumamente duras. Los pocos peones, que debían cargar con el trabajo propio y el de los fugados, se levantaban antes del alba. Sin embargo, en esa ocasión, amodorrados por el fuerte viento, continuaban pegados al catre. En tan pesada hora, bajo el fardo del último sueño, ni los perros estaban avispados. Don Panta, el único despierto en la casa, sonreía en tanto se aseaba recordando el susto causado a Gringo noches atrás y pensando en el que habría de causarle en caso de que el tipo se propusiera un desmán cualquier día de éstos. Alguna sucia maquinación debía ocultar el infantil «aviso» que el muy bandolero le hiciera llegar en la víspera referente a la hermana Juana en supuesto peligro de muerte. «Bien poco macho el desgraciado!» murmuraba a solas. «Un tipo así ni siquiera sirve para cuatrero».

Acabó de lavarse y salió encendiendo un cigarro. Iba a ver a Pabla. Pero antes, una súbita prevención lo desvió: los gansos, comúnmente quietecitos a esa hora, dejaban oír uno que otro chillido como de alerta, hecho que lo obligó a echar un vistazo por los alrededores. Fue entonces que Esteban lo vio alejarse de la casa sin precisar a dónde se dirigía. Nada extraño parecía suceder. Sólo el viento gemía lúgubre y adormecedor. Don Panta dio media vuelta y regresó. Su pensamiento estaba puesto en Pabla. Al entrar en el rancho, instintivamente, llevó la mano al arma, como verificando su servicial compañía de

la cual últimamente no se apartaba. Se acostó junto a la muchacha, comenzando por acariciarle senos, vientre, todo. Ella estaba semidesnuda debido al calor. Don Panta continuó fumando en tanto se desabrochaba, y al apagar luego el cigarro, de nuevo oyó el alerta de los gansos, y casi al mismo tiempo, suavemente, la puerta se abrió, apareciendo la sombra de un hombre. Al entrar, éste vio fuego de cigarro apagándose contra el piso, y pensó: «No duerme la perra; seguramente está con gana». Pabla estaba tiesa reconociendo a Gringo en el hueco de la puerta. No gritó porque don Panta le había tapado la boca con la mano. Silencio. El visitante comenzó a buscarle, dando manotazos en la oscuridad. Pero - ¡oh, sorpresa!-, en la cama de la sirvienta un velludo cuerpazo lo esperaba. Al percatarse de ello y precipitar la mano hacia el arma que llevaba, ya una pistola se le clavaba en el mismísimo estómago, Pabla se apresuraba a encender el farol y la voz poco grata de Panta Guerra le ordenaba soltar el arma, el cinto y los pantalones. El huésped, muy a su pesar, tuvo que obedecer, y al acabar de hacerlo, la luz que se prendía y la risa histérica de Pabla lo pusieron fuera de control. Saltó a la puerta como un gato y echó a correr desesperado, sin arma y en pelota, con una granizada de balas quemándole las orejas.

Al pasar bastante cerca del indio Esteban, éste lo reconoció. Con lástima y rabia lo veía huir burlado y enloquecido bajo los disparos de don Panta que, atinado o no, creía escarmentarlo de ese modo para siempre.

El caballo, tan asustado como el amo, trozó las riendas dándose a la fuga. Don Panta no intentó detenerlo. Regresó simplemente junto a Pabla que se debatía entre risa, nervios y lágrimas.

Esta vez, don Panta, al entrar en el rancho como hiciera en otras ocasiones, no pensaba que la muchacha pudiera estar aguardando la visita de Gringo, tanto como ella ignoraba no solamente los designios del intruso sino hasta los del mismo patrón. Pabla lo respetaba, y si bien se permitía intimidades con él, lo hacía muy de vez en vez, quizá como gesto de obediencia, en ocasión de alguna enfermedad o ausencia de la señora, atenuante reiterado en los últimos tiempos, debido a los frecuentes viajes de doña Flora a Loma Verde. Pabla lo respetaba, aunque tal vez lo amaba, a su manera, claro está. Ahora se veía sucia y humillada. Él, por su parte, nada podía decirle que no fuese una grosería postrante. Pabla lloraba dolorida por haberse entregado una vez a Gringo, si bien sólo fuera por miedo, y reía al propio tiempo vengada al verlo huir derrotado. Don Panta, muy nervioso, apenas le echó una mirada y la dejó. Fue de inmediato en busca del alazán, lo ensilló, repuso al arma la carga perdida en el vano tiroteo, y salió buscando refugiarse en la soledad de la llanura donde pudiera pensar. Siempre que tuviese problemas lo hacía.

Ahora lo inquietaba la duda acerca de lo actuado. Pudo fácilmente haber eliminado a Gringo si se decidía. Y era su segunda oportunidad desaprovechada, razón demás para sentirse frustrado. Le faltaba valor para matar. Dominar a la gente con su sola presencia no era el método que había de servirle de ahora en más. Sus tiros habían sonado tardíos dando escapada a un mortal enemigo. Su eficaz pistola le estaba resultando una carga inútil. Habría podido liquidar al tipo con todo derecho, y no lo hizo. Llegado a este punto de las conjeturas, atravesósele Pabla por la mente. Si él no estuviera presente en ese momento, ella copulaba con el intruso, abriéndole no solamente las piernas sino además un fácil acceso a la casa a través del rancho. «La tipa está metida con él», concluyó. Cada momento

que pasaba, el problema se le enredaba más. Si dejaba las cosas como estaban, sólo un oscuro desenlace podía esperar. El caso de Pabla no le otorgaba tiempo para vacilaciones. Don Panta dobló el rumbo y galopó.

Sonándose llorosos mocos, Pabla apantallaba el fogón de la cocina cuando escuchó pasos y el familiar cencerreo de espuelas. No se volvió. Él entró, habló:

-Agarrá tus cosas y andate.

La voz del patrón sonaba seca y quebrada. Y Pabla recibió en lo hondo de su casi animal simplicidad la cuchillada de gracia. Don Panta le dejó la paga sobre el fogón y salió. Ella tornó al dormitorio, hizo con sus bártulos un hato y se puso en camino mansamente.

Arturo, obligado por el tiroteo a dejar la cama, y al tanto de lo ocurrido aunque sin comprenderlo todavía, se sintió particularmente afectado por el despido de Pabla. La siguió hasta perderla de vista. Para él, que apenas bordeaba la confusa telaraña que involucraba a todos, la sanción era simplemente injusta. Buscó al padre en procura de alguna explicación, lo miró al rostro, quería hablarle, manifestarle su angustia, pero el padre, sin tomarlo en cuenta, montó y partió nuevamente. Pabla representaba la amistad sencilla y sin condiciones, un poco de alegría fácil reservada para alguien que nada exigía, un retal de vida amable ahora súbitamente devuelta al submundo de donde había venido. Y sintiendo que un nudo se le hacía dentro, largose lo mismo que su padre por la senda del campo, sin rumbo. Pese a sus largas ausencias de la hacienda, un afecto poco menos que carnal lo ligaba a Pabla. Desde muy pequeño, en todos sus primeros recuerdos, estaba presente esa cara distinta, diría única, en la precoz pizarra de la fantasía. Por ella fue aprendiendo atrayentes cosas de la vida real, adentrándose en sabidurías que lo aproximaban a la deslumbrante Naturaleza, al sentido del cielo, a la excitante cópula entre macho y hembra, a la maravilla de la gestación, o a la totémica arteria mentada contra las pestes, contra las víboras o contra las incursiones del fatídico pombero. Pero muy principalmente los ligaba el tema sexual, verdadero tabú en el trato familiar, tema que merced a ella había ganado destacado lugar en su mente. Todo eso hacía que pabla fuese para él algo así como la tierra en que se sustentaba una importante porción de sus raíces. Y esa vez, sin que nadie lo advirtiera, porque todos vivían demasiado sustraídos por los brutales aconteceres, la partida de la muchacha cortaba un sensible nexo entre él y la realidad.

Y bien, Pabla se fue. Bajó por Bolascuá. En las claras aguas con susurros de pycazú se dispuso a serenar su abatimiento, esa suerte de total orfandad a que se veía nuevamente condenada. Un día, años atrás, esperanzas a cuesta y en dirección contraria, había cruzado por allí. Los años corrieron como las aguas, sólo que el arroyo renovaba su juventud y pujanza de lluvia en lluvia, mientras ella, dejando atrás lo mejorcito que conoció en su vida, retomaba el camino del irremediable ocaso. Pocos trapos traía; diría que el mismo bulto de antaño. Todo igual, excepto ella que tornaba a la peor miseria imaginable sin ánimo para soportarla, con una impía quemadura ocupándole el sitio de la resignación.

Esteban llegó al refugio galopando sobre el caballo de Gringo. Llegó furioso.

Quitó los arreos a tirones, propinando finalmente un par de patadas al animal. Luego un escupitazo. Todo eso lo haría en homenaje a Gringo. Al menos, éste lo entendió así. Levantose del charco en que lo arrojara su nueva derrota para descargar su veneno a latigazos contra el indio. Lo mataría a berrencazos al añamembyré tecacá por escupir a su caballo. Lo mataría por darle patadas. De todos modos, lo mataría... Pero, más veloz, el furioso indígena logró escabullírsele, ganando el camino como bala. Gringo se abalanzó detrás dando gritos:

-¡...tebaaaaa, ...tebaaaaa!

Esteban, sordo de rencor y decisión, huía envuelto en polvareda rumbo al monte. Ante sus ojos desorbitados, la umbrosa maraña crecía: su amada libertad que le abría verdes y anchos brazos. Terrones de arcilla seca le laceraban los pies, pero él sólo sentía ansias de volar y esfumarse de la maldita cañada.

Gringo volvió por el arma. Corría gritando desaforado, llamando a sus capangas:

-¡Laaacúuuu! ¡Mbooopíiii! ¡Seraaapioooo!

Pero ninguno respondía. Seguramente, ofendidos por la preferencia demostrada hacia los indios, habrían partido en procura de nuevas bandolerías. Y Gringo, más furioso cada vez, agarró el wíchester, montó su caballo en pelo y galopó hasta bien cerca del bulto polvoriento que a punto estaba de ganar la espesura.

Un disparo y otro y otro repercutieron largamente de extremo a extremo de la cordillera. Alguno de los poderosos proyectiles del wíchester, silbando como siniestro pájaro, de pronto estalló abriendo un cráter de carne y huesos.

Esteban se desplomó de boca sobre el árido lodo, crispó los dedos en vana desesperación por clavar las uñas en la vida que se le escapaba por el agujero. Sólo breves temblores duró el esfuerzo. Oscuros hilos de sangre, brillosos en la claridad del sol recién asomado, surgieron y se agotaron chupados por la tierra sedienta, antes aún de que el retumbo de los disparos se deshicieran contra los pedernales del Ybytyruzú.

Y llegó el silencio. Llegaron las hormigas, los grillos y jejenes. Llegaron a jugar en el pequeño charco en que se ahogaron las ansias de vivir de un indio.

Capítulo III Yapá tarazu

En ancas del alazán de don Panta, llegó un día procedente del cerro Mymyi. Adolescente de piel color canela, se tiró del caballo con agilidad de puma. Giró la cabeza de lado a lado, escrutando con ojos azorados el contorno y enseñando en una tímida sonrisa su dentadura

felina. Arturo, primero en el grupo de curiosos, viéndola tan niña por su estatura, sintió el ánimo a punto de la decepción. Y como todos, se limitó a sonreír.

Sin Pabla en la casa y vuelto por fuerza hacia los peones, Arturo empezaba a compartir con gustos sus tareas y sabrosas pláticas. Habían transcurrido no sólo las vacaciones sino además un nuevo año escolar completo. Nadie pudo conseguir con él que volviese a Loma Verde. Tenía su motivo, desde luego, aunque no lo dijese. Y era que el sólo pensar en la tía «beata» lo sumía en amargura. Ni aun el recuerdo de sus amigos de allá, cuyas imágenes continuaban enteras en su afecto, servían para inducirlo a volver. Todos ellos y su aventurada vida citadina habían pasado a la categoría de cosas para recordar y contar. Los habían superado en magia el húmedo reverbero del campo abierto y las abras encantadas. Cada día más, Arturo se sentía decididamente integrado al violento color lugareño. Y don Panta, lejos de enfadarse por ello, desdeñaba el afán de su mujer por convertirlo en un pulcro señorito de ciudad, pudiendo hacerse un recio trabajador de la hacienda. «Dejalo en paz -la regañaba-; él nació aquí, y nada malo tiene que le guste continuar el trabajo de su padre». Y así, otro marzo sin colegio llegó y pasó para desasosiego de doña Flora.

Arturo se aproximó a la nueva criada explorándola con interés de receloso cachorro. Y al sentir en ella la fetidez indígena que traía en el cuerpo, algo en él se cerró. Ese hedor, mezcla de humores y grasas de la selva, se sumaba así bruscamente a su íntimo descontento. En ese momento no se le ocurría pensar que, necesariamente, a falta de otro más indicado, él sería el encargado de introducirla en la maraña de sus futuros quehaceres.

A la hora del almuerzo, el problema del alojamiento para Yapá acaparó la escasa plática entre doña Flora y su marido. Arturo, presente, callaba.

-Instalarla en el rancho del fondo sería condenarla a la misma suerte corrida por Pabla, o algo peor -dijo la madre.

Don Panta sintiose discretamente aludido. Dijo:

-No creas. Gringo no volverá por aquí jamás.

Obviamente, doña Flora no sólo pensaba en Gringo.

-Cualquier individuo que anduviese por la casa podría verse tentado -adujo-, ¿no te parece?

Él no respondió. Y ya no se habló del tema hasta el término de la comida. Entonces, don Panta se levantó de la mesa dejando la solución del engorro a cargo de su mujer. Ella, al menos, así lo entendió. Al rato ordenó al hijo fuese con la india al rancho para traer el catre y ponerlo en el cuarto vacío, destinado a huéspedes, que quedaba en un extremo de la casa grande.

Arturo y la india así lo hicieron, y asunto resuelto.

-Esta será tu cama -le dijo Arturo a Yapá, con la impresión de estar hablándole a un perro.

Salió de la pieza, y cuando regresó, la india se revolcaba muerta de risa, probando el artefacto insólito. Arturo la llamó con un ademán.

-Tenemos que ir por leña -le indicó mirándola fijamente al rostro.

Y ella, como si lo entendiese, dejó el catre y lo siguió. Tomaron por una senda que cruzaba un vasto pastizal. Se dirigían a la serrería, lugar boscoso y lleno de fosas donde los rollos eran cortados en tablas, dejando abundantes recortes muy buenos para el fogón. Arturo caminaba delante, a largos pasos, dudando aún acerca de la incomunicable mozuela que lo seguía. Fue entonces que ésta, inesperadamente, soltando un gorjeo sólo por ella comprensible, salió de narices al viento, a toda carrera.

Arturo, sumamente asustado al creer que huía, se largó detrás llamándole a gritos. La india parecía incontenible. Atravesó a zancadas un bajío pantanoso, ganando rápidamente la colina del otro lado, en tanto su seguidor, enredado entre la maleza, perdía toda esperanza de alcanzarla. Felizmente, al llegar a la parte más alta y tan de súbito como había partido, Yapá se detuvo, poniéndose a recoger del pastizal algo totalmente insospechado de cuya existencia se había percatado desde la altura opuesta. Resultó que no huía.

Antes de que Arturo pudiera llegar, ya ella estaba de regreso. Traía las manos en alto, colmadas de exóticos niñoazotés, maravilla yuyera cuya fragancia había captado su excelente olfato. Y Arturo, más desconcertado cada vez, no pudo evitar una nueva sorpresa: Yapá, muerta de risa, le llenó de flores la ropa y los cabellos, imponiéndole de esa singular manera un candoroso pacto de confianza. Luego, ambos quedaron turbados. Por un momento, se miraban confusos, debido seguramente a la barrera del habla. Pero pronto la risa acudió, primero en ella, después fue recíproca y franca, poniendo fin al recelo y dando inicio así a la que había de ser una curiosa historia. Quizá, en aquel instante, cada uno a su modo descubría, o al menos percibía en lo íntimo, la magia universal del extraño lenguaje del corazón.

De vuelta a la serrería, ya la densa sombra ponía un toque de crepúsculo a pesar de ser apenas la media tarde. Arturo y Yapá comenzaron arrancando tiras de bejuco de los árboles. Ambos hablaban sin entenderse y reían. Pero ambos al mismo tiempo trabajaban. Juntaron la leña seca en un haz tan grande como sus dos cuerpos juntos. Arturo se dispuso a dividir la carga, pero Yapá, oponiéndose como ella sabía, la acomodó de un envión sobre su cabeza, y sin dar tiempo a que su compañero renovase el asombro, ya emprendía el trocetero del regreso.

La amenaza de violencia dominaba la atmósfera de Perulero. La vida apacible y fácil había quedado para el recuerdo. Y para colmo, un misterioso mal que mucha gente de la zona presagiaba desde tiempos atrás comenzó a gravitar irremediablemente en la sangre y en los espíritus, haciendo desaparecer la alegría de todas las caras. En Puesto Guerra, la única persona que permanecía invariable pese al gran miedo, era Yapá. A ella, con tal de estar cerca de Arturo, nada le alteraba su sensación de gozo. Arturo comenzaba a sentir esa

realidad. También él la buscaba. Su compañía le procuraba una suerte de oasis al margen de la angustia imperante.

La incomunicación, poco a poco había sido superada gracias a la increíble facilidad con que la india se apropiaba de cuanto expresión podía captar, para incorporarla a su pintoresca jerga personal. Y con esa jerga, la querencia fue adquiriendo inevitable fuerza.

Yapá, por otra parte, se anticipaba a las órdenes y a los menores deseos de Arturo, compartiendo todas las tareas con él. Así, pronto llegó a igualarlo en destreza y eficiencia.

En los duros trabajos, en los juegos que siempre hallaban ocasión, y aun en los breves descansos exigidos por los rigores del clima, se los veía juntos, tanto que los peones cuchicheaban al respecto y doña Flora renegaba sin saber qué hacer, comenzando su ojeriza a la muchacha.

Y pasó algún tiempo. Las dificultades empeoraron. La vida cambió, incluso para los jóvenes. Ya ni la magia de los juegos calientes podía evitar que repercutiera en sus vidas el miedo que pendía en el aire, violentaba los ánimos y extremaba la intolerancia opresiva.

Yapá estaba marcada. Huérfana de amparo, resultó ser la más expuesta a sufrir las consecuencias de la neurosis desatada, coincidiendo aquello con la etapa de su plena ambientación. En su afanoso andar por la casa, y a medida que crecía en confianza, la aborígen hallaba demasiadas tentaciones al alcance de las manos; cosas novedosas para ella; cosas que, naturalmente, la atraían. Y si acabó por tomar lo ajeno, lo hizo llevada por el instinto, sin duda, con la misma candidez con que, en su vida cerril, solía tomar los frutos de la libre Natura. Actuando con toda su silvestre simplicidad, Yapá no pudo haber pensado en el castigo que la acechaba porque no conocía el delito. Así al comienzo y así por siempre. Ni los meses transcurridos en el servicio ni la suma vocación correctiva de los señores pudieron cambiar su conducta. Al contrario, la dócil Yapá se tornó rebelde. Y desde entonces, como consecuencia de sus intolerables hábitos, era a menudo encerrada y sometida al suplicio del látigo, al cabo de cuya aplicación, sus flageladores, antes que satisfechos, quedaban fatigados y asombrados. Yapá soportaba el castigo encascarada en una suerte de vegetal silencio. Y al cabo de la tunda, cuando la india reaparecía en la puerta donde Arturo aguardaba mordido de consternación, se la veía dilacerada de pie a cabeza, pero sus ojos permanecían sin una lágrima, como si nada sucediera.

Al año de haber llegado a Puesto Guerra, Yapá estaba cambiada. También Arturo, ahora mareado tras ella y decidido a no ceder en su alarmante desatino. Cada día más apasionado, se alejaba de sus padres en manifiesta causa común con la criada a medida que endurecían el trato que le daban. Doña Flora se ponía histérica. Condenaba lo que llamaba la indiferencia de su hombre al no despedir de una vez a la salvaje. Y como ésta, pese al maltrato no se disponía a marcharse, la señora se desvelaba noches enteras con la pesadilla del mal camino en que estaba metido el hijo. Días y noches maldecía la hora en que don Panta fuera a buscarle tamaña yunta nada menos que en las tolдерías.

Una de las tantas noches, el hombre, ya muy molesto por las presiones que la mujer venía ejerciendo, sentenció con ira:

-Bueno, ¡ya basta! Tu temor es estúpido. ¿Querés que mande a la india y que tu hijo se dedique a la masturbación? Él tiene que ser macho. Y eso se aprende con una hembra.

Doña Flora quedó dolorida. No aceptaba que fuera una salvaje la que enseñase al hijo el camino del hombre. Para don Panta, en cambio, el problema no pasaba de ser una cuestión de tirria de su mujer. Por eso renunció a seguir golpeando a Yapá.

-Ni yo ni nadie más la volverá a golpear -dijo con firmeza-. Y si Arturo tuviera que montarla en su debut, que lo haga. Total, la que ha de embarazarse es ella, no él.

Eso le bastaba. La madre, sin embargo, pensaba en otras consecuencias.

-Esa india puede estar podrida -adujo-. Prefiero la muerte antes de ver a mi hijo lleno de purgaciones en plena adolescencia.

Pero nada más dijo. Y desde esa noche, a cada intento de volver sobre el tema, don Panta le salía con palabrotas. Ella callaba.

En su juventud había sido maestra. Por un codazo del destino, ahora se veía ordeñando en el barro, compartiendo estiércol con los cerdos y reventando días y noches en el trabajo, hecha casi una bestia. Había llegado al extremo de perder la mínima destreza para indagar el mundo de su propio hijo y señalarle el rumbo a seguir. Un día de esos, rabiando contra sí misma, se dijo: «Es hora de que despiertes, Flora, o te cagarán las indias». Pero todo quedó allí. Pasó el tiempo y los problemas empeoraron. La naturaleza, no siempre leal, se complacía utilizando a los habitantes de Perulero como simples ejecutores de su designio. Ni Yapá ni Arturo escapaban a ese crudo determinismo que los conducía precisamente hacia el consabido extremo donde doña Flora veía el pozo de la concupiscencia. Las travesuras de la precoz pareja, menos inocentes cada día, apuntaban al irremisible desenlace, obvio a los ojos de la madre, la que, responsable en parte, sentíase sin fuerzas para intervenir con eficacia, limitándose a mortificantes conjeturas, en tanto vanamente se repetía: «¡Dios mío! ¿En qué irá a parar todo esto?».

Podía imaginarlo, por supuesto, pero ante un problema cuya solución, la única posible, le exigía doblegar la tozudez de don Panta, acababa desesperándose sin avanzar un paso. El sólo pensar que por obra suya pudiera agravarse el ya deprimente clima de la casa, la anonadaba. Y a ese temor se sumaron todavía otros que surgieron todos a un tiempo. Pensaba, entre otras cosas, en su inminente parto -que también de eso se trataba-, y lo hacía con una tremenda sensación de orfandad, segura de que nadie más que ella habría de soportar sus incidencias. Un lamentable humor la dominaba pese a ser ella la mujer mejor dotada en muchos kilómetros a la redonda.

Una tarde, sintiéndose física y anímicamente enferma y sin coraje para seguir aguantando tanta angustia, hizo de sus nervios un arma e intentó enfrentar a su empecinado compañero. Pero éste, consciente desde hacía semanas de las progresivas penurias debidas a la gravidez, vivía a la expectativa y, al producirse la esperada crisis en su mujer, la encaró con sorprendente calma, logrando neutralizar su efecto. De ese modo, nuevamente, el

intento de doña Flora no pasó de un ingrato bochorno. Y otra vez, por toda conclusión, murmuró: «¡Dios mío!». Y se replegó en sí misma.

Desde los enredos entre Pabla, don Panta y el odiado Gringo en oscura concurrencia, también ese episodio se le agregaba zumbándole por dentro vomitables pensamientos, a tal punto que a veces repudiaba su función de mujer.

En su penoso recogimiento, luego de la primera crisis, de pronto se vio sacudida por la idea de que pudiera nacerle una niña, y en azorado afán por protegerla, oprímiose con los brazos el abultado abdomen mientras gemía delirante: «¡No, una niña no!». Y lúgubres presentimientos le llenaron el pecho de redobles que la suspendían sobre un abismo de terror.

A partir de entonces, atrapada por continuas pesadillas, veía en su desvarío un horrible submundo donde los sexos -el de Pabla, el de Yapá, el suyo, el de todas- pululaban en deyecciones pestilentes, a punto de alcanzar al fruto de sus entrañas. Apenas intentaba descansar, la invadían visiones donde la supuesta niña, todavía en su vientre, era víctima de aquello tan bestial que abominaba. Tan horrendo se le figuraba el monstruo dominante en el ámbito de su obsesión, que ya por último se resistía a dormir. Permanecía postrada en su abatimiento, ahogada de soledad, apretando su tenso vientre y gimiendo. «Dios mío, ¿cuándo amanecerá?».

Aliviada por momentos, y viéndose libre de coitos gracias a su avanzado embarazo, suspiraba agradecida. Pero apenas lograba relajarse y se le entornaban los párpados, la entelequia invulnerable que en su delirio regía toda índole de puterías y desgracias, estaba allí. Se abría paso por entre las maderas del techo y bajaba, bajaba, ¡bajaba!, ¡ay! Doña Flora lloraba como una niña presa de terror. Se desvelaba y temblaba porque la hija, esa que aún ignoraba si lo sería, no fuera a sufrir la suerte de tantas otras en brazos de los cojudos del yuyal. Ojerosa, hacia el alba, veía bajar desde el Ybytyruzú otro día cargado de presagios.

Finalmente acobardada, estaba a punto de abandonar Puesto Guerra cuando una nueva premonición, ésta de algo más calamitoso todavía, aunque ella ignorase de qué se trataba, la paralizó. Tal vez una inminente desgracia, una epidemia, una muerte. No podía saberlo pero se mortificaba. En verdad, su preñez tóxica y neurótica era la mayor culpable de su progresivo tormento, de que se auscultase las vísceras y maldijese aquello que, fabuloso o no, para ella configuraba algo brutalmente real y tangible, jamás una mera obsesión. Y últimamente, recogiendo rumores de gente no menos aterrada que ella, pudo detectar por fin la verídica amenaza de algo monstruoso. Sus presagios estaban pues a punto de confirmarse. Tratábase de un mal tremendo que se movía evidentemente fuera de sus delirios, venía sembrando muerte de tiempo en tiempo, desde mucho antes de los cañadenses y los Guerra.

En el rancherío de La Cañada, todas las penurias, aun las más atroces, fueron de golpe superadas por el terror de verse cada cual ante el último charco de la vida. Invisible, invencible, incontenible, el mal demoníaco se desplazaba hacia el lugar tumbando víctimas de trecho en trecho. Se presentaba trágicamente disfrazada de epilepsia, entrando luego el

apestado a derramar hiel hervida por todos los orificios del cuerpo, sin que entonces quedara más remedio que romperse de una vez el codo o disponerse a soportar la más horrorosa agonía.

Entre vano lamento y rezo sin sentido, los cañadenses aguantaban sus interminables noches apretados contra el fuego, temblorosos, escrutando maleficios, representaciones del Añá del infierno. El propio Gringo, diarreico de miedo, corrió a refugiarse en el fondo de alguna quebrada de la cordillera.

Y un aciago día, el pánico estalló de repente. Dos pobres párvulos, simultáneas víctimas del flagelo, fueron abandonados en plena agonía. Sus padres y hermanos huyeron empavorecidos, atropellando montes y zarzales, mientras los infelices apestados perecían de la manera más horrenda y eran luego devorados por las ratas hambrientas.

La noticia cayó como un rayo en Puesto Guerra, y don Pantaleón, como única y drástica medida, armó cuanto pudo a sus cuatro peones y los mandó a bloquear los vados del Bolascuá. La orden era matar si los cañadenses avanzaban. Y los peones, visiblemente fruncidos por el miedo, hubieron de acoquinarse todavía más con el temor de que las víctimas pudieran ser sus propios parientes. Así, los del lado opuesto del arroyo quedaban sin un hilo de esperanza, condenados al desbande.

Pero en la hacienda de los Guerra, tampoco nadie podía sentirse a salvo pese a la férrea barrera profiláctica. Al anochecer, el más viejo de los peones, Gervasio, llegó tartajeando una excusa. Abandonaba la guardia del arroyo, según decía, debido al hambre y a la sed. Don Panta -la negra pistola al cinto y los brazos cruzados a la espalda-, oteaba desde el portón. Gervasio vacilaba como un niño. Al fin dijo: -¿Llegó la acanundú guazú, ayé che patrón?

No esperó respuesta. En realidad, él sólo necesitaba llamar al miedo por su nombre, y lo hizo. Al rato llegaron otros. Mientras comían y bebían como si lo hicieran por última vez, entró don Panta.

-Terminen ya y vuelvan inmediatamente al arroyo -ordenó.

Y al no escuchar respuesta, continuó:

-Sé que ustedes tienen miedo. Pero el miedo es peor que la peste. Hay que impedir que la gente entre. Si porfían, hay que meterles balas. No hay otro remedio. De lo contrario, morirán todos ustedes y también yo. ¿Entendido?

Siguió un elocuente silencio. Gervasio masticaba su bocado final acodado en el apero, sin prisa por volver al arroyo. Llegó el último peón. Este, más que comida y agua buscaba aliento.

-¿La acanundú guazú pico, che patrón? ¿Ayé nico, che patrón?

Sordo a la insistencia, don Panta continuaba dando órdenes. Llegaron Yapá y Arturo asombrados por lo acontecido en La Cañada. Don Panta dejó de hablar. Los peones intercambiaban miradas. Ya nadie dijo nada sobre el tema de la fiebre maldita. Pero uno de ellos, tal vez buscando atenuar el propio miedo, al ver a la india y al muchacho que entraban en la cuadra, lanzó una broma procaz:

-¡La puta que anda caliente la yegüita...! -dijo-; ¡y el cojudito ma catu!

Era Gervasio. Otro, aprovechando para descargar el temblor acumulado dentro, acotó parco:

-E la enfermedad del chanco, che patrón.

En la penumbra del galpón resonó una risotada imbécil. Gervasio, con visible intención de dar largas a la partida, se mandó otra broma tonta, esta vez dirigida al más flaco de los peones: Pancho.

-¡Ohooo, bolsa de güeso, cha...! Vamo mba-éna ante que la india te come con lo ojo...

Y al decírselo, en un descuido, le acarició la espalda con la yapa del látigo, mala gracia para el flaco que, obligado a un enojoso esguince, pegó un bufido poco común en él.

-¡Viejo vyro! -farfulló rabioso y escupió.

Fue todo.

Don Panta, viéndolos evadidos del crucial problema por un momento, remedó una sonrisa compasiva. Pero, enseguida, volviendo a su natural severidad, repuso el orden en la cuadra.

La noche no tardó en llegar, invitando al reposo a cada cual donde estuviera, incluso a los encargados de la] vigilancia, a quienes ayudó a recuperar cierta calma. Apenas invadió el crepúsculo, éstos buscaron el amparo de cualquier matorral y, como de previo acuerdo, tranquilamente se durmieron. Tal vez fuera mejor así, mientras podían, ya que desde el día siguiente habían de encontrar escasas ganas para tan siquiera echarse un sueño.

En efecto, al promediar aquel día, la abominable enfermedad revelóseles tal cual era. Nadie, ni el propio Panta Guerra, había cesado de presagiarlo y sufrir su influjo irremediable desde los malhadados insomnios de doña Flora.

La fatalidad eligió precisamente al más humilde y débil, al infortunado «Bolsa de Güesos». A nadie se le ocurrió huir. Nadie salió disparando hacia los campos y montes como en el caso de los párvulos de La Cañada. Era inútil huir. Si el mal había llegado a Puesto Guerra, sin duda estaba en todas partes. Allí se quedaron como petrificados, incluso la india y Arturo, inmovilizados por el terror y la total indefensión, tiesos testigos del ataque, hasta que la galopante fogarada interna, los retorcionones y alaridos desesperantes amanguaran, y oscuros hilos de sanguaza evacuaran el cuerpo de la víctima. El pobre

Pancho acababa así cocinado vivo dentro del magro cuero, pialado sobre una alfombra de boñigas. Los lazos que le habían impedido fuese en su desesperación a sumergirse en la laguna, le ceñían los miembros de tal modo que los tendones iban quedando descubiertos. Del color cobrizo pasaba a un blanco ocráceo, idéntico al color de la tierra estéril que lo recibiera del seno materno. Expiró cuando ya sólo era jirones de cuero, huesos y trapos. Una agónica pregunta desorbitaba los ojos de cada uno de los presentes: «¿Ahora, quién?».

Muerto Pancho, Arturo corrió a encerrarse en su cuarto. Jamás habría imaginado tanta cruel tortura para un ser enteramente inocente y bueno. Una desoladora sensación de frío le atacaba las vísceras. Presa de espanto, yacía suspendido sobre un remolino de brutales imágenes. Tembloroso, lloraba.

Yapá, en cambio, quizá debido a su elementalidad y pese a su natural estupor ante la muerte, pudo zafarse prontamente de la conmoción general. Producido el desenlace, se apartó y lo dejó de lado, regresando de inmediato a la posesión de sus peculiares facultades. La quema del despojo (cualquier despojo era quemado en Puesto Guerra habiendo peste), último descomunal espectáculo para quienes allí permanecían con el corazón en la boca, no le interesó. Atravesando alambrados y empalados, ganó la laguna, la misma donde el infecto Pancho no pudo llegar por impedirselo un par de lazos en un bárbaro empeño por evitar que la peste contaminara el agua.

Totalmente desnuda, se metió entre los llantenes. Se sumergió cuanto pudo aguantar, reapareciendo y volviendo a sumergirse, estimulada por la frescura que le acariciaba las ingles y por el olor a barro y flores acuáticas. Había recobrado intacta su paz. Jugó con las mariposas y libélulas que revoloteaban curiosas a su alrededor. Volvió a sumergirse y reaparecer hasta el cansancio, y entonces, juntas las manos a modo de silbato, se detuvo soplando, soplando, con la esperanza de que Arturo pudiese oírla. Pero éste, tan abatido como estaba en su encierro, no pudo percatarse del mensaje. Sin embargo, al cabo de mucho insistir, la india se abrió en súbita alegría al captar finalmente la respuesta. Era que Arturo, habiendo percibido vagamente la señal, mantuvo tenso el oído por un momento hasta constatar aquel son inusual. Nadie más que Yapá sabía emitirlo de esa manera, y si de ella provenía, era que estaba llamándolo. Sin pensar más, abandonó el encierro, precisó la dirección, emitió su respuesta y echó a correr.

Yapá estaba tendida sobre la hierba acuática, brillante de sol, entretenida contemplando una flor de aguapé cuyo almibarado néctar atrapaba cuanto insecto se posaba a libarla. Vio al muchacho llegar, y una cazadora sonrisa se le pintó en el rostro, viva expresión de deseo que él debió afrontar por primera vez. Aproximose absorto, mientras un sol impetuoso le recorría las venas. Ella saltó fuera del agua, hermosa en su desnudez. Y él, fijos los ojos en ese cuerpo cuya magia provocaba el violento despertar de sus bisoños ardores, maquinalmente se desnudó a su vez.

-Vení py... -urgió la india incitándolo, y desapareció zambulléndose por debajo de los llantenes para emerger varias brazadas adentro, distancia que Arturo cubrió nadando como podía.

Unas manos tibias, manos de doméstica, hechas para todo trabajo, de pronto suaves e idílicas, lo recibieron. Y en seguida, una sin igual emoción bordeaba el delirio. Anudados

en inédita cópula, en ellos sólo se reproducía sin embargo el fenómeno bajo cuyo influjo la exótica flor de aguapé se apropiaba del insecto fecundador que la libara, bien que la flor fuera luego descujada por él, cumpliéndose de todos modos la simple voluntad del supremo amor.

Sobre la masa líquida, el sol estallaba en llamaradas a cada movimiento. En lo alto de los laureles y palmeras, cotorras, piritas, calandrias, carpinteros, cardenales y benteveos tornaban puro jolgorio la media tarde. En un fondo de fosforescencia verde ceniza, el inmenso Yvytyruzú se pincelaba de oro y sombras, y entre sus corcovos reverberaban millones de mariposas filigranando de arabescos el vasto cielo. Y allí, no lejos, a sólo doscientas zancadas del agua, lardosos flecos de humo se diluían en el aire, surgiendo del redondel donde los últimos vestigios de quien en su miseria fuera Pancho, se consumían.

El peor espanto conocido en siglos acababa de sacudir a Puesto Guerra, y sus lóbregas huellas quedarían allí durante largo tiempo, en cuyo transcurso nadie osaría susurrar el nombre de la peste maldita sin antes echarse a la boca una cruz.

Los sucesos desbarataban el sueño de la gente, más aún el de los jóvenes Yapá y Arturo, quienes bruscamente maduraron. Él, desde entonces, sentíase un desconocido con imborrables experiencias de lo mísero y lo sublime adquiridos en el lapso de un mismo día. Y Yapá, pura naturaleza con apenas un leve barniz racional, desde la tarde aquélla, debido seguramente a su innata propensión, se convirtió en la más insaciable de las hembras. Todas las ocasiones, en adelante, habían de ser propicias para continuar el juego iniciado en la laguna. El fogoso deseo buscaría llenar invariablemente el cuenco de la alegría o la desazón. Entre ambos habían descubierto una exclusiva isla donde la agonía generalizada no tenía lugar.

En cuanto al muy repudiado Gringo, también él fue duramente afectado por la macabra presencia. Caídos varios de sus seguidores, debió huir hacia las profundas quebradas, donde el agua, la vegetación lujuriente y alguna caza le aseguraban la supervivencia. Mientras tanto, numerosos cañadenses convertidos por él en calificados delincuentes habían dejado los huesos entre bostas de buitres en las aguadas negras. Pero la peste, en tanto los sobrevivientes rezaban y rezaban en descargo de sus propias condenadas almas, tan de repente, no habiendo transcurrido más de una quincena de su llegada, y sin que nadie pudiese creerlo todavía, alzó su tenebroso vuelo, alejándose. A pesar de la total carencia de medidas sanitarias, la endemoniada cesó el ataque tan pronto como los cañadenses hubieron resignado su miserable diezmo. Nadie podía dudar de que fuese un milagro de Tupá Ñandeyara el que puso en fuga al terrífico Añá, inoculador de fuego líquido en las menudencias del cristiano.

Y fue entonces que, cuando ya nadie lo esperaba, el fugitivo Gringo, de repente, volvió. El favor de una nefanda suerte, un arma nueva e impensada le caía del cielo para recomenzar. Era que en el dominio de los Guerra sólo había que lamentar una víctima: Pancho, contra una veintena y algo más en La Cañada. Gringo se congratulaba a medida que maduraba el propósito de utilizar el curioso fenómeno. Tranquilamente se las arregló para difundir la versión de que Pancho había muerto porque la noche víspera, en vez de hacer la guardia en el arroyo, la había pasado en cama de Vitó, hembra de mentado furor,

también cañadense y víctima del mal. Tal argucia respondía, desde luego, al deseo de mejorar en algo los reventados ánimos de sus amigos.

De nuevo eufórico, demostraba la entusiasta seguridad de que la buena vida continuaba intacta en el próspero dominio de Panta Guerra. Nuevamente, con agresiva locuacidad y sin importarle evidenciar sus peores intenciones, vociferaba frente a cada ranchete:

-Hay que dejar enseguida esta cañada de porquería... ¡Hay que mudarse allá, carajo! El peste co no se va del todo en la puta vida. Por eso hay que ganar la tierra sana, allá... Para no cagar fuego...

Apenas detenía su caballo, cuidando no pisar las boñigas apestadas, mientras miraba y miraba hacia la hacienda de los Guerra, como pronto a saltar allá.

Con astuta destreza manejaba el terror de la gente atribulada. Las infelices mujeres no cesaban de repetir en su indefensión: «¿Qué pio, che Dio, vamohacé si viene otra ve? Sin culanrero siquiera, ¿qué pio, che Dio, vamohacé?».

El único curandero conocido en la zona, un tal Pa-í Salú, no daba, en efecto, señales de vida. Lo más seguro era que no se había salvado. Tan decrepito como andaba el prójimo, por otra parte, bien poca fe ya merecían sus exorcismos.

¿Adónde pa entonces rebuscarse pue? ¿Adónde? La respuesta urgida por cada llorosa mirada, por cada vacía boca, estaba allí, siguiendo las pisadas del caballo de Gringo, que les mostraba el camino. La solución era ocupar Puesto Guerra. Pero, ¿cómo?

Sin ánimo para discernir, todos tragaban el cuento de la dormida de Pancho con la Vitá y su mortal consecuencia. De no haber sido cierto, obviamente, el pobre «Bolsa de Güeso» no estaría hecho cenizas... Otra cosa no quedaba más que creer. Era evidente que nadie más muriese en Puesto Guerra, lugar mimado por la mano de Dios -todos, aún a disgusto, lo decían-, donde ni enfermedades habían ni hacía falta remedios; donde, sin que nadie imaginase cómo y por qué, la vida se veía harto más humana.

Explayándose sobre el mentado caso del contagio de Pancho por vía sexual, Gringo llegó a convencerse a sí mismo de que tenía razón. Tanto más todavía, tomando en cuenta las degeneradas costumbres de la muerta.

Testigos, decía tener de sobra. Y que no le dejarían mentir. Y que habrían corroborado sus afirmaciones si no hubiesen corrido todos, ¡lástima!, la misma negra suerte de Pancho y Vitó.

El duelo calaba hondo. Nadie con fe y temor de Dios habría osado nombrar en falso a los muertos. Y si Gringo los tomaba por testigos, el hecho en sí probaba su verdad.

«Hay que juir nomá, che hijo cuera» sollozaban las precoces viejas. Gringo no hacía sino arrojar su siembra y seguir su camino, dejando a los infelices enfermos de desesperanza, atrapados los ojos por el imán sombrío del arroyo barrera, límite de la

desgracia y trinchera armada de la codiciada buena vida. E impulsados a las cansadas, y soliviantados por la extrema impaciencia, comenzaron a apoderarse de sus tendones unas oscuras ganas de matar.

Efectivamente, hacia el lado posterior de Bolascuá, la peste había pisado tierra muy de paso, con la mínima consecuencia conocida. El miedo, sin embargo, una vez en el oasis de los Guerra, allí quedó. Flotaba en la atmósfera plomiza de las vigiliadas, casi palpable, empeorando día tras día, con cada ataque de los cañadenses traducido en creciente cuatrismo. Detrás de cada uno de ellos -se sabía- estaba la mano que los empujaba. Pero también los empujaba el hambre, el afán por sobrevivir.

Volviendo a doña Flora, tal vez debido al tremendo shock del espanto, se veía increíblemente mejorada, sufriendo sólo una real preocupación, la de tener que afrontar el parto sin tan siquiera una rústica partera, ello debido al aislamiento de Puesto Guerra, sitiado por el odio de los vecinos.

Pero un día, una inesperada carta llegada del pueblo en manos de don Panta puso fin al desasosiego. Provenía de la tía Juana y, precisamente, en ella le ofrecía compartir la casona de Loma Verde durante el parto y sus días de reposo, pudiendo además utilizar los servicios de su médico. Doña Flora no vaciló en aceptar la oferta. Se dispuso a partir cuanto antes pese a don Panta, quien sostenía que su alejamiento podría ser interpretado como signo de debilidad o de miedo, con el consiguiente estímulo para Gringo. A ella, en esos días, más que la salvaguarda de la hacienda, le importaba la seguridad de su bebé y la propia.

Dadas las circunstancias, don Panta debió derivar su rotundo 'no' de los comienzos hacia una resignada cooperación para activar los preparativos del viaje.

Aparte de todos los problemas conocidos, doña Flora, pensando principalmente en la instrucción de sus hijos, había venido madurando desde tiempos atrás un secreto proyecto, casi un sueño: el de instalarse en Loma Verde, en una casa propia, ya que, al parecer, don Panta poco apreciaba su afán por dar a los suyos estudios, títulos, cultura. Y bien, ahora dispuesta a partir, de pronto, aquello que casi fuera un mero sueño se le ponía al alcance de las manos. Desde luego, algún dinero poseía, juntado moneda sobre moneda. Pero había algo acerca del cual vacilaba, y era si debía decírselo a don Panta. Más tranquila y segura desde que leyera la carta, sentía el ánimo bien dispuesto hacia él, hasta el punto de volver a sonreírle con naturalidad. Esa noche -cosa insólita en ella desde hacía meses- buscó la caricia del hombre. Él le hizo el amor tierna, delicadamente. Ella olvidó su extremo embarazo, olvidó su repulsión y se remontó hacia los ardores de su juventud. Y fue en ese momento del renacer de su ternura que no pudo resistir el deseo de hacerlo partícipe de sus planes, Pero, a su recuperada confianza, él sólo respondió con el silencio. Doña Flora pensó entonces que si don Panta le hubiera dicho 'no' se habría sentido peor. Pensó que ese silencio quizá fuera su forma de consentir pese a la decisión virtualmente asumida ante la cual ella lo colocaba. Ambos dejaron pasar el momento crítico, y él habló:

-Pienso que un terreno, sí, lo podrías comprar. Están baratos en Loma. Si te sobra algo, lo reservas para los muebles. De la casa me encargo yo. Mandaré unos carros con los materiales necesarios. Piedras y maderas tenemos aquí de sobra. Además, te daré una carta

para Alejandro López, el constructor. Hablá con él y explicale tu deseo. Quiero que empiece cuanto antes. Así te ahorrarás penurias.

Doña Flora lo escuchaba en la penumbra, llorosa de emoción. Acababa de descubrir un nuevo Panta, comprensivo y solidario. También él estaba emocionado. No la quería perder.

En pocos días, el trajín entre Loma Verde y Perulero cobraba inusual frecuencia. En tanto don Panta se esforzaba por imprimir celeridad a la construcción, doña Flora soportaba su grávida espera y los desasosiegos de doña Juana, afligida ésta, entre otras cosas, por la situación en que quedaban el hermano Panta y el sobrino Arturo «¡con una india en la casa!».

Mientras tanto, y como nunca faltan perros que ladren, apenas las grandes voces de Alejandro López comenzaban a delinear las bases de la obra, ya sus ecos habían llegado a oídos de Gringo, Dios sabe cómo. Y Gringo, que no cejaba empujando a los cañadenses a fin de hacer de sus huesos una pasarela para sus propósitos, trató enseguida de precipitar las acciones tendentes a clavar las garras en el preciado botín, aun sabiendo que el disfrute de su éxito quizá no fuera enteramente suyo, ya que estaban, por un lado los impacientes cañadenses, y por el otro, el misterioso mandón a cuyo servicio actuaba y que no le perdonaría una mala jugada.

Eran los días del gran ajeteo. Don Panta cabalgaba con prisa cruzando el cañadón de Lemos, a medio camino de Perulero. Frente al boliche de Juan Larrosa, tentador paradero a la orilla de un bosque, se apeó, sacó de la alforja una limeta vacía, saludó a varios, y ni bien se aproximó al mostrador e hizo su pedido, lo sorprendió una noticia llegada en boca de cierto arriero que allí bebía y hablaba en alta voz. El sujeto se refería a una propiedad llamada Puesto Guerra, la cual estaría siendo ocupada por la «autoridá» para ser repartida a los pobres...

Don Panta regresaba del pueblo donde pasó dos días. Se avisgó de golpe, aunque nada dijo. El individuo, seguramente, no hacía otra cosa que repetir algún comentario del muy hablador Gringo con respecto a la hacienda Guerra, aderezándolo a su gusto y manera. Pero, ¿quién podía saber si en ese momento, el maleante no estaría tratando de cumplir su amenaza? Don Panta volvió a su caballo y partió al galope.

Media hora después, al internarse en el crepúsculo de Perulero, torció el rumbo acostumbrado y apretó espuelas.

Solo ante sí mismo y contra todos los riesgos, encaminábase a enfrentar de una vez por todas la realidad sea cual fuera. Ya mucha desazón le había costado conservar aquella heredada vida diferente; muchos disgustos, aun confiando en la ley y sabiéndola de su parte, convencido de ser un tipo correcto y hasta ecuánime. Para él, Puesto Guerra constituía algo por el cual debía pelear si necesario fuera y, acaso, morir. Por fuerza, tal convicción se había hecho en él un credo, una verdad, la suya, si bien su real validez todavía estaba por ser demostrada. Ahora se dirigía a ponerla y ponerse a prueba. Iba resuelto a borrar de La Cañada al responsable de su zozobra constante.

En Puesto Guerra, últimamente, buena parte de las tareas venía siendo cubierta por Yapá y Arturo. Los hombres, cuatro en total, entre ellos el capataz Juancho Sosa, un correntino contratado hacía un par de años, se encargaban de la vigilancia y la vida del ganado. Bajo el control de Juancho, sujeto algo nervioso pero leal como un perro, cada cual cumplía su trabajo. Nada debía dar lugar a que se notara la frecuente ausencia del patrón.

La tarea más ingrata resultaba sin duda la de mantener a raya a los menesterosos de La Cañada, consigna prioritaria en la hacienda. Los pobres diablos -niños y adultos- reptaban a través de los cardales como lagartos hambrientos, asomándose sigilosos al arroyo para luego huir espantados. Daba lástima echarlos a tiros en lugar de ayudarlos, pero era la orden y se la debía cumplir. Detrás de cada sombra en movimiento cabía suponer la presencia del tortuoso enemigo.

Y la callada mortificación debida a la impiedad inevitable afectó a todos en diversa medida. Cada uno, aunque dolorido por dentro, debía mantener el dedo en el gatillo, murmurando a solas, para darse ánimo, repetidas invocaciones a la esperanza. Alguna vez, un destino mejor debía existir.

Hasta el rudo Juancho Sosa, sobre cuyos hombros cargaba la parte mayor del compromiso, e incluso Arturo, hijo del propietario, que a pesar de su enredo con la india se ensamblaba duramente en la armazón del múltiple quehacer, sentíanse a menudo con un pie fuera del mundo, dominados por algún tirón de íntimas rebeldías, o caían en hondas fugas, llevado Dios sabía por qué oscura decepción. Y así todos.

En cuanto a Yapá, la más insignificante pero menos permeable al desaliento, la que tomaba de la vida lo vital y nada más, huyendo en ocasiones, a su manera, de una suerte de contagiada agonía, volaba en alas de una nostalgia muy particular, trasponía quebradas y despeñaderos y aterrizaba en su entrañable Yatebó, allá donde los suyos pervivían de espaldas a la civilizada maldad. Y era más. Frecuentemente, como sigiloso barreno de urgencia, se le metía el secreto propósito de huir en verdad e irse a su valle. Ansiaba, aunque sólo fuera por algún instante, volver a los latidos de su silencio antiguo, al ardor desnudo de su querencia. ¡Ir a Yatebó!

Pero, para esa fuga real, necesitaba convencer a Arturo. Necesitaba que la siguiera pese a deberes y obediencias. Porque irse sin él se le hacía una insufrible idea, porque Arturo se había vuelto parte inseparable de sus ganas y antojos. Además, ir sola no le convenía porque bien pudiera su gente no dejarla regresar.

Y sucedió en una de esas que don Panta había partido mucho antes del alba. Y Yapá se pasó desde entonces largas horas padeciendo un mal que ella desconocía: vacilaba. No atinaba cómo hacer posible su temerario empeño, hasta que, finalmente, ya alto el sol, se dio cuenta de que Arturo continuaba durmiendo. Sin pensar más, corrió a verlo, se acostó a su lado, lo abrazó con fuerza e hizo que la sintiera enteramente hembra suya. Con toda la calidez de que era capaz, le susurró al oído en su lengua exclusiva:

-Te quiero, te-que-ro...

Arturo le acarició los pechos pequeños y erectos, el vientre de gatita montaz, el sexo liso y húmedo. Pero ella, hembra al fin, se le zafó de los brazos, desafiándolo a que la tomara si podía. Arturo, jadeante de ardor, trató de dominarla, y estaba a punto de conseguirlo cuando la imprevisible fierecilla, toda olorosa de sexo, cerrándose violenta, le declaró:

-Hacer si ir a Yatebó con Yapá.

-¿Irnos a Yatebó?

-Ir con luna, venir con sol, ¿ayépa?

Partir de noche y regresar con el sol, era la propuesta. Arturo, aunque asombrado, no pudo decirle 'no'. Irremediamente atrapado en la fogosa red, ninguna obligación ni su compromiso con el padre pudo haber torcido en él un comportamiento cuyo impulso emanaba de la sangre.

A don Panta se lo esperaba de regreso recién al anochecer del día siguiente. Todos estaban enterados de que era la fecha probable del parto de doña Flora. Por lo tanto, él, se vería retenido en Loma Verde por lo menos un día más de lo acostumbrado. Y Yapá, pensando que esa coyuntura quizá no se repetiría, resolvió no dejarla pasar.

A partir del acuerdo efusivamente logrado con Arturo, la excursión comenzó a prepararse con prisa y entusiasmo. Entre ambos acometieron las tareas sin perder un instante. Ir a Yatebó, al misterioso valle de Yapá, era el motor del ahínco. Reían excitados, ganándose en prontitud por acabar cuanto antes. Aves, ovejas, terneros y cerdos los aturdían con la barahúnda del hambre. Repartir el pienso, ordeñar, limpiar y cocinar eran algunas de las muchas tareas por atender. Ningún descanso habían de darse si en verdad se proponían salir al anochecer.

Y, efectivamente, recién a esa hora cesó el trabajo para ambos. Los hombres, luego de haber tomado el último alimento del día, lentamente se dirigieron a sus puestos de guardia con el agobio de una pesadumbre inseparable. Ninguno, salvo tal vez el capataz, pudo advertir la escapada de Yapá y Arturo. Ensimismados y lejanos, esos hombres parecían haber perdido el interés por todo. Desde las amenazas de Gringo y la brutal presencia de la peste, habían alterado hasta sus ancestrales costumbres. Ya no se entretenían, como en otros tiempos, a esa misma hora, recontando peripecias y hazañas cargadas de fantasía. La existencia simple y llana de otrora, rodeada del vasto recogimiento de la naturaleza, había cambiado. Ahora, la quietud se poblaba de presagios y las mentes de sombras agresoras. Y sólo un par de temerarios como la india y su mancebo pudo aprovechar el desolado crepúsculo para desaparecer sigilosamente rumbo a la selva. Se necesitaba para ello una buena porción de insensatez o una ponchada de amor. Entre otras cosas, la tentación que no cesaba en ellos les exigía romper los lazos de la quieta obediencia. Y lo hicieron.

Al cabo de una noche de inolvidables aventuras vividas en la jungla inhóspita, y habiendo logrado el enorme gozo de visitar juntos Yatebó, aparecieron a la mañana siguiente de regreso en Puesto Guerra. El sol había dejado la cima del Ybytyruzú y empezaba a picar las espaldas.

A pesar de la fatiga que traían, pasaron directamente el corral donde el ordeño estaba a punto de terminar. Juancho Sosa, responsable principal ante don Panta, al no haberlos encontrado en la casa ni en los alrededores, y viéndolos ahora llegar visiblemente cansados, los recibió con expresiones de franco enojo. Pero sus reproches, tanto como sus indagaciones, cayeron en el vacío. Y al verse rabiando solo frente a dos que no mostraban el mínimo deseo de darle satisfacción, escupió un oscuro gargajo de tabaco, señal de que algo acababa allí, y los dejó.

Arturo y la india cambiaron miradas de momentáneo alivio. Aún quedaba por verse si el capataz llegaba a la perrada de contárselo todo a don Panta. Pensando en eso, Arturo se encaminó hacia el trabajo que lo esperaba, al tiempo que Yapá, azorada por algo que acababa de ver, corrió a detenerlo, indicándole se fijara hacia el apeadero de la casa donde don Panta Guerra en persona se disponía a desmontar. Habría dejado Loma Verde muy temprano para que pudiera llegar a esa hora. Al verlo, Arturo sintió un súbito temblor. Sabía que su padre, ansioso por conocer novedades, no tardaría en reunirlos y averiguar cosas.

Así ocurrió, efectivamente, y la tensión en espera del probable soplido del capataz se hizo insufrible. La primera pregunta la dirigió don Panta a su hijo, y el momento crítico se precipitó. Y fue la india, la menos asustada quizá, quien se adelantó afrontando la situación.

-Señor Panta -dijo en su jerga-, el despertador no funcionó.

Burdo el lenguaje como burda la excusa, pero su enredado y triste acento impresionó a Juancho, quien, deseando evitarle dificultades, intervino.

-Sí, che patrón, el despertador no funcionó. Por eso Arturo se levantó recién.

Don Panta, con una sonrisa que lo llegaba a serlo, miró a su hijo, en cuyo rostro el cansancio era inocultable. Pero, no queriendo malquistarse con él, se calló, aunque le pesaran los que creía evidentes excesos del muchacho en sus expansiones con la india.

Así concluyó la visita de la pareja a Yatebó, tal un hermoso sueño llegado a su fin.

Y Juancho Sosa quedó contento. Nada de lo sucedido lo afectaba, y lo tranquilizaba sentirse libre de la ojeriza de Arturo. Dejó la reunión sofocando en el pecho una suerte de risa cómplice. Al rato, don Panta lo llamó privadamente. Lo puso en conocimiento del comentario escuchado en el boliche de Lemos y de un frustrado intento suyo de visitar nuevamente a Gringo.

-No debía irse solo, che patrón -le dijo Juancho, afligido-. Ese tipo es un asesino. Y le amenaza de vera.

-Lo sé muy bien -replicó don Panta-, pero esta vez iba decidido a eliminarlo, y se me adelantó. Abandonó el rancho. Seguro habrá ganado el monte. Hay que redoblar la vigilancia, Juancho.

-Pierda cuidado, che patrón. Y, a ese Gringo, un día le v'arreglar la cuenta yo...

Pasaron dos semanas. Y nuevamente viajando en horas inusuales, don Panta arribaba a Puesto Guerra en compañía de doña Flora, ésta con un bebé en brazos. Al desmontar la madre, la criatura echó a llorar. Yapá, que aún dormía, se sobresaltó, se levantó de un salto, y presa de emoción incontrolable, corrió al encuentro del crío llorón. Arturo también se despertó. Los miraba desde la ventana de su cuarto. La llegada de la niña (estaba seguro de que lo sería) no lo fascinaba como a Yapá.

Desde ese día soplaron aires nuevos en la hacienda. Aires de mudanza. Muy a pesar de don Panta, doña Flora esperaba ocupar su nueva casa en un mes. Arturo, por su parte, lejos de todo entusiasmo, se debatía entre la pena y la duda. Sobre todo, le preocupaba Yapá, ausente, por supuesto, de los planes de doña Flora. Yapá, punto de partida en su camino de hombre. Yapá, su alegría. Pero nadie más podía comprender lo que la india representaba para él. Inusitadas experiencias había vivido con ella. Y ahora tenía que dejarla. Al comienzo no sabía si pedir a su padre lo dejara en Perulero o aceptar el penoso alejamiento. Luego, la misma Yapá hizo posible que su actitud cambiara. Sucedió que la última en enterarse del plan en marcha fuera ella. La noticia le cayó en lo hondo de su almita oscura como piedra soltada desde un alto cerro. Doña Flora y Arturo se mudarían a Loma Verde. A Yapá, nadie le había dicho nada. Tampoco Arturo le dijo nada. Señal de que nadie contaba con ella. Por otra parte, ella no deseaba ese viaje. Aunque doña Flora o Arturo se lo pidiesen, su respuesta no podía ser sino un rotundo 'no'. Definitivo. Era mucha distancia, mucha para su esperanza de volver a Yatebó.

De ahí en más, Yapá se encerró en sí misma, en la evocación de su valle y su gente, los que, por cierto, a partir de su fugaz visita, gradualmente la venían ocupando hasta recuperarla entera. Ella no tenía dudas al respecto, aunque una profunda melancolía la oprimiese en su hermetismo. Huraña, cada día más, acabó por apartarse como animal enfermo, rehusando con brusquedad la compañía de Arturo. Y éste, despechado, la abandonó. Para colmo, vacía de interés y de ganas para todo, Yapá se dio al hábito de quedarse dormida en cualquier parte, aun en pleno trabajo, provocando la renovada ira y aun las azotainas. Y Arturo, en vez de apiadar se y animarla como antes, al verse rechazado por ella, optó por dejarla en su indefensión y buscar olvido en otras cosas.

Uno de esos ingratos días, poco después que amaneciera, la bronca anticipaba violencia contra la india. Según rabiaba doña Flora, la tipa se emperraba en la cama mientras los berridos y bramidos ensordecían y el ordeño se atrasaba por falta de brazos. Doña Flora se enfurecía más y más.

-Ya está mal acostumbrada -rezongaba-. La muy perra no ha de levantarse sin antes recibir su buen guascazo.

Cansada de gritar, se armó de un látigo y fue a buscarla. Pero, aun antes de pisar el umbral, se detuvo perpleja, resistiéndose por un instante a creer lo que veía. La puerta del cuarto donde dormía Yapá, totalmente abierta, rechinaba quedamente movida por la brisa.

Y en el fondo, entre sucios harapos, el catre vacío mostraba su correaje despellejado como penosa osamenta.

Poco a poco, Yapá se había dado cuenta de que su alejamiento de Yatebó carecía de objeto. Desde luego, bien pudo también ella crecer en razón bajo el acicate de la cruenta vida soportada en los últimos tiempos. Desde su breve visita al valle natal, sus ojos venían viendo las cosas de un modo distinto. Su ilusión respecto a una vida mejor, un ambiente mejor y un ancho espacio vital como el llamado «campo libre» venía desvaneciéndose, cayéndosele a jirones, al igual que su única pollera de percal, a través de los pajonales del feudo Guerra. Incluso el amor vivido en esa exuberante tierra, deslumbrante al comienzo como sol que nace, encontraba al final apenas diferente del apareo conocido en la promiscuidad indígena.

De toda su ilusión, solamente le quedaba un cansancio cargado de soledad, un desierto de esperanzas. Debía pues elegir, simplemente, entre alguna otra pollera de percal para romperla en los duros trajines entre azote y azote, o el escueto culero de syrybí, prenda insuperable para su abigarrado mundo de quebradas.

Yapá no podía vacilar en su elección porque allá, entre rocas y ramazones pobladas de misterio, había quedado su emoción de adolescente que aprendió a transitar por la vida sin nada a costas más que la magia de no necesitar ni siquiera desear otra cosa que el magro fruto del roquedal para apaciguar el estómago, y poder dormir, aun fuese con un solo ojo, pero dormir sin el peso del mañana opresivo.

Ahora que su almita montaraz renunciaba a Arturo, ya nada había en ese lugar que la llenase. Y se fue.

Capítulo IV

Cuando muere la esperanza

Si bien doña Flora nunca lo dijese, Pantaleón Guerra era para ella, además de su hombre, su único benefactor. Una tarde, de ésas que nunca podría olvidar aunque quisiera, huyendo sin rumbo, huérfana de todo humano apoyo, lo había encontrado por mero azar. Y cabalgaron juntos durante una interminable travesía hasta arribar al caserón de Perulero que, luego lo supo, se llamaba Puesto Guerra. Bien que allí fuesen a morir sus juveniles ímpetus, era ése al menos un refugio desde donde otearía soñados horizontes. Las decepciones y amarguras posteriores no cuentan. Fueron, claro está, parte de otra historia.

Oriunda de Borja, tenía veinte años, la llamaban Florita y era maestra; una maestra un tanto rebelde, hecha a prueba de ingravitudes y privaciones. Salpicada en su adolescencia por audaces ideas que prendieron y florecieron en ella, involuntariamente había lastimado los inefables hábitos familiares y los de la candorosa clase dominante del lugar. Debía reconocerlo después, con pena.

Persuadida de que algo olía a corrupto en el ambiente social, indujo a varios de sus coetáneos a secundar sus afanes de renovación. La juventud, sangre limpia, debía sanear la vida. Y tamaña temeridad la convirtió en blanco de una hostilidad maligna. La beatería

local tomó la iniciativa. Mostrando una unanimidad digna de mejor causa, buscó afanosa la forma, cualquiera fuese, para acabar con la «anarquista». ¿Y cuál mejor que empujarla al charco de la deshonra? Por coincidencia, cierto don Juan forastero venía rondándola sin disimulo y con una tímida anuencia de ella.

Todas las compueblanas estaban sumamente excitadas. Pero, naturalmente, ellas se veían incapaces de hacer daño alguno. En cambio, él... Y la cosa comenzó del modo más cordial. Las más allegadas, las amigas, las parientes, le implementaron un cumpleaños, sí, el suyo, pues, casualmente, Florita cumplía años, pero, no andando en buenos términos con la familia, prefería olvidarlo. De ahí que el generoso gesto la llenara de reconocimiento. Una ofrecía su casa, otra la música, otra, una modista, la invitaba a probarse un vestido, un regalo especial a ser estrenado en la fiesta que le ofrecerían. Tierno camuflaje cubría la trampa. La soñadora maestría rural, amiga de los niños y del numeroso pobrerío, estaba marcada. Había ofendido, por cierto. Las mujeres debían ser sumisas y obsecuentes como lo habían sido tradicionalmente, jamás intrépidas y justicieras. Florita repudiaba la humillación, los falsos temores, el conformismo. Florita proclamaba como símbolo de vida, la alegría. Los niños la adoraban, sentíanse iguales a ella. Era la más abierta, la más comprensiva, la más libre de la escuela. Y resultó que todo eso estaba mal, todo eso relajaba el orden, la disciplina, las buenas costumbres.

Cuando golpeó en el portón de la modista, ésta se dejó oír desde los fondos.

-Entrá, querida... entrá nomás, quitate la ropa que enseguida voy a probarte el vestido.

Y Florita pasó adelante, se aligeró de ropas, esperó. Ante la excesiva demora, entró en instintiva duda. Escrutó su alrededor. No veía indicios de costura en parte alguna de la pieza. Veía sí la máquina de coser cerrada y cubierta de polvo, las perchas vacías, el maniquí desnudo. Y más que nada, le llamó la atención un colchón tirado en un sector del piso.

La modista no aparecía. Súbitamente, alguien cerró la puerta de entrada, dejando la pieza en penumbra. Florita lo comprendió todo de golpe. Quiso huir por el patio, pero la puerta de ese lado también se cerró. Una sombra subrepticia la tomó por la cintura y una voz masculina le habló al oído:

-Es mejor que te entregues a las buenas. Si gritás, los vecinos van a enterarse.

Florita forcejeaba defendiéndose y pidiendo auxilio a la demorada modista. Hubiera gritado ni bien apareció el hombre si no temblara por temor al escándalo. Ella que condenaba los prejuicios, que proclamaba la lucha, temía al escándalo. Pero al verse ya vencida y a punto de ser violada por el sujeto, cesó de pensar en lo que «la gente dirá» y con toda la potencia de sus pulmones gritó: ¡Sooocooorooo! ¡Sooocooorooo! El violador, fuera de control, emprendió a bofetadas para acallarla, pero ella continuaba clamando: ¡Sooocooorooo! ¡Sooocooorooo!

Finalmente, los vecinos acudieron, agolpándose a saber lo que pasaba, y el frustrado violador tuvo que darse a la fuga. Florita, entre tanto, no salía de su terror y turbación. La

canallada de que era víctima la anonadaba. Los vecinos la acosaban con preguntas. Nadie aún podía saber a ciencia cierta lo que adentro había sucedido, cuando la modista apareció en escena vociferando toda indignada:

-¡Pero qué escándalo! ¡Tanto alboroto, si él es tu novio y se va casar contigo...! ¿Por qué tanto grito entonces, si vos le querés? ¡Tanto lloriqueo, ni que fueras una chiquilina!

Y la modista seguía. Florita abandonó la casa cayéndose de vergüenza. Ahora los vecinos reían. Le hacían preguntas obscenas. Ella, ni llorar podía.

Cuando los padres se enteraron, montaron en furia, la golpearon sin piedad y no le permitieron explicar los reales hechos. Decididamente, la cosa tenía que haber sucedido tal como la gente decía. La culpa de todo debía tenerla ella. En conclusión, Florita fue arrojada a la calle. Durante toda su vida llevaría oscuras cicatrices como recuerdos del cumpleaños aquél.

Y sola entonces, cubierta de lodo, sin nada por delante más que el camino, aquella calurosa tarde partía soportando torvos dardos en el pecho. Dejaba atrás las blancas casitas de Borja, la romántica estación del ferrocarril, las amigas ahora enfermas de maldad, montones de recuerdos de la niñez, los sueños de la adolescencia ahogados entre la bruma de un incierto porvenir. Todavía le seguían los pasos peregrinas miradas. Las íntimas de ayer la lapidaban con los ojos. Florita tragaba nudos de sollozos reprimiendo su peor desencanto. Llegada al límite del poblado, tendió la vista campo afuera y avanzó.

Sin saber para dónde, huía montada en una picaza, regalo de una tal doña María Vera, su madrina muerta. No podía recordar cómo era ella, pero en tan crucial circunstancia le estaba agradecida. De pronto, pensando, se le antojó que la carretera se desplazaba y ella quedaba demorada en esa tierra hostil. Hubiera querido desaparecer de un soplo, volar, borrar de su pequeño espacio y de su tiempo, pero jamás habría pensado suicidarse. El suicidio no le cabía en la mente. No huía de la vida. Huía de la maldad.

A bastante distancia de su pueblo natal, en pleno desolado campo, cierto desconocido montando un brioso alazán la alcanzó. Luego del usual saludo, emparejó su cabalgadura al trote cansino de la picaza. Es que, pensaría seguramente, en un largo y desértico camino, un hombre no debería dejar atrás a una mujer, máxime siendo ésta bien parecida y joven. Y no debería mantenerse callado. Resulta aburrido andar acompañado y en silencio. Generalmente, uno comienza preguntando a dónde va. Y, generalmente, la conversación surge espontánea.

El desconocido dejó de serlo al presentarse como Pantaleón Guerra, sonoro apelativo para una gallarda estampa. Hombre ducho, un tanto entrado en años, don Pantaleón hablaba con aplomo y lucía calidad, mas no se mostraba locuaz. No platicaron más que lo necesario para que él se ubicase en la difícil coyuntura que afrontaba la viajera. Ciertamente, mal habría quedado un hombre como él si no le ofreciese albergue.

Florita despertó a la mañana sobresaltada por un rumor de voces extrañas. Al dejar la cama y saltar al aire libre, vio centenarios árboles, palmeras agitando verdes penachos

cargados de pájaros, vio un mar de aves de corral, cerdos y vacas. Más allá, campos, montes y la abigarrada enormidad de la cordillera. De repente veíase transplantada en un paraje de ensueño con siglos de ignorada historia. En su derredor, todo hablaba de prosperidad, en un lenguaje de pasados tiempos. Todo allí provenía de un respetable ancestro. En ese casual refugio debía desanudar su angustia, soltar sus ideales en azules retazos de cielo e iniciar el contaje de los días sin nombre.

Y transcurrieron soles, lunas, buenos y malos tiempos. El primer confidente de sus escondidas lágrimas llamose Arturo, fruto de gratitud y desasosiegos, producto de un inusual albergue.

Florita, tierna, exuberante, se prodigaba en esfuerzos sin importarle que sus primores amustiasen en el tórrido trajín de Perulero. Sus angustias ya no eran las de su juventud incomprendida. Los problemas eran otros.

Mientras tanto, en el alejado pueblo de Borja también los temas eran diferentes. A ninguna de las pintorescas damitas de clase media le pesaba en la hueca mente el recuerdo de Florita. Borja continuaba sumida en su decrepita quietud, y en el ámbito familiar, el bochorno con respecto a la maestra defenestrada todavía sellaba las bocas.

E imprevistamente arribó un desconocido que decía llamarse Juan Sosa. Se trataba de un correntino serrote que iba de parte de «doña Flora» con encargo de conducir a Perulero lo que le quedaba del legado de la madrina muerta: unas cuantas vaquitas; y de transportar en la carreta que al efecto traía los modestos muebles que la joven había logrado con los ahorros que le permitiera su magro sueldo de maestra. Y el avispero borjeño zumbó con la noticia. Renovada la inquina, habían quienes mostrábanse contentas y vengadas al enterarse de que «la pobrecita» ¡ay! fuese a parar de concubina en una hacienda.

Las vaquitas de doña Flora, pintaditas y mansas, como de suave cera y hechas al tacto, caminaron sumisas hasta muy cerca de la noche, cuando avistaron el caserón de Puesto Guerra. Al arribo, la emoción y el cariño les salieron al encuentro. La dueña las nombraba una por una y las abrazaba como si fueran pedazos de su persona. Enseguida las condujo al establo donde comieron, bebieron y se dispusieron a pasar la noche. Y esa noche, de contenta que estaba, doña Flora no pudo conciliar el sueño. Acostada en su propia cama y con la presencia de sus vacas en el establo, se sentía de nuevo fortalecida, al punto que sus preocupaciones por la incesante hostilidad de los cañadenses quedaron de momento relegadas a segundo lugar. Esa noche, la vigilia, aunque larga, se le hizo feliz. Y habiendo apenas amanecido, ya ella estuvo nuevamente junto a sus vacas, nombrándolas. Pero ahora las notaba molestas, incómodas, como temerosas de quedarse allí. Bramaban tristemente, buscando salida a lo largo de la cerca, una tras otra, como pidiendo las devolvieran a la lejana querencia. Y doña Flora se detuvo impresionada observándolas, comprendiendo o quizá compartiendo esa desazón tan semejante a la suya propia, reprimida sin cesar. Por un instante la invadió un sentimiento de profundo dolor por haberse equivocado en hacerlas venir. Y esa idea la devolvió bruscamente a la realidad dominante, de continuas amenazas e inseguridad. Trayendo consigo a su ganado, seguramente pensaba ella inyectar alguna fuerza a su vacilante esperanza respecto a que pudiese renacer la paz, no obstante haber gastado inútil y numeroso esfuerzo en buscarla, desde los comienzos de la hostilidad.

Tiempo atrás, cuando ya le parecía todo bien encaminado, cuando los cañadenses habían llegado a simpatizar con ella y admirarla por su juventud y dinamismo, de pronto, una gran sequía sumó desesperación al hambre, y la esperanza se desvaneció. Ahora, la cosa iba de mal en peor. Parte de la culpa, desde luego, ella le achacaba a don Panta, éste que en tren de precautelarse echó postes y alambró la parte fértil. Resultado: odio más odio. Y cuando Gringo puso los pies en La Cañada, no hacía falta sino atizar el descontento ya existente hasta volverlo hoguera. Ya por entonces, doña Flora vaticinaba las consecuencias.

Observando el comportamiento de sus animales, empezaba pues a dudar de su acierto al hacerlos venir, «justo ahora» pensaba, «justo en momentos en que la mudanza al pueblo se prepara». La sobresaltó la voz de don Panta, detenido a sus espaldas, tratando de adivinar su vacuno coloquio.

-Habrá que ponerlas en el potrero chico -le dijo-. Allí el pasto es mejor y eso ayudará a que se adapten. Además, estarán más seguras.

A doña Flora le preocupaba otra cosa. Y hacia aquélla derivó la conversación.

-Deberías tomar la iniciativa -comenzó persuasiva mirando hacia La Cañada-. Ellos pasarían a ser tus aliados si les dejaras trabajar una parcela de tierra buena. Ellos te ayudarían a defender lo tuyo en vez de ser tus enemigos. Cualquiera reconoce cuando se le tiende una mano generosa. ¿Por qué no probás?

Don Panta la miró de una manera rara, como preguntándose qué bicho la picaba. Ella se le aproximó, le apoyó la cabeza en el pecho y continuó con tono triste:

-Hacelo por tus hijos, Panta. Te lo ruego. Intentá la paz con ellos ayudándolos para que puedan vivir. La miseria vuelve malo a cualquiera, Panta. Sólo un poco de buena voluntad puede salvarlos a ellos y también a vos.

Al parecer, las últimas palabras de su mujer lo sacaron de quicio. Muy afectado, se apartó de ella.

-¡Qué mierda! -gruñó-. Haré lo mismo que hicieron mi padre y mi abuelo. Defenderé lo mío. Y lo haré con mi sangre si fuera necesario. Vos no te preocupes de eso. Es mi problema.

La dejó. Doña Flora sintió hondas palpitaciones en la herida que en silencio le crecía dentro. Temblaba como en sus peores momentos. Don Panta volvió a la casa, se puso el sombrero, y ya salía cuando vio al correntino Juancho que llegaba al galope. Ni bien éste se apeó, habló precipitadamente empeorando su malísimo español:

-Se perdió dos vaca más, patrón; ya buscamo por todo lao; no'stá, patrón. Seguro que ha de ser el Gringo, seguro...

Se lo veía a punto de llorar. Don Panta le espetó:

-¿Y ustedes, tropa de infelices, qué hacían mientras tanto? ¡Vayan a traer esas vacas, aunque tengan que sacarlas de las tripas de Gringo, sigan pues, carajo!

Confuso y humillado, Juancho dio media vuelta y volvió por donde vino. En el portón encontró a Gervasio, el más viejo de los peones, que llegaba muy triste, con mal aspecto. Cerrándole el paso, le dijo:

-Se perdió dos vaca más. Tenemos que ir a buscar y traer de donde estén.

El viejo respondió con un gesto de hombros, negándose. Juancho escupió y siguió viaje.

Cuando Gervasio se aproximó a la puerta principal, don Panta llenaba la casa con su bronca. «¡Conque ayudar a esos miserables! ¡Vaya! ¡Les voy a meter plomo, eso sí!» El viejo se detuvo esperando a que se calmara. Al rato se decidió.

-Con su licencia, che'patrón -dijo al entrar, humildemente-. Estoy enfermo, y no quiero irme de usted. Yo pasé aquí toda mi vida, primero con su papá, después con usted..., y siento que ya falta poco para irme de este mundo. Por eso, che'patrón, vengo a pedir un lugarcito para un rancho. Tengo vergüenza de morir como un perro después de trabajar tanto, ¿ayépano, che'patrón?...

Don Panta se abrochaba las polainas resoplando con dificultad. Al acabar, levantó la vista enrojecida, fijándola en Gervasio, y sin medir la amargura contenida en la súplica de su servidor, reaccionó colérico:

-¡Basta, viejo malagradecido! -le dijo-. Parece que Gringo te convenció también a vos... Aquí tenés comida y cama. ¿Qué más querés? Y si te vas a morir, ¿para qué mierda querés un rancho? No te hagas problema; te podés morir cuando quieras. Pero, lo que ahora importa es que vayas con los otros a buscar las vacas perdidas. Eso sí, es importante. Así que, ¡siga nomás!

A su tristeza senil se le sumó el rencor. Gervasio abandonó la casa. Su matungo tascaba el freno dormitando a la sombra de una palmera. Lo montó y salió al tranco, dirigiéndose a la carretera. Allá se detuvo, tendió la mirada hacia uno y otro confín, quedó mirando en dirección a La Cañada, vaciló un instante y apretó las espuelas. Avanzó sin importarle lo que hacía. No lloraba porque en su condición ya ni eso valía la pena. Perdido bajo la inmensidad de los cerros, flanqueó los promontorios dando un largo rodeo para evitar encuentros con Juancho u otro cualquiera de los hombres de Puesto Guerra, y entró finalmente en el áspero pergamino de la aridez por la parte rocosa. A un costado tenía la presencia oprimente del Ybytyruzú. Al otro lado, atravesando el arroyo y la vasta maleza, borroso en medio de un blancuzco paisaje, entre espinillos y erizados cactus, atisbaba el mundo de Gringo. Sin dar tiempo a las vacilaciones, allá se encaminó.

El hombre lo vio aproximarse lentamente, y pensó enseguida que Panta Guerra lo largaba por muy viejo, porque ya no le servía. Le salió al encuentro con expresiones de simpatía y regocijo. Lo invitó a bajar, a tomar asiento. Gringo lo necesitaba. A él sí le podía ser útil. Gervasio era un libro abierto en lo referente a las rutinas de la hacienda, y en lo

concerniente, además, a sus debilidades y fortalezas. Había gastado allá la vida entera «¡al pedo!» Gringo sí le prometía la pronta tenencia de la tierra que Panta Guerra le negaba, buena tierra, al otro lado del arroyo, donde él eligiera nomás, muy pronto... Por fin, alguien le reconocía su derecho.

-¡Claro que vasa tener! -le aseguró paternal el hombre-. Vasa tener la tierra y el rancho también... ¡claro! Por lo pronto vasa andar con los muchacho, y cuando liquidamo al tipo, ¡jhe!, vasa tener tu parte.

Gervasio entró a compartir un cubil tapizado de boñigas y minado de pulgas, bastante peor que el cobijo abandonado en lo de Panta Guerra.

«Por lo pronto, ¡claro!», se dijo a sí mismo metiéndose bajo la jerga, dispuesto a dormir. O, al menos, a continuar soñando. Gervasio llenaría por algún tiempo el espacio dejado por el indio muerto.

Conocía Perulero como la palma de la mano. Cada atisbo de su esperanza había desaparecido por asfixia bajo la férula patriarcal de los Guerra. Así pensaba él a su manera, pero amaba Perulero. Amaba el verde y ocre desparramados en infinita gama por los llanos y faldas. Y amaba el sol que surgía de la cordillera y daba sensación de parto. Desde niño, sólo conocía esa tierra, sus bellezas y sus males. En cuanto a la propia tristeza, él mismo la había gestado y parido mil veces, a solas, a través del campo, sin lágrimas, porque llorar no era de hombres. Y todo por una cándida confianza: la de llegar a poseer un día un pedacito soleado donde clavar un rancho. En ocasiones, un nudo de dolor le bloqueaba el pecho. Durante las siestas, lo oprimía el gemir del viento en las palmeras y el plañido de los halcones hambrientos. Sentía entonces como si la naturaleza llorase por él. Al crepúsculo se evadía de su angustia contemplando la inmensidad de la cordillera. La imaginaba un fabuloso toro largamente acostado rumiando su fiereza eterna. Siempre las noches fueron sus enemigas. Echado sobre la jerga, solo, las pasaba matando pulgas. Pero al alba, al sacudirse la modorra inútil, oía relinchos en el campo. Amaba el campo y los caballos. Apenas la penumbra del amanecer se lo permitía, galopaba aspirando aromada brisa. Le venían ganas de gritar y echaba un largo grito con falsete, poniendo en él toda su alma. Ahora recordaba con pena a Juancho Sosa. Lo apreciaba por callado y duro. Él todavía hubiera podido ser como el correntino de no haberle atrapado la maldita vejez, y de no sentir en los huesos una lastimosa necesidad de quietud. A esa edad, desde luego, al hombre le pasa como a los laureles negros. Se le pudren las raíces y se abaten. Esa sensación dominaba a Gervasio, esa visión de desplome. Por fin, pese a las infinitas pulgas, quedose dormido.

En enero, doña Flora se mudó a Loma Verde, dejando en Perulero muchos años de lucha estéril y un vacío imposible de llenar. Era el comienzo de la década del treinta que entraba con signos trágicos: la sequía y la inminente guerra. En la ciudad no se hablaba de otra cosa.

Pero volvamos a Perulero. Por primera vez, los arroyos y aguadas quedaban hechos polvo, menudeando pavorosos incendios de campos y bosques. Al cabo de mucho

sufrimiento, muy de tarde en tarde, algún aguacero se insinuaba, y era como una gracia de Dios, pero sólo se insinuaba.

A las interminables y sofocantes jornadas lidiando tras animales desesperados que ganaban los profundos fangales donde se atascaban y eran comidos vivos por los buitres o cazados por las huestes de Gringo, sucedían noches igualmente atroces en que la gente desvelada sudaba con el dedo en el gatillo. Desde la noche que siguió al exabrupto de don Panta, Juancho las pasaba enfermo de frustración. Ni bien amanecía, ensillaba su montado y salía como huyendo, con pésimo humor. Uno de esos días, perdido en conjeturas acerca de su situación, llegó a las aguadas y barreros desérticos de las estribaciones. Cabalgó difícilmente sobre el duro y cuarteado lecho de arcilla, se metió en el cauce de arena y piedras del arroyo seco, y al cabo de un rato reapareció sobre la barranca. Rastreaba con pocas esperanzas las últimas reses desaparecidas y otras que quizá corrieron la misma suerte. El suelo profusamente agrietado resonaba al peso de su cabalgadura. El bosque chamuscado y el campo sin verdor le llenaban de congoja. En las hoyadas hediondas, el viento arremolinaba el polvo y las briznas, sepultando diminutos pececillos y caracoles. Ni un solo trino se dejaba oír. Las aves, salvo las rapaces, habían emigrado o murieron.

Juancho cruzó finalmente el cauce muerto del Bolascuá y avanzó sin prisa paralelamente al curso del arroyo. Al rato, en un claro donde predominaban espinillos y ñañegatos amarrados y crujientes, vio alzar vuelo una pareja de caranchos, abandonando la osamenta que despellejaban. Juancho la examinó y continuó su cauteloso movimiento. Enseguida, por entre la maleza que escrutaba minucioso, pudo entrever algo moviéndose más adelante, en una hondonada cercana. La maraña le dificultaba la visión, pero al punto oyó sonar los ollares de un caballo. Apartó cuidadosamente una rama y, en efecto, allí se veían dos jinetes; rabiaban enredados en una zanja, procurando vanamente levantar una res echada que se negaba a seguir. Juancho pudo distinguir un revoltijo de lazos, y ya no le cupo la menor duda. Se trataba de cuatreros. Y la bestia, por su comportamiento, debía ser una cerrera. Desmontó con sigilo, inspeccionó de una ojeada el terreno, preparó el Winchester, dio unos pasos, y olvidando de golpe sus reconcomios, apuntó. Al primer disparo, uno de los caballos cayó con estrépito. Obviamente, Juancho no era buen tirador. Se preparó a fijar nueva puntería. El segundo proyectil cortó el lazo que estaba tenso, azar que lo puso contento. Mientras tanto, el hombre del caballo caído se dio a la fuga revolver en mano, sin haber disparado. Probablemente, no pudo precisar de dónde provenían las balas. El segundo hombre quiso seguir al fugitivo pero fue alcanzado por un tercer cartucho y se desplomó. Su caballo huyó espantado llevándose a rastras el lazo roto. Juancho se acercó al herido sin dejar de apuntarlo. El infeliz gemía, y resultó ser -¡cosa increíble!- el mismísimo Gervasio. Juancho, padeciendo la peor consternación de su vida, quedó mirándolo.

El viejo se ligó con el cinto el muslo traspasado por la herida, sin tan sólo una mirada para el agresor parado frente a él, y lentamente reptó hacia el arroyo seco, donde se taponó la herida con arena, alejándose luego, a duras penas, a través del monte. Su desconcertado ex-compañero lo dejó ir. Antes que impedirselo, prefirió ayudar a la res echada en la zanja. Le quitó el lazo, le aplicó un fuerte mordisco en la cola, y la vacuna fiera pegó un salto. Al verse libre, clavó la vista hacia el cerro y entendió la corrida.

Ya en Puesto Guerra, Juancho callaba. No podía denunciar ni siquiera mencionar un hecho que, además de resultarle estúpido, lo desmoralizaba. El resto del día se pasó tragando hiel. A la noche -mal entre males que llegó como cualquier otra cubriendo de subido oscuro la existencia gris-, acabada la cena, descargó el wíchester, lo limpió y renovó la carga, tarea de rutina sin la menor participación del ánimo. Esa noche le tocaba montar guardia en la taperita, otrora alojamiento de las domésticas, ahora criadero de avispas. Actuaba sin prisa y sin entusiasmo, en parte, quizá, por verse dueño de la iniciativa, la que le importaba ciertamente muy poco. Don Panta había partido a la madrugada rumbo a Loma Verde, donde su mujer y sus hijos estaban instalados desde hacía un mes. En Puesto Guerra esperaban que su ausencia durase cuanto menos hasta la mañana del día siguiente.

Llegado el momento, Juancho se acomodó en su puesto de guardia. Se acostó levantando la cabeza y disponiendo las manos a modo de almohada contra un horcón. Tenía el arma cruzada sobre el cuerpo, la mirada perdida en la penumbra, el espíritu inmerso en profunda desolación. Que los peones a su cargo hayan o no cubierto debidamente sus puestos de vigilancia tampoco le importaba. La alta hierba seca de los alrededores le limitaba la visibilidad a unos pocos metros, además de retener la escasa brisa, empeorando la temperatura. La opaca luna, por su parte, muy poco encanto le ofrecía y debía soportar, además, la fragancia del yuyo marchito mezclado con el olor a bostas. Debía soportarlo porque ni siquiera podía evadirse durmiendo. En realidad, era su instinto de conservación, más que otra cosa, el que le quitaba el sueño. Sin embargo, pasadas unas horas, la modorra se le hizo sentir en los párpados, y no tardó en hacerse irresistible su carga. Y ocurrió que, en el momento preciso del primer cabeceo, un brusco sobresalto lo despabiló. Ruidos de cascos o de botas fueron la causa. Y, ya un tanto asustado, Juancho pudo entrever de inmediato cierto bulto que le sugería -miedo de por medio- la silueta de un hombre, alta silueta dibujada por la media luz lunar sobre la borrosidad del herbazal. Tratárase o no del esperado intruso, Juancho prefirió no vacilar. Tomó posición, dispuso el arma, y gritó:

-¡Alto!

Al cabo de un silencio insufrible, sólo poblado del cuchicheo de insectos y los latidos de la propia sangre, veía que la sombra se estremecía, que luego daba un traspies y avanzaba. Como un relámpago, a Juancho se le cruzó por la mente lo trascendido en ocasión de la no muy lejana pero sí muy mentada aventura de Gringo, y era que el sujeto había elegido justamente el camino ése, entre la serrería y la taperita, donde él, Juancho, bien prendido al gatillo, lo aguardaba ahora. Y pensando en voz alta, dijo «¡Va'la puta!», y apretó el disparador con furia.

Tras la descarga cerrada, la sombra quedó planchada con crujidos inusuales. Y el capataz, con la misma ansiedad que lo dominaba aquella mañana, cuando acababa de balear al viejo Gervasio, corrió, dedo en gatillo, a cerciorarse de si el caído estaba bien caído. Y sí, lo estaba, pero no se trataba de cristiano alguno, ni tan siquiera de un mal cristiano como lo serían Gringo o algún capanga suyo. Infortunadamente, no. La víctima no era sino el garañón malacara, un hermoso purasangre, ejemplar que fascinaba a Panta Guerra,

habiéndolo costeado a precio de excepción, en un enredado remate judicial. Estaba allí tendido, tan largo como esbelto fuera en vida.

El animal, empujado por la sed, llegaría buscando agua. Y Juancho, conturbada la imaginación por obra de los nervios, vio en él no sólo estatura humana con fornido tronco, sino, además, cara humana, blancuzca, y orejas y crines convertidas en perfecto sombrero, de la justa forma con que solía darse pinta el malquisto Gringo. Y lo mató.

Gimiendo de pura decepción al comprobarse atrapado por el influjo de la desgracia, maldijo desconsoladamente, renegando de su propia vida, «¡jue añá membyré», y preguntándose rabioso «¿qué puta vía'cer pue con el justamenta?». Por cierto, había que borrarlo de la vista, hacerlo desaparecer. Arrastrando el arma tras de sí, más renego que si en su persona recibiera la descarga, trotando se metió en la penumbra de la caballeriza, ensilló, cabalgó y regresó junto al potro muerto, momento en que los demás hombres llegaban alarmados y presurosos, luego de abandonar cada cual su guardia para acudir en ayuda del correntino. Y las risotadas estallaron inevitables en plena cara del capataz, cuyo lamentable ánimo ni cabal discernimiento le permitía. Efectivamente, el infortunado acabó explotando en insultos y amenazas contra cualquiera que pudiese comentar lo allí ocurrido.

-¡Y güeno py, carajo! -concluyó rabioso - ¿qué vía'cer? ¡añambembyré! Ayuden py a sacar el jusamenta de aquí... ¡Hay que ayudar py, chamigo!

-E claro -dijo uno-. Y bien lejo hay que llevar de aquí, hacia'l barrero o qué... Así solamente lecayá va creer que e un porquería de Gringo.

-Güeno py, pero hay que traer otro caballo ma, enseguida...

Anudados los lazos al cuello y patas del potro muerto, hombres y caballos tiraron a través del campo y de la noche. Y al cabo del penoso bregar, cuando al fin llegaron a la aguada seca que daba nombre al lugar, el alba estaba próxima. Libre de las cuerdas, el «jusamenta» quedó allí en espera de los buitres y caranchos que habrían de llegar más puntuales que el sol. Los jinetes dieron media vuelta y regresaron al trote.

-Ya grita catu los pájaro -bostezó uno.

-Ahorita nomá va llegar lecayá jhina -acotó otro con voz temblona.

-¡Ney py entonce! -cortó Juancho, algo mejorado de humor, aunque con ningún optimismo-. ¡Cada uno a su puesto py entonce!

Él, por su parte, tan pronto llegó de vuelta, desensilló y se dejó caer sobre el apero, rendido y acosado por los peores pensamientos. Aguardaba el alba y con él al patrón. Oía piafar impaciente a su caballo en el cobertizo. Pero pronto lo dominó el sueño. Poco antes de que aclarase el día, en tanto lechuzas y teros alborotaban la escasa brisa, quedó profundamente dormido.

Horas después, ya encendidos mechones de sol llegaban desde la cima del Ybytyruzú, los peones llenaban el corral de palabrotas, y el olor a bosta y leche ordeñada enardecían los berridos provenientes de los chiqueros, cuando, de pronto, un estridente relincho puso hielo en el aire. El alazán de don Panta, galopando sin el amo a cuestas, arribaba al portón. Todos los ojos a un tiempo se clavaron en él.

Desde el cobertizo, el caballo de Juancho respondió con otro relincho parecido. Y el capataz, arrancado de su amanecida soñarrera, cojeando y apenas despabilado, corrió hacia el portón, viéndose, igual que todos, ante el espanto de que allí sólo llegaba un estropeado y nervioso alazán con partes de la montura y las riendas hechas pedazos. Olvidando el ordeño, menudearon conjeturas y vaticinios a gritos alrededor del caballo. El pasmoso suceso transformaba de golpe las resonancias de la hora temprana en huérfanas y asustadas voces que se agolpaban en desorden:

-A lo mejor co está un poequito apintonado nomá y se cayó...

-¿Y por qué entonces el alazán se juyó y vino?

-Sí, el animal está asustado. Alguna desgracia pasó seguramente.

-A lo mejor, le cayá se jue a dormir con Pabla catu, quién sabe...

Ciertas cosas afloran en voz alta sólo en circunstancias especiales. Ahora, pese al desconcierto, hablaba la urgencia por encontrar a don Panta. Y ubicar su paradero exigía barajar todas las probabilidades, aunque fueran a revolver la privacidad.

-No, seguramente que está en el boliche de Larrosa -insistió el primero-. Anda con tomando demasiado después que le dejó s linga ña Florita.

Se calló al notar que la intención reidera no cuajaba. Cada uno mascullaba interiormente una oscura certeza, la que ninguno osaba expresar. Ahora que había graves indicios de que don Panta ya no estaba, no era raro que se sintieran al borde de la indefensión ante las amenazas. Juancho puso fin a las especulaciones y aprensiones empezando a repartir secas órdenes:

-Güeno, vos te vas por Coloña, vos por Larrosa, vos por Paso Dulce, y vos te quedás a preparar la comida y la carreta. A la hora del rancho nos juntamos todos aquí.

Él tomó el alazán de don Panta, le cambió las riendas rotas y le aplicó espuelas. Ante todo, deseaba dar la noticia a doña Flora. Ella debía ser la primera en saberlo. Si el caballo aguantaba, estaría allá a media mañana y podría regresar de inmediato. Sus presentimientos respecto al patrón no le permitían ilusiones. Había notado algo que a los demás escapó: manchas de sangre debajo del polvo que cubría la grupa. Se volvió a mirarlas nuevamente, y sí, estaba en lo cierto. Eso no era simple barro. Además, ¿qué barro podía haber en semejante sequía? Sólo por un milagro podría don Panta estar vivo. En los últimos días, para colmo, había venido cambiando de itinerario en cada viaje, por precaución, claro está, mas no pensaba que sus enemigos eran numerosos y conocían todos los recovecos, como

para tenderle cuantas trampas quisieran. Juancho sofrenó de golpe y estuvo pensando brevemente. Le venía a la memoria cierta referencia de don Panta con respecto a un tal Paso Oculito, un vado en desuso que bien pudiera haber escogido ese día. A punto de torcer hacia el paraje aquél, recapacitó. De todos modos, a la vuelta podía pasar por ahí. Y reanudó galope rumbo a Loma Verde.

A media mañana, con el rechoncho correntino a cuestras, el alazán sudaba a chorros galopando de regreso hacia Perulero. Mientras tanto, en la nueva casa, doña Flora, corriendo de un lado a otro, se desesperaba, temblaba, gemía, se mordía los labios conteniendo el grito. El dolor le hinchaba la garganta y el pecho. Todos sus incesantes vaticinios y temores acudían en tropel embarullándola, a tal punto que no atinaba qué hacer ni resolver. Al igual que Juancho, ya no podía pensar en un Pantaleón Guerra con vida. «¡Dios mío, Dios santo, ¿por qué tanto castigo, por qué?!», estalló finalmente en desconsolado lamento. Junto a ella sollozaba su hijo mayor, Arturo, testigo de sus tribulaciones.

En Puesto Guerra, algunos jinetes regresaron cerca del mediodía, comieron y otra vez partieron al galope. La misma extraña sensación dominaba a todos. Algo estaba cambiando de repente, para bien o para mal. En el fondo de la excitación y la angustia propias de la súbita coyuntura, se incubaban gérmenes de un sentimiento impreciso. Esa brusca urgencia los reconciliaba en cierto modo con la vida. Estaban cansados de tan torturantes prevenciones y vigiliadas. Por fin, la artera realidad se presentaba mostrándose tal cual la imaginaban.

En Loma Verde, una mujer envejecida veinte años en media hora, aplacaba el llanto de su criatura obligándola a succionar sus flácidos pechos. Y besándola con obsesiva lástima, le empapaba de lágrimas el pequeño rostro. Arturo, rojos los ojos y tragada la voz, ensillaba el «moro chu-í», al que apenas un mes atrás había traído consigo para quedarse. La vecina Lugarda, mujer ya anciana pero fuerte, dispuesta al servicio de quien la solicitara, alarmada por los lamentos, aproximose preguntando a voces:

-¿Qué pio lo que pasa, che Dio...?

Y al enterarse de la triste novedad, exclamó: «¡Juesú, che señorá..!», segura también ella de que la fatalidad se había plantado en Puesto Guerra. Acabó ofreciéndose a cooperar en lo que fuera menester. Doña Flora, agradecida, aceptó el ofrecimiento, encargándole de inmediato el cuidado de su niña y de su casa.

Capítulo V

El canto funerario del tero-tero

Intenso brillo lunar transparentaba la humareda tendida sobre la llanura muerta. A lo lejos, entre cenicientos borrones, alzábanse los esqueletos de los montes quemados. Y en el confín, entre cascadas de luna y humo, la gigantesca fachada del Ybytyruzú se insinuaba.

Parejas de teroteros y yacaverés desvelados y exhaustos, lanzaban su alboroto alertante de tanto en tanto. Voces ahogadas por la sed. Voces agónicas de la tierra misma, sofocadas entre el polvo del campo abrasado.

De pronto surgió una voz humana.

-Mira, creo ver un montecillo a la izquierda. Ojalá haya agua, aunque sólo sea para el caballo.

Era la voz esperanzada de Arturo. Doña Flora, que marchaba adelante, se detuvo a observar, y ambos, en silencio, desviaron hacia el bulto que se veía. Pero, a medida que se aproximaban, las esperanzas, de tan pequeñas, se diluían entre la bruma. La madre finalmente habló:

-En la seca, la sed hace ver cosas raras; a veces montes y hasta lagunas.

Como la voz del terotero, la suya sonaba quebrada por la tristeza. Pero Arturo había visto un montecillo. Él no soñaba. Y cuando llegaron al charco seco, y tocaron con las manos unas hojas enormes y rígidas, recién entonces pudieron comprobar que estaban secas. Nudosos tallos serpenteaban sobre la arcilla cuarteada y atravesada por oscuras raíces que se internaban en vana búsqueda del agua. Arturo desmontó desalentado. El caballo, al sentirse libre de su carga, lanzó un débil relincho sondeando la soledad. Arturo caminó unos pasos y se detuvo a escuchar. Del penoso relincho, ni un temblor quedaba en la atmósfera.

-Todo muere en la seca, hasta el güembé -suspiró la madre-. Lucha inútilmente contra la arcilla, lucha hasta el fin. Mejor hubiera vivido como parásito en el monte, pero prefiere la tierra con sol, con viento.

También ella se detuvo a escuchar. Luego agregó:

-Tu padre era porfiado, y ahora ha muerto, en plena seca, como el güembé. Estoy segura de que está muerto.

Estaba desesperada, pero la desesperación le daba fuerzas y aun coraje. Arturo venía pidiéndole repetidamente que montara. Ella, ante la insistencia, respondía:

-Habrà tiempo para montar... El camino será largo para nosotros, hijo...

Ni la fatiga ni la distancia a cubrir le importaban.

Era medianoche, la búsqueda del desaparecido, comenzada por la mañana, parecía sin éxito. Desde que se sumaran a la tarea, ningún rastro hallaban de la gente que exploraba áreas distintas. Arturo volvió al caballo y continuaron. A la luz lunar, la desolación tornaba tétrico el rostro de la madre. Dos lagrimones le surcaban el polvo de las mejillas. Los cabellos, también sucios de polvo, le caían desordenados sobre los hombros. Pequeña y metida en su dolor, no se permitía otro pensamiento que no fuese el de su exclusivo drama,

el de su vida volviendo la página hacia otra desconocida y posiblemente peor. A medida que pensaba, enmudecía. Y Arturo, que no le quitaba la vista, no osando interrumpir su hondo platicar consigo misma, tampoco hablaba. Así anduvieron buen trecho de la noche, como si, en realidad, la búsqueda no existiera, hasta que, de pronto, madre, hijo y caballo quedaron paralizados, fijos los ojos hacia un mismo punto, tratando de confirmar ciertos brillos metálicos que les parecía haber visto, o acaso meramente se les figuraba; brillos entrecortados, quizá provenientes de unas llantas girando a la luz de la luna, a través de la vastedad humosa.

Apresuraron los pasos en aquella dirección y, prontamente, la duda se disipó cuando alcanzaron a distinguir la forma de una carreta y pudieron oír las voces del picador y demás hombres que lo seguían coreando una inconfundible tonada mortuoria, muy oída en nuestros campos en noches de tayazúes y otros pajarracos malagoreros y cómplices de la muerte.

La sombra avanzaba lenta, creciendo en rechinar de ejes, en quejidos lastimeros bajo su lúgubre carga.

-¡¡Son ellos!!

Lo dijeron a una sola voz.

Don Pantaleón, finalmente hallado cadáver en el menos previsto de los parajes, era transportado en la carreta. Juancho se apeó, balbuciendo a modo de condolencia:

-Lástima, el patrón. Encontramo el cuerpo en Paso Oculto.

Retuvo la mano de doña Flora, oprimiéndola con gesto solidario. Ella no pudo más. Echose sobre el difunto deshecha en lamentación.

-¡Don Paaantaaa! ¡¿Qué va a ser de nosotros, don Paaantaaa?!

El desesperado y vano lamento hendía la humareda de esa noche inmensurable, tendiendo un lúgubre sudario sobre la llanura muerta.

Se hizo un alto. Bueyes, caballos y hombres se dieron un descanso y se repartió a tragos corridos la sobra de caña contenida en la guampa que Juancho había llenado a su vuelta del pueblo. La luna y una mecha improvisada con el negro sebo de los ejes más un jirón de camisa rasgada en homenaje a la piedad humana, iluminaban el cadáver. El descolorido pañuelo que le ceñía el rostro fue al punto reconocido por Arturo, y era el que a Juancho le faltaba en el cuello. En la boca del muerto, desencajada por el impacto del proyectil expansivo, asomaba un espumajo negro.

-¡Don Paaantaaa! ¿Qué va ser de nosotros, don Paaantaaa?

-Tero, tero, tero, tero, ter, ter, ter, te, te, te, t, t, t, t.

Las aves querían saber de qué se trataba. Sobrevolaron brevemente al grupo hasta cerciorarse de que nada importante sucedía; nada más que angustia de gente atribulada, nada más que lamentación sin consecuencia. Y entonces, empeñados en prolongar los menguados estertores, volviéronse en silencio hacia el reducto elegido.

Cuántos insomnios le había costado a doña Flora vaticinar ese final funesto. Cansada de insistir, de cargosear, de impacientar a su hombre con los presentimientos, había resuelto refugiarse en Loma Verde. Y, transcurrido apenas un mes, aquello sucedió. «¡Vaya palabra hueca de mujer plagueona!», protestaba por dentro. El golpe asesino fue llevado a cabo tal cual ella lo temía. «Desde luego -solía decirle al finado-, a enemigo grande no se le juega de frente; se lo mata como a las fieras».

Además, doña Flora siempre había pensado cuán absurdo era poseer tanta tierra inexploada, viviendo rodeado de tan prolífica miseria. Aunque sin derecho a opinar autorizadamente sobre el problema, pensaba que luchar por conservar todo eso sin ofrecer a los infelices vecinos más que plomo, sin darles tan siquiera lo que allí sobraba, tarde o temprano debía traer aciagas consecuencias. Era que aquellos parias no mostraban el mínimo deseo de abandonar La Cañada. Prendidos de esa aridez como garrapatas, sin otro patrimonio que el hambre y sin más alternativa que robar, acechaban. Gringo les había dicho con claridad brutal: o liquidaban al que creían culpable de esa situación, o serían barridos por simple acción del tiempo. Aguardaban desde entonces, tomando de tanto en tanto, a manotazos, lo que la oportunidad les deparaba. A veces era la naturaleza, magramente pía, la que les ofrecía su maná providencial. A veces, un descuido de don Panta. Pero, siendo bastante numerosos los cañadenses, cualquier presa sólo les alcanzaba para una panzada. Habían acabado incluso con los animalejos de las lagunas. La caza era tema olvidado. Ni comadreja quedaban en pie. Ahora, en el duro verano, los niños se escabullían a través de los montes de Puesto Guerra, se llenaban las panzas de guabirá o pacurí, y si la suerte los acompañaba y no eran salpicados de pólvora, eso les duraba unos días o semanas. E inmediatamente arribaba febrero con cara de perro.

Silbantes las tripas, tornaban entonces a los viejos rastrojos, donde la presencia hostil del hambre no lograba abatir los mástiles del mbocayá, el de la melena siempre verde pese a todo, prodigio de Natura cuyos cocos eran sustento y su tallo y hojas abrigo, libre de los alambrados de la hacienda y su ley omnímoda. Maduraban sobre el hirsuto lomo de los cardales, completando el conjunto decorativo de la extrema pobreza. Por otra parte, la fauna inquieta de Puesto Guerra, en verano escapaba constantemente a pesar de los alambrados limitantes.

Los cerdos, paridos por decenas en los pajonales fangosos, ganaban los montes, se volvían cimarrones y ya no había cerco que los contuviera. Atrás dejaban el buen pasto y las raciones de engorde para marcharse en manadas a compartir la anarquía de los hambrientos, las frutas miserables, las aguas podridas, las siestas caniculares en los cocotales, disputando el consuelo estomacal a unos parvulotes desnudos e igualmente cimarrones, y acabando por contraer diarreas bacilares, anticipo de muerte. A menudo, también escapaban los perros: un par de galgos brillosos o un gordo San Bernardo. Llegaban al rancherío correteando incontenibles, jugando con cuantos famélicos y apestados los acogían, comiendo carroñas increíbles e inmundicias humanas, chapuzándose

en las aguadas negras, revolcándose en orinales y letrinas, para luego regresar a casa con olores que espantaban a medio mundo.

En los últimos tiempos, la supervivencia exigía constante sangre. Ya un rapazuelo parecía estrangulado en su disputa con cerdos furibundos. Paciencia. Pronto, algún cerdo también habrá caído pese a sus feroces colmillos y pezuñas. Así, sangre por sangre, Puesto Guerra era obligado a sufrir la represalia, aplacando pasajeramente la animosidad de los estómagos vacíos.

Hechos tan atroces eran sólo partes de una reciprocidad patética y compleja, la que, finalmente hizo que doña Flora, no pudiendo soportarla ya, se marchara con sus hijos a Loma Verde en busca de paz.

-¡¡Don Paaantaaa!! ¡¡Qué va ser de nosotros, don Paaantaaa?!

Desde la mudanza, ésa era su primera visita a Perulero. Venía para sepultar a don Pantaleón Guerra, su único benefactor y padre de sus hijos, nada menos.

Capítulo VI Fuego y relámpagos

-¡Siiigaaa, Guaaapooo, Cieervoovoo, siiigaaa!

Los bueyes marchaban rumiando sed y cansancio y soltando espesa baba. Los ejes rechinaban lúgubres bajo la penosa carga.

Por el lado del Ybytyruzú se veía subir una negrura inquietante. La luna se ocultó de prisa. Y doña Flora, Arturo, Juancho y demás acompañantes continuaron lentos, envueltos en densa polvareda, perforando el agobio de una noche de pronto tormentosa. El viento apagó la vela y nadie la volvió a encender. No valía la pena. Iluminaba el cadáver el fulgor de los relámpagos cada vez que el negro cielo se agrietaba. Vadeado el último arroyo -seco y oliente a carroña-, restaba por andar solamente media legua. Las nubes renegridas traspusieron la cordillera, y grandes gotas comenzaron a golpear las doloridas espaldas. Al asomarse el campo de Perulero, Arturo giró súbitamente sobre el apero, exclamando:

-¡Miren..., hay fuego en Puesto Guerra!

Todos quedaron paralizados. La fogarada se alzaba ahuecando el horizonte en la dirección indicada. Coincidentemente, un fiero rayo despejó las nubes bajas y pudo verse a lo lejos el caserón en llamas.

-¡Por amor de Dios! -gritó doña Flora, bañada por los sucesivos relámpagos, dirigiéndose a los hombres-. ¡Vayan a salvar lo que sea posible!

Las respuestas sobraban. Juancho hincó los ijares, y todos, incluso Arturo, partieron a campo traviesa. La carreta prosiguió su cansina marcha, con la desconsolada doña Flora por única acompañante.

La lluvia se desencadenó de inmediato cubriendo el contorno con una cortina de agua enloquecida. Cesaron de gemir los ejes, pero sí gemía el viento y estallaba enfurecido el cielo. Al cabo de tanta mezquindad, ahora se desplomaba en torrentes.

Los jinetes avanzaron con gran dificultad, castigados por la lluvia y la tormenta. Atropellaban charcos y malezales, enderezando el rumbo cuanto podían. Luego, el viento cesó, pero el agua continuaba golpeando sin piedad. Cuando al fin pudieron llegar, el incendio se había extinguido. La violenta precipitación impidió que Puesto Guerra fuese borrado por el fuego. Juancho entregó a Arturo el arma que perteneciera al difunto, y él preparó su wíchester. Los otros, cada quien con el dedo en el gatillo, entraron a tomar posiciones. Inspeccionados los alrededores, los corrales, caballerizas y la cocina, se introdujeron en la casa grande. Las puertas no habían sido violentadas. Los faroles estaban en sus sitios; los prendieron. Nadie parecía haber estado allí, ni encontraron nada que no fuese rastro del siniestro curiosamente comenzado por los cuatro costados del caserón. El agua del cielo había irrumpido poco antes de que el robusto maderamen fuera seriamente afectado.

El lento cortejo arribó por fin. Doña Flora se adelantó a ver los destrozos del incendio. Y pese a su inmenso infortunio y a su dolor, exclamó «¡gracias a Dios!» al comprobar que los animales -olvidados en su encierro desde la mañana- estaban sanos y salvos, y que no todo el techo de la casa había sido dañado de gravedad. Juancho comentó a media voz:

-Don Panta mandó la lluvia; es hijo de bendición.

Todos, incluso el cadáver, estaban empapados. En el comedor, cuyo techo se había perforado pero aún servía, los hombres acomodaron la gran mesa tallada proveniente de los Guerra del pasado. Doña Flora la cubrió con una sábana, y encima, cuidadosamente, fue depositado el cadáver en espera del cajón. Dos de los hombres empezaron a construirlo, usando tablas sin cepillar. Doña Flora y Arturo cortaban charques y pelaban mandiocas, disponiéndose a cocinarlos. Juancho, mientras tanto, servía mates. En fin, la vida continuaba.

Hacia el tercer canto de gallos, la rústica obra de carpintería estuvo terminada. Entre tanto, ya los estómagos se habían apaciguado con trozos de carne y mandiocas hervidas. El velatorio reunió a la desolada gente de Puesto Guerra bajo el pedazo de techo salvado por la lluvia. Doña Flora, ojerosa y abrazada a su hijo, se pasaba contemplando el cadáver. Ya ése no era don Pantaleón Guerra. Simplemente tratábase de los despojos de su propia malograda esperanza, una más, concluida. Los hombres rezaban en un murmullo de colmenar deshecho: Pague nuestro quetás en lo cielo... en lo cielo... en lo cielo... Ave María, magre de Dio... de Dio... de Dio... Luego, las siete oscuras, inescrutables palabras del Señor, aprendidas en el anquilosado léxico de la tierra. De pronto, del murmurio se destacó el plañido de la única mujer presente: Dios Padre... Dios Hijo... Dios Espíritu Santo... Y el

coro de patéticas voces masculinas respondió poseído por la presencia de la muerte: Acuérdate de nosotros... de nosotros... de nosotros...

La lluvia no cesó durante el resto de la noche. El rezo se hacía clamor cada vez que una centella derramaba fulgor hacia todos los vientos. Sin duda, Dios les estaba haciendo sentir su poder omnímodo, como siempre lo hacía en esas latitudes: Dios a veces benévolo, con mansa lluvia salvadora de vidas; Dios a veces malvado, con fogaradas arrasadoras o bofetadas de agua sobre el huérfano rostro de la tierra. Este Dios, el que aplastaba y hundía, desbarataba sueños y propósitos, jugaba con esos hombres empequeñecidos por la tragedia de vivir, dejándolos luego, como un niño deja los juguetes, abandonados, desparramados, maltrechos.

Amaneció rojizo y húmedo. Sobre el campo de Perulero caía el eco rumoroso del día. La tierra había succionado con avidez toda el agua caída, resarciéndose así de la vasta sed soportada. Como en los mejores días, guiños de sol estallaban entre las hojas de las palmeras y laureles negros. Los pájaros, repentinamente felices, recuperaban el canto, tendiendo una cortina de holgorio tras el sufrimiento pasado, olvidándolo tan fácilmente como si fuesen hombres.

Muerto don Panta, surgían sentimientos que doña Flora no esperaba. La efectiva solidaridad del personal, de esos rudos jinetes de la pobreza, impedía que ella se viera en total desamparo. Fue, pues, necesaria la desgracia para que la humana igualdad renaciera.

A media mañana, sorteando minúsculos aguachares, últimos vestigios del aluvión, lleváronse entre todos el enorme cajón a través del campo, hasta el olvidado cementerio de los antepasados, invadido por el denso pajonal.

Al borde de una fosa oliente a barbecho fresco fueron dichas las últimas oraciones, y el difunto bajó al regazo de la tierra que amara más que a su propia vida. Y lo cubrieron terrones humedecidos con lágrimas.

Ya caminando de regreso y notablemente dolorido, Juancho dijo con voz tiplada:

-Ahora tenemos que poner el cruz en Paso Oculto.

Poco antes del entierro, una alta cruz de lapacho aserrado se acababa de armar y era pintada al alquitrán. La agobiada doña Flora, negándose a quedar en la casa y descansar como le suplicaba Arturo, lenta, silenciosa, casi ausente, los acompañó al lugar.

El fatídico Paso Oculto, realmente oculto entre barrancos y enmarañado monte, había sido esa vez elegido por don Panta en su vano afán de burlar a la muerte. Su cadáver, testimonio del postrer error, pudo ser hallado tras denodada búsqueda. El capataz había pasado y pasado por el vado sin poder ubicarlo. Y recién al atardecer, la presencia de los buitres que rondaban desde el aire, ayudó a encontrarlo. La impresionante cruz de lapacho alquitranado, constancia perpetua de aquel error, había de ser implantada allí, en el punto más alto del barranco, tal vez porque desde esa altura cumpliría mejor su cometido de recordar a quien quiera por ahí cruzase el sitio preciso donde acabarían la vida y la potestad

de un hombre a quien sus pocos amigos y sus muchos enemigos llamaban Pantaleón Guerra.

Transcurrida una escasa quincena, Gringo obtuvo aquello que durante largo tiempo acariciara. Debido al homicidio, muy comentado en Loma Verde, las autoridades entraron a preocuparse por la seguridad de los habitantes de Perulero. Y fue creado el cargo de comisario. A poco llegaban armas y municiones. Además, material humano: Lacú, Mbopí y Serapio, hombres de confianza pese a todo, prestos volvieron al servicio de Gringo, ahora conocido por su nombre completo: don Eliseo Smith. Y aunque nadie creyera, al novel comisario se le encomendó prioritariamente investigar el alevoso asesinato. Días más tarde llegó el juez, don Benigno Santa Cruz, coautor indiscutible de la paz en que yacía Loma Verde. Debía levantar inventario de los bienes del difunto, para cuyo efecto lo acompañaba Gringo, flamante autoridad. Luego, concluido el procedimiento judicial, correspondía nombrar un depositario, y, como era de esperar, el nombramiento recayó en la persona más espectable del lugar, cuyo nombre huelga repetir. Desde ese momento arrancaron los tejemanejes de la sucesión.

Al margen de las rumbosas escrituras -poderes, tutelas y otros engorros-, doña Flora heredaba dos hijos: diez y seis años el mayor, Arturo; la menor apenas meses. Desde su casa de Loma Verde, seguía con estupor la acelerada evolución del poder de Gringo, convertido en instrumento de una insólita ley. Por ser madre soltera, ella carecía de voz jurídica. Sólo la sabia justicia arbitraría en su hora los derechos de los menores, sus hijos. Un día, por fortuna y mediante previa certificación, obtuvo la gracia de poder llevarse las vacas y objetos de su propiedad particular que Juancho condujera una vez procedentes de Borja, únicos bienes de que podía disponer merced a la ley, ley benévola al fin, aun teniendo a don Eliseo Smith por agente. Doña Flora soportaba un opresivo nudo en la garganta el día que se llevaba sus bienes personales, dejando definitivamente Perulero, su bello cielo arrebolado a ras del Ybytyruzú y su aromado campo libre. Desde lejos, no cesaba de contemplar el azulado rincón serrano entre cuya gleba, juntamente con los despojos de don Panta, dejaba enterrada media vida. Amargo -y redondo como un candado- se le hacía el nudo.

Arturo conducía la carreta. Sentada sobre un tablón puesto a modo de pescante, doña Flora iba como dejando caer jirones de sí misma en cada trecho de la huella. Juancho cabalgaba delante con las vacas, silbando bajito una desentonada melodía campera. También él soportaba opresiones por dentro. Era, principalmente, porque ya no podía continuar sirviendo al nuevo amo de Perulero, de quien no cesaba de sospechar que fuese el asesino de don Panta Guerra. El depositario se daba cuenta de ello y lo odiaba. A propósito, horas antes, con motivo del viaje acompañando a doña Flora, le había dicho:

-Ta bien... te podés ir nomás con la viuda. Pero, si no pensás volver, te vasa ir pelado como viniste. No vasa llevar ni una argolla.

Y Juancho, con humilde firmeza, le contestó:

-Vea don; mi caballo, mi apero y la argolla que usté dice son todito mío. Yo no monto caballo ajeno ni apero ajeno, aunque usté no puede decir lo mismo. No vine aquí pelado ni

me voy a ir pelado. Y he de volver, no sé si mañana o cuándo. He de volver. Quiero estar aquí cuando venga otra seca, para ver cómo se muere la víbora.

Don Eliseo no lo entendió, o quizá lo entendió muy bien, por eso calló. Juancho ensilló su caballo y se preparaba para el viaje, esperando alguna reacción del depositario. Pero nada pasó.

Ahora, conduciendo las vacas en lenta marcha, pensaba en su propia vida. Nada dejaba en Perulero, ni recuerdos de juventud ni sueños. Si dejaba ese lugar sería casi como dejar un purgatorio. Aunque no conociese vida mejor, tal vez pudiera encontrarla si buscaba. Tal vez...

Doña Flora y Arturo tuvieron que afrontar una nueva y dura lucha. Más hermanos en orfandad que madre e hijo, veíanse forzados a redoblar energías. Necesariamente, ella debía tornar a la juventud y él madurar. Todo aquello que una difícil subsistencia impone los unía. Debían superar temores, dolores, y renovar esperanzas.

A lo lejos, el Ybytyruzú lucía intacto, inalterable a la acción de la maldad humana. Como siempre, día tras día, un niño sol nacía mojado de rocío sobre sus montes, y en las quebradas más altas, de tanto en tanto, se posaba como un huevo la luna llena.

Si bien en Loma Verde no habían palmeras con racimos de pájaros que adormecieran tristezas al caer las tardes, en el arduo largor de los días no faltaban recuerdos que llegaran trayendo olor a selva virgen.

Capítulo VII

La «autoridá» y la víbora

Nuevamente feraz el campo de Perulero, don Eliseo Smith prosperaba aceleradamente. Disponía de un potrero propio donde la vaquería se multiplicaba de semana en semana. En su carácter de depositario general, a menudo viajaba a Loma Verde, dejando un reemplazante en su rol de comisario. No viajaba por puro gusto, desde luego. Era que debía informar a la mayor brevedad acerca de cualquier daño o pérdida que afectaran a los bienes de la sucesión. Y él, claro está, no dejaba pasar el tiempo sin hacerlo, ello para evitar disgustos a la superioridad. Generalmente, el perjuicio se cobraba una vaquillona preñada o una vaca lechera, de las mejores.

-El tigre, señor Jue, anda cebado... -repetía cada vez, muy descorazonado, el depositario.

Y el señor Juez, aún en conocimiento de que tigres no quedaban en la zona desde años atrás, en presencia del secretario que tomaba debida nota de todo, trataba de infundir ánimo a don Eliseo, diciéndole invariablemente, como cosa aprendida de memoria:

-Mi estimado señor Smith, tenga calma. Se hace lo que se puede. Se precisa más pertrechos, le daré una orden para el delegado. No es cuestión de enfrentar a las fieras con las uñas (¡caramba, en semejante paraje!). No se imagina usted, secretario, el tamaño de los mosquitos que hay allá. ¡Le chupan a uno como vampiros!

El secretario, pluma alerta en mano, goteando pavadas de vez en vez, alzaba la cara de idiota útil, asintiendo mecánicamente:

-Sí, señor Juez, me imagino, señor...

De tanto en tanto, según lenguas disolutas, el juez se otorgaba merecidos asuetos, yendo montado en un cansino bayo a nutrirse la vista y el espíritu con las esplendideces del Ybytyruzú, pernoctaba nadie sabía dónde, y regresaba trayendo abundante carne fresca. En ausencia de S. S., el secretario -muy otro tipo en esas ocasiones-, se mofaba diciendo a quien quisiera oírlo que «la autoridad competente» andaba por Perulero cazando tigres.

Luego, en una de éstas, el juez no regresó. Y fue don Eliseo Smith, el comisario, quien, en ejercicio de sus atribuciones, arribó reportando la mala noticia.

-Le comió los tigres -dijo-. No se pudo encontrar su resto. Solamente su caballo. Está en el fondo de una quebrada descuartizado.

-El secretario, para su coleteo, dijo «no». También él sabía que en Perulero no quedaban tigres. Además, estaba al tanto de las andanzas de S. S. apadrinando al bandolero Gringo, ahora don Eliseo Smith por obra y gracia suya, y del incumplimiento por parte de éste de su compromiso de partir utilidades. Últimamente había pescado una acre discusión entre ambos al respecto. Para el secretario, a todas luces, el juez era la segunda víctima importante del bandolero. Pero prefirió callar.

Entre tanto, en Perulero, los paupérrimos ex-aliados del Gringo, venían sufriendo una sorprendente atrocidad. Apenas había llegado a los cargos de comisario y depositario general, don Eliseo rompió relaciones con los cañadenses, mandando a su hombres alejarlos a tiros. Y sus hombres, ahora auténticos soldados con uniforme y todo, sudaban reprimiéndolos todo el tiempo. Pero ése no era el único trabajo que hacían. Sudaban, además, aserrando rollos y arreando reses. Jamás había salido tanta madera ni tanto ganado de Puesto Guerra como en la época de Eliseo Smith.

Sin embargo, la bonanza no fue duradera para él. Al cabo de un par de años, nuevamente arribó la mala racha, la que siempre rondaba la zona desde la primera gran sequía. De nuevo se poblaron de buitres los potreros y aguadas. Al comienzo, don Eliseo trató de minimizarla persuadiéndose que sería pasajera. En traza de comisario, siempre bien borracho, iba de un lado a otro montando el alazán de Panta Guerra, luciendo sus arreos enchapados y sus polainas de charol, muy seguro de sí y despreocupado como cualquiera que manda. Pero sus problemas empezaron a incrementarse a desmedro de su prosperidad. No se limitaban a los meros efectos de la sequía. A ese engorro se sumaban cada vez más los vecinos. Sin tierra y sin agua, seguían allí con vida, esperando incansablemente la coyuntura que les permitiera caer sobre Puesto Guerra.

Se le hacía increíble que esos infelices pudieran todavía continuar estorbándolo y fueran capaces de puercas raterías, tal como él mismo les enseñara en aquellos tiempos que no quería recordar. Diríase que lo aprendido por ellos del bandolero Gringo, ahora se volvía en contra de don Eliseo Smith, agente de la ley.

Los malditos de allende el Bolascuá, soliviantados por los retorcijones del estómago, nuevamente dejaban las inmundas casuchas, igual como lo hicieran en vida de Panta Guerra, se daban mañas para carnear una que otra ternera, mostrando ahora llamativa preferencia por las que lucían la marca 'S' marca privada de don Eliseo Smith. Y si la sequía continuaba, nadie podía imaginar qué otras mañas irían a darse.

Cada vez con mayor frecuencia, al depositario se le cortaba en seco la alegría de vivir al comprobar que los muy hambrientos acababan de ensañarse con alguno de los mejores ejemplares de su plantel. Para colmo, a medida que el agua faltaba y sus hombres resoplaban y se agotaban sin dar abasto, él, personalmente, debía también pasarse jornadas enteras rabiando con las estúpidas vacas, las que, adrede, se amontonaban en las hoyadas fangosas que quedaban del arroyo seco, desde donde sus vecinos fácilmente las podían cazar. Con furia impotente veía cómo la sed las empujaba sin que hubiera fuerza capaz de volverlas atrás.

Una mañana, ya muy avanzada la sequía, en Perulero se coló el infierno. Don Eliseo se rasuraba para una visita urgente a Loma Verde. En la caballeriza, el alazán del difunto Panta, molesto por el calor, tentaba breves relinchos, como quejidos, de tanto en tanto. Nadie más estaba en la casa. Los hombres campeaban o monteaban afrontando las jugarretas de Natura. E inesperadamente, Crisanto, el más fogoso de los hombres de don Eliseo, llegó con aspecto agónico, pudiendo apenas tartajear una palabra:

-¡Ju... u... ancho!

Y se tumbó. Rojos borbotones le saltaban del tórax acuchillado.

El comisario, a medio rasurarse y más pálido que el muerto, salió zancajeando en busca del alazán, el que, precisamente, minutos antes había dejado de inquietarse. Lo encontró tendido sobre las boñigas, degollado. Y la autoridad gritó gimiendo:

-¡Juaaanchooo! ¡hijue la gran puta! Pero contuvo su rabia desesperada. Necesitaba serenarse. Necesitaba más que nunca todo el poder de su astucia. Tenía que acabar con el puerco, barrerlo de este mundo antes de que aquél lo hiciera con él. Le resultaba casi imposible creer que haya vuelto. Ya olvidaba lo que le había dicho antes de marcharse acompañando a doña Flora; que volvería en la seca; que quería estar allí para ver cómo se muere la víbora... ¿Qué quería decirle con eso el desgraciado?

Pues, bien, desde aquella partida de Juancho Sosa, ni noticias tenía de su paradero, tanto que sus estériles ganas de matarlo, con el tiempo se le fueron pasando. Pero, a veces, andando por los vericuetos de su mal habida prosperidad, de repente se le antojaba la súbita aparición del correntino, y pese a su arrogante autoridad, un desagradable temblor le sacudía las tripas.

Enredado ahora en un tumulto de vacilaciones a pesar del coraje que trataba de infundirse, abandonó el cadáver del alazán, y escudriñando desafortunado en procura de algún otro caballo, de pronto, sus ojos se deslumbraron ante la más insospechada visión: alrededor, todo ardía. Puesto Guerra estaba siendo sitiado por el fuego. Ardían campos y montes. Alguien, favorecido por la sequía y el viento, propagaba el incendio a todo galope, pretendiendo atraparlo a él, justamente a él.

Correr hasta su cuarto, prenderse las cartucheras y reaparecer cargando el máuser fue lamentable pérdida de tiempo, tiempo vital, tiempo aprovechado por las voraces llamas, varias de cuyas avanzadas apuntaban veloces al caserón. Y don Eliseo, comisario y depositario general según testimonios obrantes en Loma Verde, dominado por una suerte de pánico delirante, llegó al extremo de avistar entre la fogarada al fantasma de Panta Guerra montando el degollado alazán, guadaña encendida en la mano y enderezando hacia él. Y él sintió mojársele la entrepierna como cuando era bebé. Y sólo atinó a correr gritando:

-¡Seraaapiooo, Laaacúuuu, Mbooopíii, dónde estáaan?

El grito acabó sofocado y sin eco. Sus hombres quizá lo abandonaron. O quizá fueron asesinados igual que Crisanto. La humareda empezó a llegar densa y ardiente. Don Eliseo tosió, tosió, tosió... y continuó corriendo. Una sola vía de escape podía ver: una parte del arroyo lindero distante menos de un kilómetro, libre de fuego. Era justamente la zona lindante con los cañadenses, ansiosos ahora por desollarlo. No obstante, allá se dirigió.

En tan crítica coyuntura, sólo le restaba cruzar como fuera el arroyo seco, ganar el monte y llegar al Ybytyruzú. Mal que le pese al fantasma de Panta Guerra que, creía él, galopaba persiguiéndolo, ya don Eliseo se aproximaba al vado seco, ya tenía en sus ojos el ocre de las barrancas, y entonces, dándose más prisa todavía, se lanzó pendiente abajo en supremo esfuerzo por escapar. Pero se encontró con que allí, a pocos pasos, a izquierda y derecha, ya la fogarada avanzaba, y eran sus propios hombres, con haces de paja encendida, los que completaban afanosos el increíble círculo de muerte. Y el pavor impidió al fugitivo tan siquiera usar el poderoso máuser. Para empeorar aún más su situación, al otro lado del cauce seco, sus malditos ex-cómplices aparecieron blandiendo hachas y machetes. Pero, al verlos, Eliseo Smith olvidó su terror, y el odio le dio coraje. Preparó el arma y avanzó. Él no había nacido para ser ultimado por semejantes menesterosos. Apuntó. Apenas intentaban cerrarle el paso, él los hacía cadáveres. Y una vez llegado al otro lado, el monte era suyo... Sin embargo, agotado como estaba de nervios y cansancio, ni reparaba dónde ponía el pie. Así fue como pudo atropellar una enorme cascabel que huía del fuego, y desplomarse. El animal enfurecido se le enroscó a las piernas, hincándole los garfios cuanto podía.

Escaso tiempo duró el mortal enlace entre la autoridad y la víbora. A medida que el hombre perdía la visión, entreveía multiplicadas las impías caras de sus victimarios encabezados por... ¡Juaanchooo!

Pronto dejó de ver, de oír, y la lengua se le anudó en la garganta. El feroz ofidio, al sentirlo finalmente inmóvil, comenzó a desenroscarse, momento en que un tiro sonó. La

autoridad y la víbora quedaron hermanadas en la muerte, en tanto el círculo de fuego se cerraba.

Los cañadenses se vindicaban disfrutando del espectáculo. Una mujer andrajosa escupió su naco y habló:

-Ñandeyara castigo nteco, che carafí.

Y todos asintieron. Tal castigo sólo podía provenir de Dios.

Concluida la venganza, comenzaron a retirarse lentamente, rodeando a Juancho, héroe de pronto. Un rengu con el hambre en el rostro dijo con voz quebrada:

-Ch'hermano Juancho, nde jha-é Ñandeyara remimboú.

Y hombres y mujeres convinieron en que Juancho fuese un enviado de Dios.

-Se murió el tapichá como tenía que morir; eso nomá co es lo que pasó -señaló el correntino por toda respuesta. Implacablemente, su designio se cumplía. Había dicho una vez que quería ver cómo se muere la víbora en la seca.

Y el rengu concluyó:

-La mboi chiní aveí. Opotí oñondivé mocoivé añá rymbá. Jha peicha vaera vointe.

Y todos convinieron en que estaba bien que mueran juntas ambas bestias del demonio.

En Puesto Guerra sólo quedó una montaña de ceniza. El viento giraba en gris remolino esparciéndola hasta cubrir paulatinamente todo en varios kilómetros a la redonda. Los vengadores poseían ahora un ancho desierto. Tenía razón doña Flora cuando decía que la tierra debía ser trabajada por todos, para bien de todos. Sólo así sería realmente amada y cuidada. Si hubiera prosperidad verdadera, la de todos, también habría paz en Perulero.

Capítulo VIII

Los bufos de la pobreza

Todos estaban muertos. Y él, fortuito sobreviviente aparecido en la tapera, no solamente los conocía sino había compartido con ellos ingentes episodios de una azarosa vida.

Ahora, al encontrarse repentinamente con sus nombres, sentía como si esos compañeros estuviesen de pronto con él. Podía verlos como eran antes, con la mordaz alegría de una infancia descalza y harapienta. Y podía verlos ya adultos, tratando cada cual de insertarse con su esperanza en cierto gran sueño popular que llamaban libertad.

Entre todos, a quien mejor podía recordar era el pequeño Lucho (Luciano), cuya pintoresca niñez era con frecuencia revivida por los relatos de Zoilo. Contaba el herrero

ciego que Lucho había nacido en el revoltijo de techumbres hacinadas junto a las barrancas del Chororó, un arroyo con pasado de leyendas y presente de basuras e inmundicias letrinales.

Desde el día en que nació, la madre lo había acostumbrado a quedarse solo y dormido, todas las mañanas, en la casucha que habitaban. Y ya por los cinco años, lúcido y travieso como todo niño de su condición, apenas despertaba en su soledad, se entretenía mortificando a la abúlica vecindad. Por entonces, y por severo encargo de la madre, su cotidiana principal actividad consistía en procurarse suficiente agua para el uso del día. Iba a la hoyada temprano llevando un par de latas vacías, las que aprovechaba para armar la mayor batahola posible a lo largo del rancharío. Y por si el alboroto fuera poco, le agregaba un estrepitoso galope diablamemente imitado con los pies, levantando la más horrible polvareda que se puede imaginar.

El galope remataba invariablemente al borde del agua, con desafiantes relinchos. Y las respuestas -groserías y pedradas, como era de esperar-, poca o ninguna mella producían en él, ya que, si bien se lo veía siempre cubierto de arañazos y moretones, Lucho era feliz.

Aquel niño tenía un solo amigo, un pequeñín que se pasaba el día llorando, hundido entre excrementos en su hamaca de arpillera, mientras la madre, al igual que la de Lucho, se ganaba el sustento limpiando tripas en la tablada.

De tanto en tanto, Lucho se daba una escapada para verlo, y tan pronto sus manos aferraban las hilachas de la hedionda hamaca, el pequeño cesaba el gimoteo. Al sentirse columpiado, se llevaba el dedito gordo a la boca y hacía como si durmiese. Así cada vez, día tras día. Lucho, su amigo llorón y el vecindario aquél constituían un mundo inédito.

La mañana en que comenzó su tragedia, Lucho había llegado al Chororó como de costumbre. Pero entonces todo le pareció extrañamente novedoso. Los chicos, infaltables como él, no se conducían de la manera usual. Jugaban, sí, y se salpicaban con el fango de la orilla, gritando y arrojando porquerías en el agua, pero lo insólito estaba en el trato que le daban a él. Lo recibieron sin hostilidad y aún con gestos amistosos. Uno de ellos gritó:

-Luchoooo, ¿qué te trajo lo reye?

Lucho se detuvo sin responder. La pregunta le atoró el relincho del imaginario corcel. Y, ni pedradas ni salpicones como reacción. Al contrario, la manada de rotosos le sonreía. De pronto se le hizo una suerte de inocente conciencia, pudiendo comprender cuán atrasado andaba con respecto a tales reyes que, según veía, ayudaba a los otros chicos a soñar y divertirse. Tímidamente, se acostó sobre el barro del borde y llenó las latas. ¿Lo reye? ¡Lo reye! Ni que le hablaran en inglés. El fango espeso le dejó la pobre ropa hecha un asco. Maquinalmente, como sacudiéndose la pregunta que se le atravesaba de sien a sien, meneó la cabeza. De pie, miró a su alrededor. De la ropa le choreaba tierra roja y líquida. Él ni se daba cuenta de ello. Alzó las latas.

-Luchoooo, decí py qué te trajo lo reye...

-Decí py, Luchooo...

Las vocecillas le caían como pedruscos en lo hondo de su desconcierto. Sin dejar las latas, las que alrededor soltaban finos hilos de agua, se sonó con la manga del harapo, liberó un pie hundido en el barro, lo afirmó en la tosca y empezó a retroceder desconfiado hasta una prudente distancia, donde se detuvo un instante a observar. Tulo, hijo de la chanchera Salú, lucía ojotas azules, prontamente sucias de lodo pero lindas. Tina, hija de Chulí, la quilombero, mostraba orgullosa su nueva muñequita de plástico, rosadita, regordeta. Y Teto, un grandote culo afuera sin padres conocidos, enfadado por la empecinada mudez de Lucho, acabó mofándose de él, y blandiendo un robusto garrote, le decía que lo reye le trajeron eso para romperle el cogote si seguía sin hablar.

Pero Lucho continuó en silencio su camino. Dos líneas trazadas por las goteras marcaban sus huellas a través de la arena rojiza, hasta llegar a la tosca más alta, donde de nuevo apoyó las latas y se sentó. Desde esa altura podía continuar alimentando su asombro con lo que sucedía en la hoyada, algo menos receloso y sin reparar en las pérdidas de sus latas. Aquellos bullangueros ahora se burlaban de él, lo cual le parecía más propio y natural en ellos. Y cansado por fin de oír las groserías y rechiflas que le dirigían, se dispuso a completar su trayecto, cayendo en la cuenta, recién entonces, de que los tachos se vaciaban velozmente. Refunfuñando, volcó el contenido de uno en el otro que pedía menos y echó a trotar.

En la horqueta de un palodeburro, sombra en verano y apoyo a la vez de uno de los lados del techo, yacía empotrado el cántaro. Lucho enganchó el pie en el nacimiento de la horqueta y, resoplando penosamente, alcanzó a transvasar el agua.

Como de costumbre, el bebé solitario lloraba. Lucho miró preocupado hacia el ranchito vecino. Le dolía no ir allá, y lo haría si no fuese por el hambre que también él sentía. Suspirando, tomó del cerco un trozo de tacuara, lo convirtió por arte de magia en briosa cabalgadura y, de un trotecito, se metió por el agujero acortinado de mohosa lona, puerta de entrada de su vivienda. El chiquillo, casi adrede, comenzó a lanzar chillidos extrañamente agudos y estridentes, como atacado por avispas o algo parecido. Y Lucho no tuvo más remedio que postergar su desayuno.

Por motivo de seguridad, la hamaca estaba sujeta a los horcones a la altura de una persona mayor, razón por la cual él no podía ver qué pasaba adentro, limitándose a columpiarla. Se colgó de las hilachas y pegó un envión, lo que el pobrecito llorón tomó como un acto de amparo. Llevose el dedito gordo a la boca e hizo como si otra vez durmiera.

Lucho, ya libre, pudo volver a su morada y atender la otra urgencia, la de su estómago.

El «parapití», caldero de lata negro de humo y colgado del techo, contenía el cocido, desayuno que Jacinta, su madre, acostumbraba dejarle preparado al marcharse. Cuando Lucho subió a buscarlo, todavía continuaba dominado por la obsesión de «lo reye», extraña cosa cuya existencia, por obvias razones, la madre le ocultaba. A ella, sin embargo, quizá le hubiese gustado que lo supiera, pero en la tablada sólo le pagaban con tripas y sebo,

materias primas que ella convertía luego en alimento y velas. Se pasaba noches enteras ensebando pabilos, rota de cansancio, hasta casi la hora de partir. Las velas, finalmente las vendía, y debía congratularse si el dinero le alcanzaba para el alquiler del rancho. Por suerte, de vez en cuando, algún visitante la usaba durante la noche, dejándole el importe de la dormida para pequeños menesteres, incluso a veces para los trapitos con que cubrirse y cubrir además al «hombre de la casa», apelativo que le gustaba aplicar al hijo en raptos de buen humor. Su mal genio habitual se lo debía al otro hombre, al que no había vuelto a ver desde que la dejara con la barriga hinchada y sin un centavo.

Al tiempo que Lucho lograba descolgar la vasija, se ladeó la silleta en que apoyaba el pie, y él -¡ay!- se vino a tierra, recibiendo el primer dulce baño de su vida. Abajo se formó un charco verdusco donde dos veloces gatos acudieron a disputar a la arena el líquido caído. Y el niño, buscando liberarse de la silleta que le atrampaba el pie, acabó pisando una cola por ahí metida, hecho que obligó al afectado a defender su integridad con uñas y dientes.

Lucho lloriqueaba en medio del charco, rabiando contra los gatos, en tanto restañaba con saliva los arañazos y mordiscos recibidos en las piernas, cuando llegó Jacinta. Sorpresivamente, ésta soltó en el piso la latona con tripas que traía, anunciándose con voz enronquecida:

-Ya vengo catu jhina, Luchooo. Hicite pa la fuego, pusite pa la agua, Luchooo.

Y Lucho, quitándose las lágrimas, posó una triste mirada en la madre, y como despertando de algún atribulado sueño, interrogó a su vez:

-Mamita, ¿qué pio e lo reye?

Jacinta, comúnmente precipitada, le adelantó unos golpes, fijándose recién después en las heridas del hijo, a la vez que se percataba de lo allí ocurrido y, montando en redoblada cólera, farfullaba llorosa:

-¿Qué mierda pio te pasó, Luchooo? ¿Qué pio hicite con tu cocido, che membyyy?

Y sonaron golpes nuevamente, rabiosamente. Luego, histérica, se tomó a puntapiés con los gatos y con el niño. Tenía ganas de dar patadas a todo el mundo, pudiendo desfogarse sólo contra los más próximos e indefensos. Lucho, tartajeante, protestó entre sollozos:

-Si yo nio te pre un té no ma qué pa e lo re ye, ¿po qué me pa ti áaa?

Estaba hecho una lástima. Jacinta, reventada de nervios y no queriendo verlo más, agarró las latas aguateras y salió al disparo.

Minutos después, jadeante, escalaba de vuelta el caminejo de toscas, y al alcanzar el nivel de los ranchos tuvo que parar. Un desfallecimiento que no había sentido nunca la dominó de golpe. Apoyó las latas en tierra para darse un descanso. Pero, al hacerlo, se acordó con estupor de las achuras y los gatos. Ni siquiera le había dejado el encargo a

Lucho. Abandonó los tachos y corrió desesperada. Ya en el rancho, quedó muda y tiesa viendo a los animales -ya no dos sino media docena- tironear enfurecidos a través de todo el patio las tripas embadurnadas de inmundicias, mientras Lucho, transportado a lo ignoto, trazaba sobre la tierra mojada de cocido, en torno a sus piececillos mugrientos y sangrantes, esotéricas figuras que, en la exclusividad de sus ensueños, tal vez representaban ojotas azules, cosas que nunca había tenido, y ese día las vio allá, abajo, en la hoyada del Chororó.

Quizá la muy honda ensoñación del niño haya contribuido a paralizar la violencia de Jacinta, quien, además, completamente abatida, ya no podía continuar golpeando al hijo, porque no sólo sus nervios en desorden la estaban atacando sino alguna horrenda enfermedad. A duras penas recuperó trozos de las tripas, y ya no pudo más. Se desplomó sobre un pirí tendido en el piso de tierra. La atosigaban violentas náuseas y una fiebre que llegó galopante. Echado cerca de ella, cansado de sollozar, Lucho se había dormido. Jacinta, pese a haberse prometido no dirigirle la palabra en todo el día, al verlo tan próximo, tan único partícipe de su huérfana tribulación, desfalleciente como estaba, se arrastró hasta él y lo atrajo junto a su cuerpo. Tan pequeño y famélico lo encontraba, tan idéntico a ella.

Jacinta empeoró. Nada podía hacer sino llorar. Sus lágrimas le quemaban el rostro, tanto que debió apartarse del niño para evitar le fuesen a despertar. Se había dormido con hambre y era mejor que continuara durmiendo.

Debajo del cuerpo de Jacinta crujían las cañas del pirí. De espaldas al hijo, desolada y muy asustada, mantenía tensos los sentidos, percibiendo raros rumores provenientes de su organismo infecto. Sin embargo, aun sintiendo cosas horribles, de a rato dormitaba. Y llegada la noche, de pronto se sobresaltó al recordar que ni el niño ni ella habían comido en todo el día. Lucho, menos mal, no se despertaba. Si no estuviera tan postrada, se habría levantado a hervir las tripas y hubiesen podido tomar su alimento. Pero se sentía atrapada, paralizada por el mal, permaneciendo así hasta cerca del alba. Al tercer canto de los gallos, hora de su cotidiana partida al trabajo, hizo que las cañas del pirí crujiesen con violencia al tratar de levantarse y caer varias veces. Finalmente, con enorme penuria, agarrándose de las grietas de la tapia, consiguió ponerse de pie y encender la vela. En ese momento, el olor corrupto de las tripas la invadió. Las moscas verdes las habían echado a perder. Las arrojaría a los gatos, pero estaba sin fuerzas. Mejor era poner el parapití sobre la llama y echarle yerba. Eso podía. Mientras el agua se calentaba, ella se pasó quejándose a solas. Una vez bebida su parte del cocido, creyó sentirse mejor. Era necesario que así fuese. Debía sentirse mejor. Con gran dificultad colgó la lata con el desayuno para Lucho en el lugar de siempre, y antes de apagar la vela y marcharse, la volvió hacia el niño y estuvo contemplándolo. Hubiera querido ser pequeñita como él y no tener que ir al trabajo; quedarse sobre el pirí y no tener que moverse de allí.

Rota, calcinada por la fiebre, quiso desperezarse pero no pudo. Tampoco podía faltar al trabajo. La suplantarían de inmediato. «Hay tantas hambrientas que esperan» -se dijo-, y comenzó a caminar lentamente, arrastrando los pies.

Era muy avanzada la mañana cuando, completamente agotada, pudo alcanzar el matadero. Algunas de sus compañeras la vieron arribar y desplomarse sobre las piedras de

la entrada. Dejaron el trabajo y acudieron en su ayuda, mas no atinando qué hacer con ella, le dieron masajes y estuvieron apantallándola. Pronto cesó el hálito que le movía los pechos. Entre tanto llegaron otras. Llegó la vecina cuyo pequeño era amigo de Lucho, y con voz de sabihonda prorrumpió:

-Seguro que ha de ser el corazón; hay que meterle trapo mojado.

Los ojos de Jacinta miraban fijos al cielo. Al desabrocharle la ropa, el espanto fue general. Tenía las tetas y el abdomen amoratados como cadáver de varios días. La tripera que la atendía gritó:

-¡E la mancha negra, carajo!

-¡E la mancha! -farfulló otra.

Y ambas corrieron en busca de agua para lavarse. Ellas conocían los inequívocos signos de la peste fatídica. Así, en menos de un pestañeo, todas abandonaron a Jacinta, dejándola sola con su muerte.

El encargado de la tablada, puesto al tanto de lo ocurrido, despachó al pueblo un mensajero a todo galope. Era de esperar que las autoridades tomaran medidas con la mayor urgencia dado el peligro de una epidemia. Pero hacia el mediodía el cadáver seguía en el mismo lugar. Las triperas que iban dejando el trabajo daban un gran rodeo. En la entrada, las moscas verdes empezaban a zumbar haciendo de las suyas. Recién al atardecer llegaron soldados con sogas y una lata de combustible. Enlazaron el cadáver por las patas, lo arrastraron impudicamente hasta los yuyales aledaños, lo cubrieron de basuras y le prendieron fuego.

Lucho no llegaba a los seis años cuando dejó el rancho que ocupaban. Dejó de ver a su pequeño amigo llorón porque empezó a pasear su orfandad por la ciudad, de puerta en puerta. Mendigaba para vivir y dormía donde la noche lo sorprendía. Un día, andando por las calles, encontró a Zoilo que, seguido de bulliciosos chicuelos, pregonaba chucherías de hierro y hojalata que él mismo fabricaba. Y Lucho, ya sin nadie que lo controlase y llevado de su infantil curiosidad, se largó detrás.

Al final de la jornada, cuando los ruidosos parvulotes habían desaparecido y el anciano retomaba la senda del regreso a su morada, el huerfanillo continuaba sigilosamente pegado a sus pasos. Zoilo, al notarlo, le habló, enterándose, más por su silencio que por sus palabras, de que el niño estaba en el mundo tan solo como él. Sin indagar más, lo tomó de la mano como hacen los ciegos, y caminaron juntos.

Impensadamente, Zoilo hallaba un asidero en medio de su perpetua oscuridad. Hasta entonces, su único aliciente, el que recogía de las calles, le ocupaba el vacío del alma durante el día. Pero en la vastedad de las noches, nada más que su pasado, un cadáver en lo hondo de sí mismo, lo acompañaba. A partir de ese encuentro, tal vez la vida tuviera nuevos matices para él, tal vez pudiera el huerfanillo devolver a sus horas desérticas alguna

vivencia. A medida que avanzaban, una renaciente esperanza lo iluminaba. En el aire percibía la proximidad de su cabaña.

Fue así como Lucho volvió a tener un hogar. Ahora debía comenzar por aprender los oficios de vendedor ambulante y de herrero, compartiendo la herrumbre que el ciego cargaba en sus caminatas, y, como descanso, remachando trébedes y sartenes. Por las noches, antes de dormir, una cantarina voz de abuelo le narraría fascinantes hechos de imaginación. Y ya dormido -como otrora, sobre un pirí-, viajaría en alas del sueño buscando a Jacinta allende el Chororó, donde un mundo insólito yacía.

Los años hicieron luego lo propio con la vida de cada cual. Las cosas no podían seguir iguales indefinidamente. Mientras el anciano, metido en la nimiedad de su rutina, se corrugaba cada vez más, el niño dejaba de serlo, cobraba de a poco fuerza y voz de hombre, y la existencia al lado de Zoilo se le hacía gradualmente incómoda. Un día, su protector, luego de largo penar dándose callada cuenta de la realidad, lo llamó, le palpó todo el cuerpo como acostumbra los ciegos, y muy sereno, le dijo:

-El tiempo tenía que llegar, ayépa che ra-y. Ya no precisás progimidá. Tenés que procurar ser honrado. Y, por si acaso te hace falta dónde dormir, acordate de este tu rancho.

Y Lucho comprendió que lo estaba soltando, como las aves a sus pichones, para que fuese a comenzar su propia vida.

Y habiéndose marchado el muchacho, Zoilo debió tornar al silencio de antes. Por las noches, inmerso en la doble negrura, pensaba en el ausente. Pensaba dónde andaría, si lo habrían o no llevado a la guerra. Porque una fiera guerra se había declarado unos meses atrás, y nadie, ni siquiera los ciegos podían sentirse a salvo de sus coletazos. Zoilo captaba la ansiedad del pueblo en la voz atribulada de las mujeres y en el hosco mutismo de los hombres. Cuánto había de durar la matanza era cosa que solamente Dios podía saber.

Dos años transcurrieron sin que nada se supiera de Lucho. E, inadvertidamente, también Zoilo se borró de las calles. Era natural que un anciano como él muriese o quedase postrado al cabo de tan largo y penumbroso andar por la vida. Pero, si bien el sentido común así lo indicaba, en su caso particular, hasta el sentido común se equivocaba. Siendo él un sujeto marginado de los comunes fenómenos de la vida ciudadana, a él, muy al contrario de lo previsible, lo habían instalado en un calabozo. Aunque pareciese absurdo, el ciego, acusado de ocultar en su gris habitáculo a elementos antiguerreristas perseguidos por las autoridades, pues cayó preso una noche cualquiera, juntamente con esos elementos. Extremos del sentir humano, al contactar, se habían fundido en una extraña dimensión.

La violencia, entre tanto, se encarnaba en la población civil. Los combatientes, llegados en goce de licencia tras sangrientos ajetreos en el frente, la traían en sus mochilas. La roja tempestad de allende los páramos chaqueños, proyectaban salpicones de sangre al rostro de las villas y aldeas. En los aledaños de Loma Verde, una insólita resistencia a la reincorporación tomaba cuerpo para bochorno de los patriotas locales cuyas hazañas llenaban los periódicos. Las primeras legiones de reservistas rebeldes, que preferían agusanarse en los montes antes que volver al combate, atrajeron sobre sus huellas a los

terribles «yaguá-peró», suerte de milico absolutamente impopular, que nunca estuvo en la guerra. Su función era perseguir.

Para colmo de infortunios, el invierno entró a castigar, y completando el lúgubre cuadro, a pesar de la crudeza del clima, la temperatura de un acumulado descontento laboral llegó súbitamente a su grado extremo. En los ingenios y demás lugares de trabajo estalló la huelga. Adolescentes, mujeres y ancianos, únicos libres del fardo bélico, formaban la fuerza obrera. Habían venido reclamando vanamente impostergables mejoras y el pago de haberes demorados, y al término del humano aguante, la ira se manifestó. Entonces, la respuesta fue inmediata. Una fanatizada tropa de «yaguá-perós», verdadera jauría con sangre en los ojos, arribó en tren de aplastar. Aquello daba lástima. Ni Loma Verde se preparaba para una batalla. Ni los padres, esposas e hijos de los combatientes que afrontaban la vorágine de la guerra eran enemigos. Pero la orden era aplastar. Lo sucedido se debió a que las tropas nunca piensan; sólo cumplen órdenes.

Y esa noche, cuando todo había concluido, desafiando un silencio garantizado por los máuseres, de pronto se alzó una voz. Emergía de la temible oscuridad, ya aquí, ya allá, simulando un temerario sitio en torno a la zona céntrica. ¿Se trataría del comienzo de una revancha? ¿Una demencial contraofensiva de la derrotada fuerza obrera?

Una furibunda partida se lanzó a la caza del fantasma de la sedición. Una voz emergiendo del mismísimo corazón de Loma Verde, no podía ser. Y si lo fuera, pues, significaba que ese aplastado corazón continuaba palpitante pese al poder de las balas.

Un endiablado viento sur enroscaba la llovizna contra los árboles. La voz provenía ora de un lado, ora de otro:

-¡Viva la huelgaa!

Llegaba punzante, traspasando la densa noche. La búsqueda se hizo brutal, tremebunda por momentos, capaz de convertir en feroz matanza cualquier confusión. Y cuando ya parecía haberse diluido el fantasma y cesado su impertinente grito, de repente, en un cruce de calles, bajo un farol apenas parpadeante, un bulto demasiado flaco para que fuese un hombre, alzando un raquíptico par de algo parecido a brazos, y todo él apenas visible en la semi-luz, repitió: -¡Viva la huelgaaa!

El cabeza de patrulla ordenó al grupo detenerse. Acabado ejemplar de ímpetu marcial, gruñó iracundo:

-¡¡¿Quién viveee?!!

Y por toda respuesta, surgiendo del espantajo cimbreante en la bocacalle, ahora un tanto trémula, insistió la voz, la inverosímil voz:

-¡Viva la huelgaaa!

-¡Alto, carajo! ¿Quién vive?

-¡¿Quién vive, pue, infelí?! -urgió otro del grupo, apuntando amenazante.

Y por fin, un poco vacilante, la respuesta exigida se dejó oír:

-Oficial...

-¿Oficial?

¿Un oficial metido a perturbador del orden constituido? La patrulla se aproximó recelosa. Las linternas, ignorando al agónico farol de la calle, enfocaron al intrépido oficial, apelativo éste casi divino en los tiempos que se vivía. Mas el oficial se veía completamente ebrio, andrajoso y sucio.

-¿Oficial de dónde es usted?

-Oficial de la zapatería Velazque, mi teñente, hic...

Fue fácil voltearlo de un empujón, darle patadas hasta el cansancio y arrastrarlo hasta el calabozo.

Al cabo de un tiempo sin medida, el perturbador se recuperó. Y Lucho Valenzuela, pues de él se trataba, primeramente se deprimió lo indecible, pero no tardó en darse cuenta de que no estaba solo. En un rincón del patio-calabozo (único en su género por inmundo y destartado), clavado el mentón entre las rodillas, dormitaba un anciano. Y al reconocerlo, la alegría le llegó a las lágrimas: era Zoilo Herrero.

De tan insólita manera, en esa ratonera común, al fin se reencontraban. Ahora ya no importaban las increíbles pruebas de resistencia necesarias allí para sobrevivir.

A partir de entonces, varias remesas de cautivos hubieron de conocer al travieso Zoilo y a su ex-criado Lucho que, por obra de los años y de las trampas leguleyas, resultó de hecho condenado a ser una suerte de mascota de presidio. Y, seguramente, gracias a su peculiar escualidez, no cayó como muchos otros en la inmundicia homosexual. De tanto en tanto, los cancerberos, quizá cansados de verle la pelechada traza, lo ponían en libertad. Pero, al poco tiempo, nuevamente maniatado y muy machucado, lo devolvían a la prisión.

En cuanto a Zoilo Herrero, tampoco muy atractivo, parecía como si a ninguno de los de la paz y el orden le interesara que durase en cautiverio. Sin embargo, igual como a Lucho, apresarlos cada vez que lo encontraban en cualquier encrucijada, les resultaba una rara tentación que no podían resistir.

Por otra parte, gracias a ese reencuentro, pudo Zoilo iniciar con su muchacho un contacto que había de ser frecuente desde entonces. Finalmente, los aprehensores, ya obvia la estupidez de mantener a Valenzuela preso, descubrieron de pronto que el reo venía transgrediendo la ley del servicio militar desde años atrás. Había traspuesto vendavales enteros sin que le notaran el grave delito. Tal vez él mismo ignorase su edad. Desde luego, no debía resultarle fácil conocerla con certeza no teniendo a nadie que se lo indicara. Se

supone que lo habrían descubierto con la ayuda de esotéricos manejos de barajas. O, posiblemente Zoilo, sin proponerse ni pensarlo, habría reportado la evidencia. Lo cierto era que el reo Lucho, con menos de veinticinco años, aparentando cuarenta por la grisura y siendo por su físico y desarrollo mental tan sólo un niño grande, debió pasar al servicio de la patria oficiando de letrintero y limpiabotas uniformado, hasta nueva orden.

Y bien, hablemos ahora de Sixto, aquél cuyo nombre también aparecía perpetuado a cuchillo sobre el urundey de la tapera. Uno más que compartiera la marginación y la singular amistad del herrero ciego. Presente estaba a su vez en el mágico reencuentro, nudo crucial de ensueño y realidad, secuencia debida a la voz nunca olvidada de un ciego inmemorial, voz enlazando vidas y generaciones en una síntesis de magia y de recuerdos.

Según Zoilo, era común que pasaran semanas y hasta meses sin que Sixto apareciera por su casa. Luego, de repente, irrumpía jovial y fresco como un aguacero, y de nuevo desaparecía. Se lo veía rondando la zona más comercial de Loma Verde, la del mercado. Vivía de un retumbante oficio, el de anunciador ambulante. Prestaba su servicio a comercios, kermesses, bailes o a quien quiera le tomase interés. Al comienzo no le fue fácil. Su enorme bocina de hojalata metía miedo a los niños y era motivo de mofa general. Pero perseveró. Ante la furia con que lo rechazaba la minoría platuda de ramos generales, probó convencer a los orilleros ansiosos de salir adelante. Y fue cierto campesino apenas reformado pero muy listo, don Quiterio García, el primero en aceptar la novedad, sorprendiéndose al poco tiempo por el renombre que cobraba su negocio, a tal punto que, debido a la propaganda, captó numerosa nueva clientela, incluso la de los grandes almacenes del centro, hecho que, sin lugar a dudas, hubo de tener sus consecuencias.

A Sixto, quizá, el riesgo no le pasó desapercibido. Si bien corto de inteligencia, poseía en cambio la astucia propia de su condición, indispensable como el olfato en el perro, para rumbar y sobrevivir. Por eso, al enterarse de que ciertos comerciantes estaban molestos a causa del retumbo de su bocina de lata por toda Loma Verde y en beneficio de uno solo, se limitó a sonreír y esperar. Llegaba, pues, muy a prisa, la hora crítica. O lo fundían -cosa fácil y casi natural- o, Dios mediante, tal vez mejoraba.

La acción de los ofendidos no se hizo esperar. Todos puestos de acuerdo una vez vistas y consideradas las ventajas del increíble servicio publicitario, llegaron, para sorpresa de Sixto, al extremo de visitarlo en la mismísima casucha que habitaba, propiedad de su favorecedor, ofreciéndole, sin preámbulos, tres veces la paga que recibía, toda vez que el trabajo fuera hecho para todos con equidad. Y Sixto, naturalmente, no halló inconveniente en dar el sí.

El asombro cundía horas después, cuando, a todo pulmón, el anunciador propalaba equitativa ponderación para los negocios de cada uno de los matacristos, amén del negocio de su amigo, desde luego. Pero éste, más que nadie sorprendido y de pronto furioso, reaccionó como cualquier humano mercante lo haría. Botó a la calle el jergón de Sixto, cerró la casucha y le echó un buen candado. No había de tardar el propagandista en presentarse por su paga, e iría entonces a escuchar como nunca en su vida la palabra «traidor» escupida contra él con apasionado asco.

Invariablemente, su buen humor solía salvarlo de amarguras, pero esa noche, sin el ya acostumbrado albergue, entró a padecer poniendo en seria duda su éxito. Ninguno de los nuevos clientes le ofrecía tan siquiera un hueco donde cobijarse. Y él, bastante timorato para pordiosear favores, quizá hubiese buscado refugio en los montes si su parca memoria no le traía repentinamente la solución: arrimarse al rancho del ciego Zoilo Herrero, tan marginado como él. Y así, gracias a su casual recuerdo, se encaminó al cobijo del viejo camarada.

Pero, lastimosamente, la suerte le andaba dando la espalda. En efecto, con feo estupor, encontró a Zoilo tirado en el piso, molido a palos, aunque todavía con vida. Y olvidando entonces su propio problema, Sixto lo acomodó en un catre y corrió en busca del curandero.

Mientras trotaba de vuelta con el fulano detrás, pensaba que ahora tenía la obligación de quedarse y atender al enfermo. Y no solamente la noche debía quedarse sino también el día, y no un solo día, por cierto.

Afortunadamente, la grasa de teyú, el ajeno, la caña brava y otros prodigios de la cura folklórica pusieron al ciego fuera de peligro y pudo Sixto volver a sus afanes en pocos días, acicateado por la urgencia de alimentos para sí y su paciente. Pero he ahí que sus nuevos empleadores lo habían desempleado sin piedad. Nada entendían los malvados de ayudar al prójimo, y menos podían entender que Sixto cesara de hacerles la propaganda comercial por andar salvando la vida de un pobre infeliz como Zoilo Herrero. Quizá el campesino Quiterio lo habría comprendido y hasta ayudado, pero con él, ¡mala suerte!, ya no podía contar.

Sin trabajo, y sin más recurso que el diminuto ingenio traído del barro natal, Sixto tuvo que mantenerse firme y buscar con paciencia el apoyo de nuevos anunciantes. Lograrlo le llevó semanas, pero subsistió con tenacidad, y hasta con gusto, porque veía al amigo Zoilo recuperarse y lo oía infundiéndole ánimo.

Pasada la crisis, buscó afanosamente superar la extrema humildad de sus comienzos. Se le ocurrían frases llenas de sugerencias, verdaderas creaciones, ni que fuera un virtuoso arrancando maravillas a la tosca trompa de lata. Sixto empezaba a vibrar.

Poco tiempo después, ya no sólo trabajaba con palabras. Improvisaba poses cómicas, gestos de mimos, recursos de payasos. Con su tronante «turú» llegaba hasta las últimas callecitas, en cuyas arenas encontraba la alegría de sentirse rodeado y acogido.

Finalmente cambió la trompa delata por una bocina a batería. Prosperaba. Era, al menos, lo que la gente creía. Por entonces, también a Loma Verde se la creía en tren de prosperidad. Su rostro marcado de tribulaciones parecía mejorar, aunque sus habitantes no olvidaran los mandobles de su reciente historia. Ya una relativa calma habitaba los espíritus cuando, de repente, en una ciudad del norte, distante unas veinte leguas -tan sufrida y altiva ¡ay! como Loma Verde-, estalló la rebelión. Viejas tensiones socio-políticas y militares hicieron crisis, localizándose allí el foco de la insurrección.

Al comienzo, la palabra «revolución», súbitamente de moda, apenas pasaba de ser una más para Sixto. Pero, a los pocos días, alguien que le conocía su extracción paupérrima encontró en él un elemento de suma utilidad. Le puso en las manos un respetable paquete de propaganda revolucionaria, lo convenció sin dificultad del relevante rol que el destino del país le asignaba dentro del movimiento, y Sixto, que ni leer sabía, se sintió de pronto invadido por un especial ardor que los papeles prohibidos le infundían. Así, su afán de ser útil, quizá más fuerte que su miedo, lo acopló a la causa. A partir de ese momento, la propaganda fue profusamente distribuida en toda Loma Verde. Tratábase de la proclama de los insurrectos exhortando a los ciudadanos a levantarse en armas, nada menos.

Cierta mañana de sol, hallándose próximo al fin de su temeraria tarea, Sixto recibió la noticia de la repentina muerte de Quiterio García. Jamás olvidaría que fue aquel campesino el primero que le dio la oportunidad de saberse capaz. El impacto de la noticia le cortó el novel entusiasmo revolucionario. Ahora sentía la obligación de acudir a la casa del finado.

El almacenero había muerto tal como la gente esperaba que muriera: medio cuerpo sobre el mostrador y otro medio metido en una bolsa de vituallas.

En el velatorio, algunas placeras del mercado -quienes también habían vaticinado esa muerte-, escudriñando la narizota de carancho y la amarillez de santo del cadáver, comentaban entre otras malquerencias la de una tal Ña Lugarda, vieja cliente de Quiterio que se le había mofado en presencia de otras varias, diciéndole:

-Cuanti ma tu bolicho e grande, vo te va muriendo de hambre, viejo miserable...

A lo cual, el servidor del pueblo hubo de responder con la llaneza que le era propia:

-Y si me muero de hambre, ¿a vo qué te importa, vieja malparida...?

Se lo veía, en realidad, acabado. Mezquino hasta consigo mismo, no se le conocía descendencia ni relación alguna con mujeres. Tampoco tenía amigos. Sixto, por él arrojado a la calle cierta vez, no sólo debió olvidar el agravio, sino, además, ni bien en la casa mortuoria, debió ocuparse de los aprestos funerarios, del convite a la gente y hasta del rezo.

No obstante haber sido el finado un vil amarrete, sus restos sin gloria eran honrados por Sixto y, justo es decirlo, por numerosos ganapanes y placeras del mercado, que trasnochaban masticando maíz tostado, chupando mates de miel y exagerando anécdotas referentes al difunto. Ni cirios ni flores había, pero la humilde concurrencia, si bien un tanto lenguaraz, rendía de corazón el homenaje de su presencia, el cual, seguramente, debía congratular mucho más al pobre ánima de un bolichero.

Al terminar el cuarto rezo, Sixto repartió la caña de una damajuana encontrada oculta entre arpilleras amontonadas, escondite antiinspectores conocido sólo por el propietario y, en otros tiempos, por Sixto. ¡Buena costumbre aquélla, la de pagar la caridad del rezo con tragos de aguardiente! Sixto, no olvidó cobrarse los propios. Por coincidencia, a menudo Quiterio solía pagarle parte de sus servicios con una copa bien repleta, facilitándole de ese modo su familiaridad con la damajuana y su escondite.

Pasada la medianoche, cayó gente armada y uniformada. Las plaseras cedieron los asientos. Pensaban al comienzo que la milicia se hacía presente para rendir honores a don Quiterio García, últimamente con fama de platudo, cualidad que a cualquiera vuelve importante. Sin embargo, el sargento no se dignaba mirar siquiera al muerto. De espaldas a él -¡vaya falta de respeto!-, secamente habló diciendo que buscaba a cierto tipo cuyo oficio era recorrer las calles voceando propagandas. Y Sixto, increíblemente tranquilo, pensando quizá que se trataría de algún interesado en su servicio, salió al pequeño redondel con techo donde un par de faroles a querosén destacaban la decrepitud de Quiterio.

-Soy yo -dijo.

Y, tardíamente avisado, sintió subírsele al rostro la lividez del muerto. Pero ya la cosa estaba hecha.

De la penumbra empezaron a surgir más soldados, algunos tan pálidos como el de pronto aterrado Sixto.

-Tiene que acompañar por orden superior -concluyó con aire triunfal el sargento.

¿Y qué otra cosa podía Sixto sino dejarse conducir? Hasta entonces no se le había ocurrido pensar en los panfletos tan afanosamente sembrados en toda Loma Verde, y menos aún en las consecuencias personales que habría podido esperar. Ahora, su pensamiento se limitaba a la conjetura respecto de si acabaría en un calabozo de la policía o en uno de la región militar.

Había en la alta noche una calma propia de cementerios. Delante y detrás, los soldados, tristes sombras que se movían obedeciendo órdenes, y eran verdaderamente tan inocentes como el propio Sixto, pero qué implacables para con él.

Capítulo IX

El cabecilla

Mil novecientos treinta y cuatro, dos de marzo, plena guerra. Arturo, eufórico, vestía su nuevo traje de gabardina confeccionado por doña Flora, quien, desde la muerte de don Panta, se dedicaba a la costura.

Ese día, importante día, Arturo iniciaba su primer curso en el Nacional. Y, precisamente ese día, en horas de la mañana, el estudiantado reunido en asamblea frente al colegio, había declarado la huelga, hecho que él ignoraba.

Cuando, vivamente emocionado, pisaba la acera del viejo edificio, alguien le salió al paso:

-Shiiist, ¿sos estudiante?

La pregunta no le gustó. Le sonaba hostil. Claro que sí, que lo era, pero nada dijo.

-Mirá, ¿ves a aquéllos? Son los dirigentes. Desde esta mañana estamos en huelga.

Siendo apenas la una de la tarde, Arturo sintió caérsele encima la noche. Al notarlo, su interlocutor decidió llamar a otro.

-Shiiist, Pitíiin, aquí hay un boludo, no entiende nada, vení explicale vos...

Arturo estaba paralizado. La alegría le abandonaba el cuerpo. Pitín le gritó desde la esquina:

-Andate, volvé a tu casa.

Luego, viendo que Arturo no se movía, caminó hacia él y agregó: -Deciles a tus padres que estamos en huelga en apoyo de nuestros hermanos obreros, ¿entendés?

A decir verdad, unas cosas entendía, otras no. Principalmente, no entendía por qué a él, siendo estudiante, lo despachaban, en tanto varios otros permanecían allí. Reflexionando duro, pudo finalmente arribar a cierta conclusión aceptable: no lo querían por novato. Sin embargo, tomando en cuenta las edades, los que ahí reunidos decidían las cosas no le llevaban gran ventaja. Si recién ahora él se iniciaba, ello sólo era debido a que perdiese algunos años. No se trataba pues de un «mita-í» como aquellos «tipos» parecían pretender.

Arturo caminaba de mala gana, hablando solo: «¡Uf, los muy superiores! Mezcla de bárbaros y señoritos almidonados...».

Pero, en realidad, aquéllos se le habían adelantado algunos cursos, y eso lo dejaba disminuido. Confuso comenzaba a resultarle ese mundillo del Nacional. Arturo se marchó a su casa.

Doña Flora, «los padres» en su caso particular, acogió la noticia sin estupor, antes bien con velada simpatía, debido a que en el fondo de sus tribulaciones algún sedimento de idealismo subsistía.

La tarde transcurrió en aparente calma. Recién al anochecer llegaron al barrio rumores de violencia. La inevitable operación sablazos estaba en marcha, buscando romper la huelga que amenazaba generalizarse. Ya varios cabecillas estaban presos, y en respuesta, obreros y estudiantes, por primera vez unidos sobre la mínima base de la solidaridad, empezaban a formar comisiones encargadas de visitar las casas y explicar el verdadero sentir del movimiento. Los comentarios acerca de un supuesto conato comunista menudeaban y trascendían veloces.

Al anochecer del siguiente día, alguien golpeó en el portón de los Guerra. Arturo dejó entrar a un muchachón de unos diez y siete años en quien de inmediato había reconocido a Pitín. Su rostro franco y su afable trato contrastaban visiblemente con los del día anterior. De entrada, él mismo se presentó. Doña Flora, que acababa de servir la cena, se vio

obligada a ofrecerle una porción del guiso familiar. Pitín aceptó gustoso, y tan pronto se sentó a la mesa, comió y habló sin rodeos.

-Señora, -dijo-, he venido a conversar con usted y con su hijo. Tengo entendido que él es estudiante. Lo vi ayer en el colegio...

Y se explayó sobre los problemas del momento, sobre la huelga y sus motivaciones. Doña Flora escuchaba y respondía con interés. Terminada la cena, la plática continuó animada. Mientras, por los alrededores, ya el silencio cubría la pesadumbre en que la gente se encerraba. Arturo, al verse partícipe de tan serio asunto, se sentía como sometido a un test probatorio de su madurez. A cada planteamiento del huésped, buscaba la respuesta en el rostro de la madre, en tanto ésta, aún con reservas, en general compartía las razones del estudiante. En ningún momento se mostró adversa, e incluso repetía:

-Estoy con ustedes, estoy con ustedes...

Pero luego debió aclarar su posición:

-Sí, estoy con ustedes, pero no confío en que esta huelga pueda triunfar. No olviden el estado de guerra; no olviden que el ejército se encarga de todo; no olviden lo que pasó la última vez...

En ese punto crítico basó su negativa:

-No veo beneficio alguno que pudiera derivarse de esa huelga -insistió una vez más-. Simpatizo ¡claro!, por un sentimiento de justicia y de rechazo a la maldad, pero mi esperanza se ha agotado, y además tengo miedo.

-Es preciso que confíe -presionó Pitín-; es preciso que todos confíen...

-Comprendo -lo interrumpió doña Flora, pero repito que tengo miedo. Vivimos desamparados, y no soportaría ver a mi hijo sangrando en un calabozo.

Pitín poseía poca experiencia fuera del ámbito estudiantil. Se veía forzado por momentos a guardar silencio o dar salidas improvisadas a sus evidentes dificultades. En cambio, eran sinceras y contundentes las razones de doña Flora. Finalmente, buscando atenuar su revés, Pitín clavó una inquieta mirada en Arturo, diciéndole:

-¿Y vos? ¿También tenés miedo?

-Todos tienen miedo -respondió al instante el joven Guerra, y luego, como avergonzado, agregó: -Pero yo..., creo que no.

Doña Flora lo observó sorprendida. Nunca lo había escuchado hablar de cosas que no fueran las comunes y cotidianas. Ahora, de repente, creía comprobar la presencia de sus juveniles vibraciones en las venas del hijo. Con marcada emoción en la voz, prorrumpió:

-Yo no quiero que se acobarden, no... Pero recuerden que los militares tienen ametralladoras. Ustedes, en cambio, ¿qué tienen?

Obviamente, doña Flora se precipitaba. Para ella, la huelga constituía en substancia una declaración de guerra. Se apresuraba presintiendo el desenlace sangriento. Consideraba al movimiento un desafío descabellado. Pitín trató de atemperarla. Nuevamente explicó los alcances y objetivos de la medida.

-No se trata de armar pelea sino de ejercitar un derecho legítimo -remarcó-. Es nuestra única arma. Por qué la usamos, usted bien lo sabe: a los cañeros y demás trabajadores les explotan miserablemente; también a los maestros. Toman la guerra como pretexto para continuar hambreándolos. Hoy día, porque estamos en guerra, los capitalistas hacen lo que les viene en gana, y las autoridades parecen forzadas a consentir. ¡Claro!, para la guerra, es más importante el apoyo de los platudos que la justicia social. Las autoridades prefieren complicarse, y seguirán haciéndolo hasta que los trabajadores aprendan a exigir justicia y respeto. Es lo que están tratando de hacer, y nosotros tenemos la obligación moral de apoyarlos.

-Pronto vendrán los yagua pero y habrá pelea y sangre -le opuso nerviosa doña Flora.

-Tal vez tenga razón. Todo se puede esperar, pero hay que hacerlo. A propósito, fue encontrado muerto y flotando en el río el estudiante universitario a quien ayer se lo creía preso. ¿No se enteraron de la noticia?

-¡No! -se asombró doña Flora- es que nosotros apenas nos enteramos de lo que dicen los comunicados que aparecen en el pizarrón de la plaza.

-Bueno, ahora lo sabe, señora. Es un crimen ante el cual nadie debiera quedarse quieto y callado.

Pitín dejó la casa decepcionado. La madre de Arturo se mostraba acobardada. Y no era ella la única. El miedo estaba en todas las bocas. Pitín comenzaba a dudar de su propia capacidad para infundir coraje a la gente. Lo opuesto, el miedo, se veía indiscutiblemente mayoritario.

Arturo lo acompañó hasta el portón. Al despedirse, Pitín le dijo:

-Mañana, a las siete, nos reunimos en el corralón de los Yegros. Estás invitado. Y comenzó a caminar en la oscuridad. Se había demorado indebida e infructuosamente.

Doña Flora tapó la máquina de coser, diciendo:

-Es hora de dormir, hijo, aunque creo que yo no pegaré los ojos. ¿Sabes qué pienso? Que este muchacho es muy desenvuelto para su edad. Vos tal vez fueras como él si no dejabas el estudio.

-Lo recuperaré, mamá -se apresuró a contestar Arturo-. Yo no hablo como él pero puedo pensar igual. Pitín tiene razón, mamá.

Doña Flora lo miró en silencio, largamente, con disimulada sorpresa. Arturo fue a la cama sin que se le apartara de la mente lo dicho por la madre, especialmente una frase: «Es hora de dormir, hijo». Si él fuera Pitín, quizá le respondería: «Es hora de despertar, mamá».

Al día siguiente, Arturo escapó temprano sin que la madre supiera para dónde. Al cabo de una noche de vigilia, doña Flora lo sintió partir, y reprimiendo el temor que a su pesar le crecía dentro como un feto espurio, se quedó callada. Callaba pese a que ese silencio le dolía. Por primera vez, Arturo salía sin despedirse de ella, señal de que esa noche había cambiado algo para él, o para ambos. Doña Flora permaneció acostada, absorta en la recordación de un pasado demasiado vigente, cuando Arturo, no más que un jirón de rosada carne, abandonaba su cuerpo reclamando para sí una vida propia. Quizá esa vida comenzaba a ser propia recién ahora.

Entre tanto, él avanzaba envuelto en el rocío mañanero. Papeles de varios colores, arrojados durante la noche, se diseminaban en las calles. Jamás había visto semejante cuadro. Las casas estaban aún cerradas, y un grupo de jinetes marchaba en dirección opuesta a él llenando el aire de inquietante traqueteo. Para evitar que lo vieran, Arturo se metió en el hueco de una verja, donde, casualmente, el viento había introducido un par de volantes. Tomó uno, quiso leerlo, pero los de a caballo se acercaban, y él se vio obligado a guardar el papel y apretarse dentro del hueco. Los jinetes pasaron trotando a pocos metros sin percatarse de su presencia, y sin que él pudiera verles la cara. Un gruñón con voz de viejo decía bostezando:

-Nunca les falta un pretexto para armar bochinche. El gobierno tiene la culpa por poner tantos colegios.

-No se preocupe, mi teñente -respondió otra voz- todavía son más poco que nosotros, y pronto les vamos a sacar la gana de joder.

Luego de verlos cruzar la bocacalle, Arturo se puso a leer con prisa:

«¡Pueblo de Loma Verde, a las calles! La guerra es un sacrificio inútil que nos imponen falazmente los fabricantes de armas, los magnates petroleros y sus cómplices criollos, sin ningún beneficio para nuestro país. Es hora de que digamos '¡basta!' a los mercaderes de la guerra, '¡basta matanza entre hermanos!'».

Hasta aquí leyó antes de hacer con el papel un bodoque y arrojarlo. Una nueva desazón lo invadía. Según dedujo del breve párrafo, aquel escrito debía provenir de gente interesada en aprovechar el descontento para indisponer al pueblo contra la guerra del Chaco. Él, como la mayoría de los connacionales, creía en la justeza de esa guerra. Como todo buen patriota, odiaba a los bolivianos (¿cómo no odiar a los matadores de tantos conocidos y parientes?). Al igual que la generalidad, ni remotamente pensaba en las penurias y pérdidas humanas sufridas parejamente por el maldito enemigo, ni en el crimen de los atizadores y beneficiarios de la gran matanza. Aún sin comprender enteramente el menjunje político que

encerraba el párrafo leído, él resolvió sin embargo desechar el volante. Le molestaba principalmente porque, apenas empezó a leerlo, todo se le hizo más oscuro y complicado.

Un tanto vacilante, dejó el escondite y retomó la calle. Pitín lo había invitado para una reunión, y allá se dirigía. Pero ahora no se sentía muy seguro de hallarse en la senda correcta. Ya no sólo dudaba del panfleto. Dudaba incluso de si debía continuar o regresar a la casa. En ese momento, escudriñando hacia el extremo de la calle, divisó las siluetas de dos muchachos que corrían en dirección al posible lugar de la cita. Olvidó al punto sus reconcomios y se largó tras ellos. Ansiaba despejar el interrogante que sentía en aumento. Sin duda, su campesina tranquilidad había terminado.

Con rojizo fulgor nacía el sol por encima del Ybytyruzú. Arturo apuró la corrida. Hubiera querido unirse a los muchachos, pero aquéllos ya estaban lejos. No obstante, de a poco fue acortando distancia hasta poder determinar el lugar donde entraban. Y se convenció entonces de no haberse equivocado. Arturo llegó y entró con precaución, mas la sorpresa y el recelo fueron inevitables al aparecer inesperadamente en pleno ardor de la secreta reunión. Estudiantes y otros que no parecían serlo discutían a media voz, reprimiendo los nervios agitados. Arturo vio a Pitín sentado en el fondo del galpón, sobre una pila de maderas. Lo saludó y fue a sentarse a su lado. Su presencia provocó un brusco silencio, y Pitín, que había decidido romper la estrechez del grupo dirigente, se adelantó a las preguntas que pudieran surgir, afirmando conocer al recién llegado y ser responsable de que estuviese presente.

-Yo lo invité -dijo-. Anoche estuve en su casa y me impresionó bien, y lo felicito por haber venido. El muchacho demuestra sensibilidad y valentía.

Enseguida advirtió al nuevo amigo que no podría retirarse antes de que finalizara la reunión. -Es por simple vigilancia- le dijo.

Ahora, quien estaba en uso de la palabra continuó:

-Ustedes pretenden debilitar el movimiento -aseveró-. La mayoría de los huelguistas rechazará la lucha contra la guerra. ¿Desean que la huelga pierda fuerza y no pueda lograr los objetivos propuestos? Primero hay que alcanzar lo principal. Después lo demás. Sobre una victoria, la segunda será más fácil. Es cuestión de comprenderlo bien, compañeros.

Desde el fondo irrumpió uno con apariencia atlética, vociferando:

-No estoy de acuerdo. Hay que aglutinar todos los descontentos y hacerlos estallar con violencia. Condenando la guerra, la mayoría del pueblo, principalmente las mujeres, nos apoyarán. En cuanto a la huelga, nuestro primer objetivo, no se verá debilitada sino fortalecida por la lucha contra la guerra...

Sobresaliendo del coro de voces ya enardecidas, una que se elevaba más de lo conveniente hizo vibrar la penumbra del caserón, respondiendo a los últimos en hablar:

-Lo que ustedes proponen como primer objetivo no hace sino estorbar a la lucha contra la guerra. La lucha antiguerrerista es el primer objetivo.

-¡Emboscado! ¡Traidor! -le gritaron varios-. ¿Querés que los bolivianos agarren todo el Chaco, hasta el río?

Y comenzó una silbatina descomunal. Exacerbados los ánimos, y antes de que el incidente se convirtiera en gresca, la reunión se disolvió apresuradamente. Pero, al retirarse, los del grupo abucheado tomaron las calles como tribuna y marchaban gritando: «¡Abajo los mercaderes de la guerra! ¡Viva la fraternidad de los pueblos!».

Aquellos luchadores contra la guerra, que no pasaban de un puñado de adolescentes, como mariposas atraídas por las llamas, marchaban a quemarse las alas. Pero, aunque demasiado pocos para que fuesen escuchados, lucían inmensos en esa pequeñez desorbitada, sublimes en su disonancia.

A las pocas cuerdas, las voces quedaron de pronto apabulladas por el repentino griterío de centenares de reclutas, camionadas de rotos que atravesaban la ciudad rumbo a la estación del ferrocarril. Ese griterío sí, ese vocerío agónico de quienes partían a entregar la vida por una soberanía cuyo significado ignoraban, había de quedar vibrando por mucho tiempo en la desolada quietud de Loma Verde, ciudad pretérita, que aun padeciendo bajo la ley de la pólvora, creía en ella. Como una envejecida madre de soldados, pariendo al margen del tiempo y creyendo al margen de la razón, Loma Verde cargaba su cruz y adoraba su Cristo rezando un sinfín de preces noche y día por los frutos malogrados de su vientre.

Un polvo rojizo subía de la tierra a los rostros. Cesó la columna de rugientes camiones y el vocerío continuó vibrando en el aire denso y ardiente. Grupos de escolares empezaron a poblar las calles, fijas las miradas hacia el horizonte donde el convoy acababa de perderse de vista tragado por la nube de polvo que poco a poco descendía cubriendo la solemnidad de los guardapolvos blancos. En los escasos balcones, la minoría rica, hinchados los ojos de holganza y aún en ropas de dormir, comentaba sombría respecto al increíble número de menesterosos que marchaban al combate. Al igual que los escolares, esos hombres y mujeres de senil aspecto permanecían tensando la mirada en dirección a la tolvanera sanguinolenta. Y cuando el polvo acabó de asentarse en sus cabellos, en los alféizares de sus ventanas y en las hojas de los árboles, recién entonces, con pueblerina sorpresa, se percataron de que los escolares que pasaban pateando el polvo de la calle no iban a la escuela sino que estaban de regreso. Volvían, en efecto, en desusado silencio, tras encontrar desérticas las aulas.

Pero la vida, fuera de los colegios, de los ingenios y los talleres en huelga, continuaba. Ni la guerra, ni las amenazas, ni el miedo a la represión podían detenerla. Por otra parte, tampoco la muerte se detenía. Tras un bombazo, de los cotidianos, en la plaza, apareció en el pizarrón de los comunicados una nueva lista de bajas. Por cada dos o tres nombres, uno venía marcado con una cruz, de ahí que el pizarrón semejara ese día un paisaje de cementerio. Decenas de nombres pertenecían a originarios de Loma Verde, y la gente

convocada por el estruendo leía sin pestañear, buscando entre ellos, con visible excitación, el patronímico de algún familiar caído.

Mientras tanto, los revoltosos de la hora temprana porfiaban en su intento con nuevas tretas. Recorrían en grupitos, invitando a quienes veían a unírseles para manifestar contra la guerra. La nueva lista de bajas les reportaba renovados argumentos.

Contrariamente, los más ortodoxos no cesaban de tomar posiciones en las bocacalles, tratando de impedir la gestión de los antiguerristas. Resultado: menudos pugilatos en los encuentros. Pero, de momento, la cosa no pasaba a peores. Era que un buen moquete no estaba prohibido por las leyes. Y era más: parecía que eso fuera a desfogar los espíritus.

Los niños los miraban emocionados, llenos de curiosidad, como si se tratara de pintorescos anunciadores de algún nuevo circo.

Fue a la tarde de ese día de inauditas experiencias que Arturo Guerra tuvo una grata sorpresa. Pudo ver nuevamente, después de varios años, al herrero ciego. Desde su regreso a Loma Verde se preguntaba qué habría sido de él. Y la idea de que acaso hubiese muerto en los pasados inviernos hacía que tratara de no pensar en él salvo en ocasiones de encontrarse con marginados de los muchos que deambulaban por las calles y siempre en algo se le parecían.

Pero resultó ser que Zoilo no estaba muerto. Sólo que, a consecuencia de una malvada golpiza, había caído en larga postración, hecho que Arturo ignoraba debido a su alejamiento de la ciudad. E ignoraba, además, que si pudo salvar la vida fue sólo gracias al auxilio de otro marginado como él, su amigo Sixto.

Apareció en la bocacalle inesperadamente, en pleno teatro de operaciones, en medio de huelguistas y antiguerristas, momento en que Arturo, atrapado por la fiebre rebelde, integraba uno de los grupos.

El anciano ciego, mascota de una ciudad y de un tiempo, fue inmediatamente rodeado por elementos de ambos bandos de pronto entremezclados y amontonados en torno a él. Era como si su presencia trocase de repente la hostilidad en buen humor, o como si el impar personaje mereciera un festejo aun en esas horas de trajín violento. Un estudiante lo encaró:

-Zoilo, ¿estás con nosotros? ¿Sos huelguista?

Y enseguida otra voz y otra pregunta:

-¿Sos antiguerrista? ¿Estás contra la guerra?

Lo más probable era que las preguntas tuvieran una intención jocosa, pero cayeron con peso de plomo en la honda receptividad del ciego.

Entre tanto, un tercero se despachó con pueril crueldad, diciendo:

-¡Qué va ser huelguista ni nada! ¡Qué va ser...! ¿No ven la cara de carnero degollado que tiene!

Zoilo guardó silencio, mas no porque nada tuviese que decirles, precisamente a ellos, que marchaban inaugurando su estatura de hombres, sino porque le dolía la gratuita mofa de que le hacían objeto.

Y fue entonces que otro, más incisivo todavía le silbó: «¡Bicho feo!», lo cual tuvo el efecto cabal de una injusta bofetada. Su sempiterna sonrisa se obnubiló, su rostro adquirió gravedad tormentosa, y de su boca deforme brotaron palabras como truenos:

-¡Añá membyré! Si la huelga es contra la maldá y la crueldá, ¡viva la huelga!

Varios lo levantaron en andas, y entre vítores y estribillos anduvieron con él a cuestas, en asombrosa identidad, hasta que Zoilo, negándose a seguir aupado, se largó a caminar con los demás, confundido entre el bullicio juvenil, iluminado el semblante de fervor.

Pero, habiendo marchado durante apenas unos minutos más, los manifestantes quedaron bruscamente bloqueados por un piquete de fusiles crepitantes, entre gritos de '¡alto...!' y obscenidades a granel. Era la represión en su demorado pero inevitable acto de presencia.

Ante el procedimiento, comúnmente comienzo de imprevisibles peripecias, era natural que estuviesen azorados. Sin embargo, no faltaron quienes levantaron la voz protestando por la injusta represión. Estéril vocerío. Pronto los sables y látigos los redujeron al silencio y, hundido en el polvo hasta las pantorrillas, tuvieron que marchar en fila, tragándose sus rebeldías.

La delegación civil a donde fueron conducidos, más presidio colonial que administración de gobierno, alzaba su ruinoso fachada frente a la plaza. Su único acceso, un portal de hierro, testigo de bravas épocas, agregaba un detalle duro y tétrico a la fealdad. Por ese portón entraban las autoridades y los reos, y escapaba la pestilencia de los retretes.

La noche los encontró allí, apiñados en el inmundo patio-calabozo de pronto escenario de las diversas reacciones de los presos que iban desde el total abatimiento hasta la ira. Y en medio, las sorprendentes bufonadas de Zoilo, divino en su improvisado paternalismo, exigiendo de sí lo mejor en su afán de levantar los ánimos en mengua.

Hacia la medianoche, un estrépito de hierros y huesos golpeados en la entrada les anunciaba que uno más era arrojado adentro. A la luz del sucio farol, siempre encendido como en toda verídica prisión, fue posible verle al sujeto la cara y partes del cuerpo lacerado a golpes. Luego de una patada final, quienes lo traían cerraron las rejas lo más ruidosamente posible y se fueron riendo entre gargajos.

El nuevo huésped apenas podía tenerse en pie. Pero cobró de repente cruel postura y comenzó a burlarse de la visible flojedad de los otros presos que se consternaban viéndolo molido a palos. Al instante, Zoilo le reconoció la voz. El nuevo era su amigo Sixto, el propagandista venido a menos desde su primer apresamiento. Encontrarse en ese lugar fue

gran sorpresa para ambos, y para festejarlo, se engancharon los brazos, entonaron una lastimosa polka y, con total desprecio por la angustia presente, inventaron en plena horrible prisión y en plena noche una suerte de alegría cargada de humor negro que duró casi una hora.

Concluido el agasajo, todos quedaron dormidos menos Zoilo. Los pajarillos de los aleros comenzaban a piar por encima de las letrinas.

El señor delegado, apellidado Benítez, alias «Carancho però», apareció temprano, impaciente por verles la cara a los revoltosos. A eso fue a las rejas y estuvo observándolos en tanto se alisaba los bigotes con gesto de ansiedad, temeroso de toparse con algún rostro familiar. Al rato barbotó el apellido del cancerbero de guardia, ordenándole:

-¡Alvarenga! Lleve a éstos a mi oficina.

Semejante al graznido del pajarraco homónimo, la orden dada al guardia licuó súbitamente la modorra de los presos abotagados por el insomnio, las pulgas y los pedregullos del piso sin afirmar sobre el cual estaban tirados.

Yendo por un lóbrego pasillo hasta al fondo, llegaron a una abertura iluminada: la oficina. Dentro los aguardaba el delegado. Su impecable vestidura le disimulaba escasamente la repelencia rematada en chata calva. Primeramente enrojció; luego dijo:

-¿Quién de ustedes es el cabecilla?

Al ver que nadie se daba por aludido, hincó los nudillos en la mesa repitiendo la pregunta silabeada y acompañada de nerviosos golpes.

-¿Quién es el ca be ci lla, he di cho!

Y ahora, desde atrás de todos, desde el sitio donde Zoilo se había sentado en el piso debido a problemas de sus piernas, llegó la respuesta:

-Yo, señor...

Se puso de pie con dificultad, se sacudió el trasero y avanzó a tientas. Y ya delante del delegado, insistió:

-Soy yo, señor...

Al comienzo, el sarcasmo provocó perplejidad, pasada la cual, Sixto, mirando de reojo a los estudiantes y luego al delegado, hizo de las manos bocina y gritó:

-¡Viva el cabecilla Zoilo Guerrero!

Un atlético puntapié del cancerbero lo dejó sin voz. Seguidamente, los golpes le zumbaron la indefensa oscuridad. Y todos, con él a la cabeza, fueron a parar de nuevo al patio-calabozo.

Allí, los revoltosos quedaron atrapados bajo el fardo de un oscuro silencio. Zoilo, si bien con sana intención, los había aplastado, sumiéndolos en una repulsiva humillación. Pero al ridículo se sumaba una suerte de respeto que les impedía decir 'A'. El propio Sixto, hazmerreír de la gente del mercado, los abrumaba. Aunque culpables ambos de arrojarlos a una condición pueril, les había dado una lección de coraje.

Y se sucedieron luego las horas y los días. El estado de guerra hacía ociosa cualquier defensa de los inculpados. En el patio-calabozo, la lobreguez hacía girar los ánimos en un vacío alienante, comenzando los presos a sentir, uno tras otro, un lastimoso desplome moral.

En cuanto a Zoilo y Sixto, marginados aún en la prisión por un absurdo resentimiento, y privados así de la confianza necesaria para intervenir tratando de infundir valor y ganas a los demás, también ellos hubieron de caer en el mutismo.

Al cabo de una eternidad en sufrimiento, cierta mañana, Pitín, sacando fuerzas del propio abatimiento, se plantó frente al mustio montón de compañeros y habló:

-Bueno, ¡ya basta de boludeces! ¡Basta les digo a todos, incluyéndome a mí mismo!

Y las cabezas giraron sorprendidas, mientras él proseguía:

-Es hora de que busquemos la manera de recuperar la fe y la entereza, ¿no les parece? No sabemos cuánto tiempo ha de durar esto, y creo que debemos mantener alto el espíritu.

No cabía dudas de que Pitín tenía razón, pero el montón continuaba mudo. Otra vez tuvo que ser Sixto quien alzara la voz por ellos:

-¡Cierto, compañero! -fue su grito.

Aunque lo hiciese meramente llevado de su payasesco modo de ser, logró sin embargo alguna reacción positiva. A Sixto, pese a su dudosa cordura, nadie le podía negar agallas. Pitín continuó como hablando consigo mismo:

-Bueno, creo que debemos organizar nuestra vida. Propongo que pidamos a los parientes que nos traigan libros, revistas y algún juego de ajedrez, damas o lo que fuera, para leer, jugar y entretenernos. ¿Qué les parece?

Un murmurio surgió de la veintena de presos, lo cual sin duda insinuaba un cambio de actitudes.

Por fin, alguien dijo:

-De acuerdo.

Y otro agregó aún:

-Tenés razón, Pitín. Todo lo que acabás de decir es correcto.

Se sumaron ademanes de aprobación, algunos aplausos, gestos de confianza, sonrisas. Resurgía la comunicación como por magia.

-¡Bien! -se alegró Pitín-. Ahora miraremos las cosas de otro modo. Ah, hay otro importante asunto que mencionar: ni Zoilo ni Sixto son culpables de nuestra suerte. Ellos nos han ayudado. Y nosotros les interpretamos mal. Ellos manejan un arma poderosa: el buen humor, la risa. Ellos se ríen de todo. Si nosotros usáramos ese arma secreta, no nos pasaríamos noches y días mortificándonos, lo cual es precisamente lo que el yagua peró desea: que nos enfermemos de tristeza. Pero, compañeros, de hoy en adelante, le demostraremos con nuestra alegría que no estamos vencidos...

Estalló el entusiasmo. Todos festejaron las palabras de Pitín.

De inmediato, la inspiración comenzaba a cuajar. Cesaron las amarguras al sólo pensar que las vigilias pronto cobrarían color diferente.

Desde ese día, los parientes y amigos que los visitaban se informaban del propósito que los movía. Y pronto, en efecto, la solidaridad se hizo sentir, conmovida por el nuevo espíritu nacido en la horrible prisión. Entre los alimentos empezaron a llegar libros, revistas y objetos de esparcimiento. Ante la vista perpleja de los guardias, comenzaron los presos a leer, jugar, reír y discutir acerca de los temas del momento: el creciente horror de la guerra -glorias para unos y muerte para muchos-, la huelga nuevamente rota, los despidos y extrañamientos. Pero habían además otros temas: la querida enferma de nostalgia, el año académico perdido, los sueños empantanados en el fango del patio calabozo.

Superado el marasmo general, cada uno se empeñó por dar de sí lo mejor que podía con tal de hacer llevadera la prisión. Lo hacía incluso el imprevisible Sixto, a quien, además de pasarse chacoteando a medio mundo, se le daba por aprender a leer. Deletreaba a voces y malísimamente las crónicas bélicas y los chismes de sociedad, especialidades del ditirámico diario local. El único preso que permanecía como excluido del nuevo clima debido a su creciente desánimo, era Zoilo. Su participación, pudiendo ser rica en vitalidad, se reducía a escasos y mustios recuerdos de cosas intrascendentes. Lejos de hacer bromas como antes, mostrábase sumamente suspicaz y se irritaba por cualquier nimiedad. Sobre todo, lo sacaba de quicio el menor intento de indagar su pasado. Tratar un tema tocante a su persona o hacer una simple relación de algún dicho suyo provocaba su ira. Cierta noche, Pitín, deseando ganarse su confianza, lo abordó:

-Zoilo -le dijo-, ¿tuviste mujer alguna vez?

Y al anciano se le acabó la paz por el resto de la velada. En vista de sus tan frecuentes rabiets, nació entre los compañeros el temor de que un grave mal estuviera matándolo de a

poco; temor que no debía resultar exagerado para aquellos que estaban al tanto del brutal apaleamiento recibido por él de los yaguaperos que habían allanado su rancho para atrapar a supuestos antiguerristas allí escondidos.

Mientras tanto, el fin de la contienda chaqueña continuaba remoto. Se sucedían éxitos y reveses, y nuevos lutos y más miseria se sumaban, simples resultantes de una larga guerra. Al margen de los lacónicos comunicados, la población entera tensaba los oídos entre confusos rumores acerca de mediaciones y un armisticio que nunca se concretaba, especies tan vagas como vacías de real esperanza. Las únicas convincentes -aunque ominosas- continuaban siendo las muy puntuales listas reproducidas tras un bombazo en el pizarrón de la plaza. Y convincente el silencio respecto de los desaparecidos, presuntos desertores, que ni merecían ser mencionados. La gente se había tomado la costumbre de medir la magnitud de las acciones bélicas basándose en la profusión de los signos que acompañaban a los nombres. A medida que la contienda se prolongaba, la grave epidemia de las cruces pasaba a depender exclusivamente de la voluntad de Dios.

Pero, una fortuita noche, al cabo de un tiempo que ya no se medía y en el momento menos pensado, fieros estruendos de bombas y descargas de fusilería poblaron de voces asombradas las calles y los balcones, las casas y los baldíos:

-¿Qué pico es lo que pasa, che Dios?

-¿Llegaron pico los bolí, o qué...?

-Parece que llegó el año nuevo fuera de tiempo...

En contados minutos, la ansiedad se metió en las alcobas, en las cabañas adormiladas, y sobre todo en la lobreguez presa en los fondos de la delegación civil.

Todavía duraba el triquitraque de los tiros y gritos enrareciendo la atmósfera, cuando ya el alcaide (clase responsable de los presos) llegó a las rejas con hipos y vueltas de ojos, inequívoca señal de que afuera se festejaba algún suceso importante de cuya trascendencia estaban excluidos los presos. Con esfuerzo consiguió expresarse.

-Señore sandiaybygüy cuera (aludía a los antiguerristas, tratándolos de emboscados): mañana todo el mundo en libertá. ¡Sacabó la guerra, carajo! Mañana, lo sandiaybygüy y todo tiene que emborracharse para festejar el triunfo...

Buscó prudente apoyo en los barrotes, trastabilló la reglamentaria media vuelta y se fue hipando: ¡Shau!

Y apenas el sujeto se alejó unos pasos, los presos, en delirante explosión de ansias contenidas, confundieronse en un multitudinario abrazo, entre borbotones de lágrimas, vivas y hurras.

En la semipenumbra, también los odiados guardias, humanos al fin por obra y gracia de la gran euforia, llegaron a hermanarse con los presos en inverosímiles abrazos a través de las rejas, caso único en la historia de un sucio presidio.

Pero todavía el cautiverio tenía que prolongarse hasta el día siguiente, o hasta que al delegado se le antojara concurrir al despacho y por ventura acordarse de dar cumplimiento al decreto de amnistía, primera medida del gobierno en homenaje a la victoria. El alcaide, loro de nunca cerrar el pico, no había podido contener sus ganas de adelantar la novedad, tal vez porque así, los prójimos cautivos tendrían una perra noche menos que aguantar, llenando en cambio de alegría las hediondas horas restantes.

Y para completar el repentino regocijo, nada mejor encontraron los presos que ponerse a consumir las reservas de alimentos hasta las últimas migajas.

Uno de los guardias, comúnmente feroz pyragüé y de pronto solidario camarada, halló la manera de birlar al señor delegado una enterita botella de cognac, intocado ornato del despacho, la que de inmediato inició su tránsito de boca en boca, de un lado al otro de las rejas, entre carcajadas, brindis y vivas, festejo sin medida que cesó cuando ya vacío el envase, el increíble guardia aquel ordenó (en consumación de algún ignorado y oscuro desquite) que cada uno repusiese lo bebido «de cualquier manera», hasta volver a llenar la botella. «Así -explicó-, la rabia del carancho pero no se producirá tan pronto». Y la desopilante orden -«de cualquier manera»-, incluyendo orines, escupidas y etcéteras, se cumplió.

Mientras tanto, los cantos y vivas desbordaban la vecina plaza Libertad. La delirante Loma Verde volcada allí en esa masa olvidaba por un instante sus muertos, sus inválidos, sus desaparecidos, sus presos, su maltrecha huelga...

Frente al pizarrón de los comunicados, aplastando polvorientos helechos y espadañas, la población entera enferforizada glorificaba a los conductores de la santa guerra. Y, como nota grotesca de la algazara, el prisionero Sixto llevaba a cabo su mejor hazaña. Aprovechando la embriaguez general y la propia, perforó el techo de una de las letrinas y, trepándose por él, llegó hasta lo más alto de la delegación civil, desde donde sumó sus hurras y vivas al multitudinario clamor, acompañando el candoroso júbilo de ese pueblo que creía llegado el fin de sus padecimientos.

El alba sorprendió a la muchedumbre chapaleando en la arena rojiza de las calles, cantando y danzando al son de la banda municipal. Mientras, en el patio-calabozo se filtraban las primeras luces, y el anciano Zoilo, hasta entonces al margen de la velada, habló de pronto pidiendo silencio. Había pasado toda la noche mudo y completamente inadvertido. Y ahora, al no encontrar otra forma de adherirse al regocijo de esos compañeros que ya eran como de su propia sangre, y presintiendo cercana su muerte, resolvía revelarles un gran secreto que había ocultado inflexiblemente durante medio siglo.

Formaron, pues, un apretado corro a su alrededor, mientras él, en el idioma de sus ancestros y con temblorosa voz, comenzaba:

-Y bueno, parece que se acabó la guerra. Para mí también se acabó. Ya me está llegando la hora, y no quiero dejarles sin que conozcan la verdad de mi vida. Ahora ya puedo contarles todo. Ya no tengo miedo. Solamente les pido que tengan la paciencia de escucharme, porque esta historia ha de ser como un abrazo de despedida en esta hora que va a quedar en el recuerdo.

Extraños presentimientos entraron a invadir los ánimos. Todos miraban al pálido rostro del anciano, imaginando cada cual a su manera la tragedia que trataban de adivinarle en la voz y en el semblante.

-Yo tenía una linda y muy buena compañera que me dio muchos hijos -continuó con débil acento-, y también vi el mundo con mis propios ojos, como ustedes, un mundo que en ese tiempo me parecía maravilloso, pero después vino la sangre, mucha sangre, vino la Guerra Grande. Quedé huérfano, sin casa, sin nada, y así crecí. Ya mozo, recuperé el destruido rancho de mi taitá, junté un montón de hierros viejos y continué su oficio. Un día llegó una mujer que dijo ser mi mamá. Venía del Brasil, según me dijo, donde la habrían llevado los «cambá». Me escapé -me dijo- para venir a buscarla. Pero yo no la conocía, y me negué a seguirla. Y ella se marchó llorando. Fue a vivir en Espinillo, en la tapera de un pariente también muerto en la guerra. Más tarde, quienes la conocían me dijeron que ella me abandonó para marcharse tras un «rapay» enemigo. El desaparecido rancho de mi taitá ocupaba un baldío grande y lindo. Lo volví a levantar, pero allí, ahora sólo queda un montón de cruces. Tal vez ustedes lo conozcan. Allí encontré la felicidad y también la desgracia...

Dominados por una lúgubre sensación, lo escuchaban mencionar el afamado baldío de las cruces, relacionando de inmediato al anciano con sucesos misteriosos y tremebundos casi siempre exagerados por la fantasía popular.

Una vez más, Zoilo ponía a prueba su mentado talento narrativo, recuperando un retal de historia cuyo principal protagonista era él. Con la fluidez que le permitía el mágico guaraní de la gente de su época, trasladó a sus oyentes al terreno aquél donde viejísimas cruces de madera sobresalían de un montículo, entre despojos de toda laya, integrados por la acción del tiempo y cubiertos de tunas y madre selvas perennemente florecidas, conformando el conjunto un verídico y triste calvario. Según decires, esas cruces estaban allí desde antes que el barrio existiera, y la superstición acabó atribuyéndoles ya espectrales movimientos nocturnos, ya milagros en problemas de salud y enredos de amor. Lo cierto era que el baldío permanecía deshabitado e invadido de vegetación salvaje. Y solamente ciertos rapazuelos que llegaban del centro solían aventurarse entre la maleza, principalmente en otoño, cuando guayabas y chirimoyos, vueltos a retoñar de antiguos troncos, exhibían el prodigio de uno que otro fruto. Los chicuelos irrumpían sólo a la luz del día, en horas en que las cruces no ejercían su poder de espanto ni los aparecidos infundían el miedo animal que obligaba a la gente a santiguarse siempre que pasaba cerca del lugar.

Ciertamente, en su lejana adolescencia, Zoilo había reconstruido el rancho aquél que antaño fuera el hogar paterno. Y en ese rancho, muy precozmente, había puesto en práctica el oficio de herrero heredado de su progenitor. Por entonces, el muchacho vivía solo. A

media legua de allí, en un paraje denominado Espinillo, vivía la madre, a quien, luego de alguna reflexión, visitaba periódicamente, llevándole alguna ayuda, pese a creerla culpable de abandonarlo cuando muy niño, conforme le decían sus coetáneos.

Y fue, regresando de una de esas visitas, que la yeta se le atravesó en el camino. Cruzaba un bajío anegadizo, por una senda que serpenteaba entre yuyales y monte chato, perdiéndose a trechos en verdinosos aguachares. Le silbaban tataupaes, le gritaban teroterros, a su paso huían teyúes y tapitíes, y veía sobre la arena húmeda horripilantes huellas de víboras. Zoilo avanzaba con su natural cautela, única defensa válida contra las feroces dentudas. Y súbitamente, como pedrada recibida en lo hondo de su frágil sosiego, escuchó: ¡Sooocooorooo! El grito le erizó todo el cuerpo. Se destacaba claramente de entre las voces salvajes que flotaban difusas en la atmósfera del malezal. Zoilo paró de golpe, aguzó el oído cuanto pudo, y nada. Se le ocurrió entonces que aquello pudiera ser sólo un fenómeno de origen animal.

Retomó su camino tratando de olvidarlo, aunque, sentía haber perdido buena parte de su relativa tranquilidad. Ya no solamente debía cuidarse de las víboras. Alerta el oído, sus pies oprimían la arena con sigilo. Y a poco, un involuntario pensamiento lo detuvo nuevamente: en todo el inhóspito malezal, ningún animal había capaz de emitir semejante alarido. Sujetando el sombrero pajizo contra un fastidioso viento que le impedía oír con claridad, en vano buscó serenarse tratando de comparar mentalmente la que había escuchado con la voz de cuanto habitante del estero él conocía. Finalmente meneó la cabeza con desazón y siguió andando. Pero apenas caminó un corto trecho, y otra vez, aún más claro y aterrador, el grito:

-¡Sooocooorooo!

-Es una mujer -pensó en voz alta el muchacho, con real pesadumbre.

Procuró establecer la dirección y distancia probables de donde provenía, y empezó a correr zancajeando entre las maciegas y examinando cada matorral que cruzaba. Llegado a un bosquecillo de donde podría provenir el grito, desenvainó el cuchillo, arma sin el cual nunca salía. Rachas de viento sacudían las ramas, permitiéndole entrever el cauce de un arroyuelo. En ese preciso momento, pasos presurosos y jadeos humanos le dieron cuenta de que alguien huía hacia una espesura mayor que estaba cerca. Zoilo atropelló sin medir el peligro, yendo a parar junto al lecho del agua. Y allí, ante sus ojos espantados, atada de pies y manos contra unas matas, despatarrada y ultrajada, yacía Juliana.

La joven, muy conocida en toda Loma Verde, estaba desvanecida. Vendedora de alojas que ella misma preparaba con jugos y miel de caña, Juliana solía corretear su dulce mercancía, llegando desde Espinillo con un enorme cántaro sobre la cabeza. Era huérfana y criada por una tal Cholí, echadora de suertes y curandera. Y por opción de esa tutora, había llegado a convertirse en la popular alojera del lugar. El negocio lo hacía Juliana, aunque las ganancias fuesen para Cholí.

Andando en esos trajines, Juliana cobró al fin forma de mujer y empezó a inquietar los instintos en cuantos la veían yendo y viniendo por desolados caminos, con la sola compañía del cántaro y alguna cantilena aprendida del viento.

Polí, un retardado mental y también harto conocido, aunque éste sólo por sus pillerías, la había seguido esa vez. Fue aproximándosele a medida que la chica dejaba el poblado, y al verse favorecido por la soledad del paraje aquél, la atacó salvajemente.

La resistencia de la muchacha nada pudo contra él. La golpeó hasta hacerla desmayar. Luego, con jirones arrancados a su propio vestido, la ató contra las matas y la violó. Contemplaba su obra antes de abandonar a la víctima a merced de los caranchos, cuando se percató de que alguien se acercaba irrumpiendo entre la maraña, y huyó.

Zoilo cortó las ataduras, alzó a la chica desnuda y sangrante a cuestras, y se puso en marcha. Ya en el rancho, la lavó y curó cuidadosamente, mientras sus ojos recorrían llenos de consternación el pequeño cuerpo violentado. Los años le habían dado pubertad, mas no el desarrollo que la hiciese capaz de soportar tan despiadada cópula. Polí le había destrozado el sexo y magullado a dentelladas las pequeñas mamas.

Al superar el penoso letargo que sufría, Juliana se encontró desnuda junto a un desconocido que la atendía, y nuevamente cayó en crisis. Jamás había recibido piedad de nadie y no podía comprender lo que Zoilo hacía por ella. Este la ayudó a beber una cocción de hierbas, y con bondadosas palabras logró serenarla.

A partir de entonces transcurrieron semanas, y Juliana mejoró. Ya podía valerse de sí y ocupar su tiempo en algún quehacer. El rancho de Zoilo, a la vez herrería y vivienda, habitualmente oscuro y triste, cobró paulatina condición de hogar. Era que Juliana, habiendo encontrado allí un trato diferente y amable para ella, se consideraba en deuda y deseaba retribuir de alguna manera el bien recibido. Por eso había resuelto no volver a la casa de Cholí.

A medida que sanaba, ponía sus mejores afanes al servicio de su nueva morada. Apenas pudo, además de ocuparse de la comida y la ropa, trabajó de a poco la tierra del contorno, y ésta no tardó en responder a su esfuerzo. El herbazal cedió sitio a una nueva vegetación: las hortalizas y las flores. A Juliana, una grata sonrisa le iluminaba la cara.

Sin embargo, por momentos, tan inverosímil se le hacía ese cambio, ese salto desde una vida penosa y desprotegida a un pasar apacible y más seguro. Además, con frecuencia creciente se sentía sumida en honda pena, y sus motivos no eran para menos. En sus entrañas se incrementaban los movimientos de un hijo, su hijo, producto de una cópula espuria, engendro de un deformado mental. «¿Será un monstruo como el padre?» -se preguntaba azorada-. «¡Dios me libre y guarde!».

Cuando meses después nació el niño, y Juliana vio a Zoilo acunarlo en sus brazos, comprendió que lo hacía por ella, para que ella se sintiera feliz. Comprendió que él la amaba y lloró de felicidad besando al hijo de su vientre y al hombre que la ayudó a parirlo. Después, año tras año, llegaba un hijo más.

El herrero Zoilo, confiado y en paz, trabajaba con ahínco. Día por medio caminaba cargando los trabajos terminados hasta la parte urbana de Loma Verde, los entregaba y recibía nuevos encargos. Regresaba al rancho agobiado por la carga, atesado de calor pero contento. Alternaba el oficio de herrero aliviando las tareas de Juliana. Además de la pequeña plantación, en la casa se criaban aves, engordaban cerdos y la vida comenzaba a ponerse linda.

Eran aquéllos los tiempos en que Loma Verde, hechizada todavía por la magia de una epopeya superior a sus fuerzas, dormitaba su interminable fatiga heroica, inmóvil en un poético dejarse estar. Sus autoridades, honorables sobrevivientes de la Gran Guerra, que llegaron con pompas desde lejanos exilios y se entregaron al premio de la holganza, se sucedían románticamente en los cargos, sostenidos por la indulgencia popular.

Y la gente del pueblo, marginada de la cosa pública, se limitaba a oírlos, acatarlos, tolerarlos. En vísperas de elecciones llovían promesas aderezadas con aguardiente y carnes con cuero, todo porque las elecciones representaban una diversión importante y provechosa. Gane quien ganare, luego vendría el tiempo restaurador, y Loma Verde continuaría siendo leyenda y tradición, viejas casas con verjas y diamelas, callecitas verdes y rojizas, dormidos rancheríos a los cuatro vientos, funciones patronales, velatorios cantados, serenatas con miel de luna y todo lo demás que alimenta la lírica pobreza.

Y cierta vez, haciendo Zoilo su jornada de costumbre, del rancho al poblado distante algo más de media legua, comenzó a ponerse nervioso sin motivo alguno que lo molestase, dudando de si debía seguir adelante, pues sentía un vehemente deseo de volver. Ni bien traspuso el arroyo, límite natural del pueblo, se introdujo en el primer boliche, hizo algunas compras, pidió una copa, y en tanto la achicaba a pequeños tragos, su pensamiento urdía extrañas conjeturas. Estaba seriamente preocupado. Incluso el aguardiente le negaba su pizca de placer, tanto que lo dejó a medio beber y salió trotando de regreso. Al rato, ya no trotaba, corría.

Desde lejos empezó a divisar los viejos árboles de su predio ancestral, y entre el follaje, su terrosa vivienda de yajhapé. Ya recobraba algo de tranquilidad cuando, de pronto, reviviendo en él bruscamente la imborrable tragedia del malezal, sus oídos captaron gritos pidiendo auxilio que provenían de su propia casa. Gritaba su mujer y gritaban los niños. Eran gritos desesperados. Zoilo dio uno, diez, cien saltos, atravesó marañas y alambrados en línea recta, y llegó. Mas no atinó a tomar las precauciones para evitar que su llegada fuese advertida. El ruido causado por la sarta de objetos metálicos que traía hizo que Polí - que del mismísimo se trataba nuevamente- pudiera escabullirse por un ventanuco trasero y darse a precipitada fuga, mientras Juliana y los niños continuaban dominados por el pavor.

A Zoilo le costó aceptar el duro revés. Después de tanto tiempo, el bestial sujeto había podido dar con el paradero de su víctima, ahora convertida en mujer de hogar. Y al localizarla, ansioso de repetir la hazaña, quedó en acecho entre la maleza de los alrededores durante días y noches, hasta ver finalmente que Zoilo se alejaba en dirección al pueblo. Esperó entonces un rato más, y pensando que ya el herrero estaría en Loma Verde, entró en acción.

Atrapados en el rancho, los niños y la madre gritaban desesperados pidiendo auxilio. Juliana luchaba como fiera para mantener a raya al desalmado y dilatar la aterradora escena con la esperanza de que alguien pudiese oírlos. Pero tan escasa población había por entonces en esa zona que, entre cabaña y cabaña, la distancia era considerable. Sólo gracias al extraño presentimiento que hizo regresar a Zoilo apresuradamente, los clamores pudieron ser oídos.

Esta vez, Polí debió fugarse en ayunas, pero a su paso dejó una grave zozobra. Por si volviera, Zoilo resolvió, como primera medida, clausurar el ventanuco trasero, asegurándolo con troncos infranqueables. Luego dio filo de navaja a un machetón, arma de mayor alcance que el cuchillo, y hecho todo lo cual, esperó.

Aún los niños moqueaban aterrados y Juliana temblaba de nervios, cuando casualmente llegó la madre de Zoilo, mujer todavía fuerte, que dejaba de tanto en tanto su vivienda de Espinillo con el amable pretexto de pasar el día con los nietos. Lo hacía siempre que transcurriese algún tiempo sin la visita de su hijo, ahora hombre afamiliado. Llegaba de improviso, rezongaba por cualquier nimiedad, rezongaba siempre, y finalmente se iba. Pero en esa ocasión, en vista del feo suceso que ensombrecía las caras, reclamó le diesen un arma cualquiera y decidió quedarse.

Mientras tanto, en un hueco de la maleza, tumbado y jadeante como fiera herida, Polí pasó el resto del día babeando la rabia de su fracaso. Gemía entre retorcionas de sus vísceras convulsionadas. Su hambre animal devenía furia asesina, pero furia cobarde, furia de maniático. Tenía conciencia de que Zoilo lo esperaba, de que si llevaba a cabo otro intento, lo mataría sin asco, y eso lo frenaba. Estuvo masticando veneno hasta más de medianoche, hasta el momento en que, pasando el límite de su aguante, acabó masturbándose desesperadamente. Pero aún aliviado el morboso apetito, no halló paz. Dejó entonces la guarida y comenzó a reptar. Apenas podía distinguir a lo lejos la forma del rancho. Jadeando sin cesar, se detenía de trecho en trecho, se revolvía los bolsillos, agujeros y remiendos, y por fin pudo dar con lo que buscaba: una arrugada caja de fósforos, arma vandálica que guardaba entre los pliegues del harapo. Continuó arrastrándose, y de pronto, para su mayor tormento, el roto pantalón se le cayó. Había perdido el trozo de alambre con que lo sujetaba.

El infeliz se puso colérico. Revolvió el herbazal a manotazos, agarrando abrojos y ortigas en vez de alambre, pero finalmente lo encontró, y ya sin volver a ponerlo como cinto, lo cazó entre las mandíbulas y continuó reptando, acercándose cada vez más al oscuro bulto de paja y tapia cuyo imán le aceleraba el jadeo.

En un dormitorio próximo al rancho, los gallos, asustados de repente, cesaron de gritar su responso. Adentro, Zoilo despertó ahogado por el sudor y la tos. Le atoraba los pulmones un espeso humo que bajaba del techo. Enredado en la confusión de lo que creía una maldita pesadilla, dejó el catre de un salto, comprobando con horror que también las mujeres y los niños tosían, que lenguas de fuego perforaban el techo por todos los costados, que la paja seca ardía con ruido de pólvora, que las picanillas empezaban a estallar y que las tijeras crujían bajo la acción de las llamas. Esta pesadilla no era por cierto de las

comunes que solían atacarlo. Por desgracia, se trataba de un incendio real, de un verídico infierno anticipándose a la más horrible muerte. Pronto, ya todos se debatían entre los agónicos alaridos de la asfixia. Aquello era pavorosamente cierto. Zoilo saltó a la puerta con intención de abrirla, pero la puerta, ¡ay!, ¡estaba asegurada por fuera! Las argollas portacandados habían sido atadas (para algo, el demente traía en la boca el trozo de alambre). Zoilo, en descontrolado forcejeo, sólo conseguía provocar desprendimientos del techo que precipitaban el fuego en el interior. Quemado, sofocado y enloquecido, emprendió entonces a machetazos contra la puerta, y en tanto conseguía cortar uno de los travesaños, ya todo el cuarto ardía y el techo amenazaba desplomarse. La desesperación de las mujeres por proteger a los niños perdía fuerza y ya sólo eran estertores ahogados entre las llamas.

Cuando, demasiado tarde, la puerta terminó por partirse, Polí estaba metros adelante, iluminado por los resplandores, esperando ver acabada su obra. Por si acaso alguien pretendiera salir con vida, estaba armado, para impedirlo, con un fornido varejón arrancado del cerco. Y al aparecer el único sobreviviente blandiendo el machetón con el cual pudo romper la puerta, el maniático le asestó un fiero porrazo que lo derribó, pero pese al golpe y a las quemaduras, Zoilo saltó nuevamente, y esa vez, de un machetazo lanzado con toda su alma, tajó en dos la cabeza del agresor, que rodando fue a parar entre la hoguera, momento mismo en que el rancho se desplomaba. Las mujeres y los niños quedaban ahora sepultados. Polí, cadáver a su vez, humeaba como insecto entre las brasas. Y Zoilo, también envuelto en llamas, pudo sin embargo ser socorrido por personas que llegaron justo a tiempo para evitar su muerte, echándole tinajas de agua. Habían divisado el siniestro desde la distancia, y cuando alcanzaron a llegar, sólo uno daba señales de vida. Una masa humeante con escasa apariencia humana fue retirada del lugar. Lo demás era infernal hoguera trascendiendo a carne quemada.

Pasado un tiempo imposible de precisar, Zoilo superaba penosamente su agonía. Al fin pudo darse cuenta de que yacía sobre hojas de tayaó y era tratado con óleos y miel silvestre. Quienes habían acudido en su ayuda, extraños de identidad pero hermanos en la pobreza, hacían lo posible por salvarlo de lo peor, y lo estaban consiguiendo. Pero Zoilo todavía ignoraba su propio paradero. Vuelto de tanto en tanto a la lucidez, comprobaba horrorizado la muerte de sus ojos. Y quizá se habría quitado la vida si las llagas no le obligaran a total quietud. Nada podía consigo siquiera, nada sino padecer y aguantar. Ningún milagro podía remediar la tiniebla de sus ojos. Y sumada a la pérdida de todo cuanto en el mundo amaba y al colmo de quedarse sin la imagen de ese mundo, la certeza de haber matado cargaba con peso de condena su conciencia. No importaba cuán malvado fuera el hombre. Se trataba de un ser a quien Dios le mandaba llamar hermano, y él tuvo que matarlo.

Hasta aquí la síntesis de lo relatado la noche última, en el patio calabozo de la delegación civil, en homenaje de despedida. Zoilo había llegado a comprender la ínfima diferencia que existía entre estar preso por asesino o estarlo por cabecilla de ilusos pacifistas, y a comprender, además, que el dolor y el amor tanto se parecían, que deberían por igual ser compartidos, aunque con ello se transmitiese al prójimo la propia herida.

-Y bueno -concluyó-, ahora ya saben por qué me emperraba con mi secreto. Tienen que disculparme si he dañado la alegría de esta noche.

Y se calló.

El montículo a que se refería, cubierto de añosas tunas y madresevas, y aquellas cruces destartaladas y musgosas, eran los testimonios de su recóndito drama. Eran lo tangible de su dolor y eran su consuelo, el reducto de sus oscuras lágrimas. Visitaba el lugar mientras el pueblo dormía, pues entiéndase que habiendo crecido Loma Verde hasta convertirse en la segunda ciudad más poblada del país, todo fue ocupado salvo el baldío de las cruces, un gran espacio salvaje. Las cruces, las había construido el mismo Zoilo, muchos años ha, ni bien recuperadas sus fuerzas. Sus manos penumbrosas las habían clavado allí, en la cima del calvario familiar. Luego, la naturaleza y el tiempo hicieron lo propio decorándolas de madresevas y musgos. Todas las noches, Zoilo las visitaba, las mimaba, les hablaba como si fuesen personas. Le respondía el viento entre el follaje, lo acompañaban la luna y las estrellas, lo perfumaba el hálito de las flores silvestres. Al rato se iba.

A pesar de la oscuridad de algunas noches, nunca faltaba quien lo viese, pero a nadie se le ocurría que la suya pudiera ser una presencia humana. El baldío de las cruces cobraba fama por sus ánimas en pena, fabulosas custodias de tesoros (Plata-ybygüy) supuestamente enterrados por los ricos pobladores de la Loma Verde anterior a la Guerra Grande. En leguas a la redonda, esas apariciones constituían tema sensacional en tertulias y velorios.

Ya vacío del secreto tan largamente guardado, Zoilo clavó el mentón contra el pecho y se durmió. Los demás presos, tendidos y silenciosos, contemplaban el nacimiento del nuevo día que lentamente se filtraba por las roturas del techo.

Era avanzada la mañana cuando se levantaron y cayeron en la cuenta de que esa vez no habían pasado la lista reglamentaria. De pronto, el alcaide abrió el enorme portón cuanto abrirse podía y entró sonriente.

-¡Jhoooo, los sandiaybygüy, cha...! -saludó. (Aún al mote de emboscados le daba sabor a broma). -Jhéee, devera que ustede habla solamente castellano... Bueno, la cosa es que el señor delegado hace comunicar que están en libertad.

Y arrojada la noticia, así, a quemarropa, dibujó un abrazo en el aire y dio media vuelta, dejando por primera vez en su cancerbera vida el portón abierto. El desasosiego causado por el relato de Zoilo quedó de golpe olvidado. Por su parte, el protagonista de la infortunada historia permanecía inmóvil en su sitio, como si hubiera muerto. Pitín, al notar lo, se acercó, lo tocó y le dijo:

-Che ru, estamos en libertad, tenemos que irnos.

Zoilo, quebrada la voz, le contestó:

-No hay apuro, che ra-y. Solamente los pájaros son libres. La libertad perdió la guerra: ganaron los milicos. Mala suerte, che ra-y...

Los meses soportados en la prisión, momentáneamente relegados al olvido gracias al armisticio, recuperarían insospechada significación a su debido tiempo. Al emerger del fondo fangoso al que fueron arrojados, pronto empezarían esos jóvenes a reconocer imprevistas claridades y penumbras. Las pocas palabras de Zoilo, el anciano ciego que todo lo compartiera con ellos no obstante padecer callado su grave mal para evitarles dolor, alguna vez cobrarían forma de realidad.

Cada uno se marchó por su lado sin demora. Pitín, un poco rezagado, caminaba tragando bocanadas del aire cálido de la calle, tratando todavía de penetrar la simple profundidad de aquellas palabras: «Solamente los pájaros son libres» y «La libertad perdió la guerra, ganaron los milicos...». Grandes y sabias palabras, razones por las cuales tal vez el anciano habría preferido que su cautiverio se prolongare. No creía en la tal libertad. Pitín caminaba pensando en voz alta: «El hombre de este tiempo, incluso un hombre como Zoilo, deja de ser libre tan pronto piensa y se manifiesta como hombre».

Loma Verde, en su día especial de gracia, vestía como quinceañera en su fiesta, con todos los ornamentos propicios a la soñada felicidad. En lo alto, las campanas de la iglesia no cesaban de repicar a gloria. Y en el patio-calabozo ya desértico, Zoilo continuaba echado sobre el piso, sin ningún signo de prisa por irse. Un guardia se puso furioso al encontrarlo tan desinteresado por su libertad. Lo alzó del brazo como un botijo inservible y lo arrojó a la vereda. Hasta allí llegaban rumores de un libre viento que jugaba en los árboles de la plaza de enfrente. Zoilo cruzó la calle con dificultad, tentando el aire con ambas manos, hasta tropezar con un banco, donde se dejó caer. Podía oír el susurro de las ramas. Podía oír, además, pasos vivaces que recorrían a lo largo de la vereda, risas y besos, congratulaciones y saludos jubilosos de gente que acaso no sufría o simplemente marginaba la angustia por ser ése un día diferente. También oía de tanto en tanto repercutir tacazos disonantes, toquidos de muletas y jadeos que parecían provenir de un mundo de sombras como el suyo.

Muchas horas estuvo sin moverse del banco, percibiendo diversos ruidos lejanos y próximos, percibiendo latidos de la ilusión popular que se licuaba poco a poco en una siesta tórrida. Al atardecer, escasos gritos y ya ningún estruendo festejaban el fin de la guerra. Al caer la noche, todo había cesado, aun el susurro de las ramas, aun el viento.

Finalizaba una jornada que ojalá fuese eterna. Lo excepcional se extinguía y se ensombrecía nuevamente el pueblo. Era como si despertando de un placentero sueño, Loma Verde volviese a su incesante realidad. Una noche como cualquier otra noche con cada quien de vuelta a sus tribulaciones, suplantaba al destello del festejo vivido.

Para Zoilo Herrero, mero bulto esfuminado sobre un banco de la plaza, indubitablemente, todo terminaba. A sus pulmones y a su corazón acezantes de fiebre y vejez, tanto la alegría como el dolor los empeoraban. De quedarse allí sentado, presentía su fin sobre ese mismo banco, y le daba vergüenza que alguien tuviese que interrumpir su parte del festejo sólo por ocuparse de su feo cadáver.

Bien entrada la noche, el imaginaria de enfrente lo vio ponerse de pie e iniciar penosamente la marcha, muy encorvado, tentando el aire con las manos, volviendo la cabeza de un lado a otro como si fuese huyendo. Y le gritó desde su puesto:

-¡Adió manté, che ru...! ¡Qué macana, se acabó la farra...!

Él no respondió. Huía de la plaza vacía, del centinela socarrón, de sí mismo. Huía sumergiéndose en la noche, con la propia noche en los ojos y en el alma, y con la entera certeza de que la «farra» definitivamente terminaba para él.

En el baldío de las cruces, después de un intervalo de varios meses, la aparición se hizo presente esa noche. Los vecinos, desalojados de sus cuartos por una temperatura de verano fuera de tiempo, buscaban el aire libre para pernoctar. Una clara luna llenaba los callejones por donde algunos noctámbulos todavía transitaban, dándose cuenta de repente de que el fantasma estaba allí, junto a las cruces, como en sus mejores tiempos. E increíblemente, no faltó entre los curiosos un par de temerarios capaces de reprimir el miedo enraizado en ellos desde el ancestro y averiguar de una vez por todas la naturaleza del bulto que veían. Pero el yuyal que les cerraba el paso estaba tan plagado de ortigas y tunillas, que los intrépidos apenas pudieron avanzar hasta donde comenzaron a persuadirse de que aquella cosa nada podía tener de humana, puesto que nadie osaría aventurarse por tan escabroso lugar en semejantes horas. Y a punto estaban de abandonar el intento cuando, de repente, confirmando sus peores sospechas, el aparecido se entregó a la inverosímil tarea de abrazar y besar a cada una de las cruces.

Por lo visto, el fantasma se despedía. Se alejó luego sigilosamente hacia la maraña que cubría gran parte del baldío, agitando las manos como si flotara en un lago de sombras, y desapareció. Poco después, la quietud allí reinante se vio conmovida por algo semejante a una sorda explosión subterránea. Los indagadores temblaron. Sobrevino un silencio sobrecogedor. Sólo la brisa, casi imperceptible, les trajo un pesado aroma de flores nocturnas. Uno de ellos murmuró:

-¡Ves pa, es pora nomás!

Y el otro, también a media voz:

-¡Cosa increíble, chamigo!

Obviamente, no se trataba de otra cosa. La presencia del fantasma en el baldío, motivo de constante inquietud en las noches, los instalaba esa vez en una preocupante evidencia. Los vecinos, unos más que otros, con un dejo de miedo en la lengua, se apresuraron a ganar los cuartuchos de barro a pesar del calor, atrancándose en espera de la luz del día.

Moderado el espanto luego de un par de semanas, los más próximos, progresivamente molestos por un olor a carroña proveniente del baldío, se vieron forzados a hurgar entre los matorrales, pero sólo pudieron encontrar algunos restos de animales muertos años atrás, aunque, finalmente, descubrieron un antiguo pozo de agua cubierto de helechos salvajes, de cuyo negro fondo surgían los olores que a remezones corrompían el aire. Pero, como nadie

pensó que pudiera ser un ánima en pena y no un perro vagabundo cualquiera la víctima causante del problema, simplemente aceptaron la solución de seguir aguantándolo durante algún tiempo y dejar el asunto en olvido.

Días más, y algunas guayabas y chirimoyas amarillaron en los viejos árboles que sobrevivían hermanados con la maleza, y el baldío, como todos los años, se vio convertido en escenario de las incursiones y travesuras de un tropel de rapazuelos llegados del centro, capaces de descubrir nuevos mundos en cualquier yuyal.

Los visitantes, además de ocuparse debidamente de los frutos pintones, no tardaron en dar con el misterioso hueco de cuyas profundidades aún surgían los olores. Con la ayuda de un sol que en horas de la siesta enfocaba desde el cenit, apartando cuidadosamente los helechos de los bordes, alcanzaron a divisar el profundo ojo de agua, y, flotando en él - ¡vaya sorpresa!-, un cadáver de forma humana.

El descubrimiento trascendió causando sensación en Loma Verde, hasta el extremo de merecer la atención de las autoridades. Revisado entonces el maloliente agujero, se comprobó que, efectivamente, en su fondo líquido flotaban los despojos de un hombre. Posteriores averiguaciones produjeron la certeza de que, en los últimos tiempos, ninguna desaparición había sido denunciada en Loma Verde, considerado lo cual, la comuna providenció el relleno del curioso sepulcro.

Tarde o temprano, la noticia del hallazgo más las infaltables conjeturas al respecto debían llegar a oídos de los ex-compañeros de prisión de Zoilo Herrero, conocedores de la triste historia que lo relacionaba con aquel baldío. De otra manera no hubiera sido posible que, a los pocos días, los vecinos cayeran en la cuenta, con justa sorpresa, de que al grupo de musgosas cruces, una más se había sumado, tosca y alta, hecha de palo verde.

Sea quien haya sido el que allí clavara la última cruz, debía tratarse de alguien verdaderamente solidario y piadoso, capaz de pensar que así cumplía con un fraterno y cristiano deber.

Cuentan que luego tuvo lugar una larga temporada de lluvias y bonanza, que la cruz de palo verde echó raíces, que le crecieron retoños y prontamente se transformó en un árbol de ponderada frondosidad; que en primavera daba extrañas flores, que los pájaros lo preferían para anidar y cantar, y los niños, para trepar y jugar en sus ramas.

Capítulo X

El veneno de la vindicta

Jamás pueblo alguno ha podido ocultar indefinidamente sus llagas. Alguna vez, los padecimientos han debido estallar en desesperada violencia.

En el caso que nos ocupa, a una década escasa de la gran matanza que duró tres años, el país era empujado a otra prueba peor: la guerra intestina. Los síntomas eran inequívocos, y el proceso del mal, irreversible. Tras el ingente desgarramiento, tras el torrente pavoroso,

por el cauce todavía húmedo retornaban las lágrimas. Desbordadas las márgenes de lo soportable, nuevamente, junto a la fosa común siempre abierta, la historia aguardaba a quienes osaran acostarse con ella.

Loma Verde, ciudad agreste donde todos se conocían hasta en los mínimos detalles del cotidiano existir, estaba siendo atrapada por una vasta red tendente a sofocarla. Su fama de insumisa le había valido para atraer sobre sí, además de una base militar, a centenares de soplones que invadían todos los ambientes tornando inaguantable la atmósfera.

Zoilo Herrero había tenido razón. Háyaselo creído o no, su vaticinio cobraba certeza brutal. De la libertad, tan parafraseada y cantada, sólo quedaba una sucia parodia. Solamente los cínicos podían creer en ella tal la estaban dejando.

El mal se filtró de a poco. Primero, una sustancial ayuda militar norteamericana. Después, el envío de sofisticados menesteres para una nueva tecnología represiva. Por último, una palabra hasta entonces inusitada cobró volumen hacia todos los vientos: 'Subversión'.

Entre tanto, la miseria despoblaba las aldeas y llenaba los caminos de viajeros perdidos.

Al anochecer de un día cargado de sobresaltos, el oficial que encabezaba un grupo armado golpeó a la puerta de doña Flora. Era portador de una lista de sujetos, entre los cuales figuraba Arturo Guerra. Este debía cargar sus bártulos y marcharse con ellos a la frontera. No importaba que la madre se enfermara de consternación. No importaba si moría. Arturo se asomó a la puerta, y viéndola doblada de dolor, le suplicó en voz baja:

-Por favor, mamá, no te mortifiques de esa manera, no demostremos debilidad. Pensá que no estaré solo, mamá. También Pitín se ira conmigo.

-De modo que lo sabías y no me dijiste nada -replicó la madre sollozante-. ¡Qué consuelo me das! ¿Y se puede saber qué enorme crimen cometieron para que los expulsen del país?

Los soldados permanecían mudos, adosados a las culatas de sus negras armas, apresurando con ademanos los preparativos de Arturo, aunque ignoraban el motivo real de la prisa. Ignoraban que los del mando estuviesen ansiosos por acabar con la recién bautizada «subversión», e ignoraban que estuviesen angustiados a la vez, porque al hacerlo, numerosos amigos y familiares iban a resultar afectados. Ignoraban, además, que el miedo fuera la razón del silencio en que actuaban. Todos los inconformes debían ser deportados, sin importar que luego faltasen brazos y cerebros al país. Nada importaba tanto como eliminar el espectro revolucionario. Los soldados lo ignoraban. Sólo cumplían órdenes.

-¡Qué barbaridad habrán hecho para que merezcan el destierro! -insistía la madre toda bañada de sudor nervioso y lágrimas.

Uno de los armados, el de peor talante, sólo hablando por hablar, abrió entonces la boca:

-Eh, y seguramente que ya tiraron otra ve lo papele por la calle...

-¿Papeles? ¿Qué papeles eran ésos, Arturo? No me digas que preparan otra huelga. ¡Dios mío! ¿Por qué no me lo contaste, por qué?...

Terminado de hacer los hatos, Arturo dirigía doloridas miradas a la madre, la que no cesaba de sollozar y repetir:

-¿Por qué, por qué...?

De pronto, doña Flora se irguió cuanto su vigor le permitía frente a los soldados, exclamando desfigurada:

-Hemos soportado la patriótica guerra y las patrióticas batidas contra nuestra gente hambreada, y ahora tenemos la patriótica deportación de nuestros hijos, de nuestra única esperanza... Cuando vuelvan al cuartel, digan al jefe de ustedes, de parte mía, que tanto patriotismo de los militares ya nos está enloqueciendo...

Y lloró desconsolada, abrazando al hijo que partía.

Diez hombres, entre estudiantes y trabajadores, fueron conducidos esa noche, en un convoy de carga, con destino a la frontera, bien escoltados por mosquetones y «piripipíes», armas capturadas en bravas batallas a los invasores, aquéllos cuyos jefes, habiendo hecho las paces con los jefes locales, convertíanse en grandes aliados muy solidarios en lo tocante a la represión de los respectivos descontentos. Tanto en Loma Verde como en Cataví o en Oruro, los del mando no encontraban otra forma mejor de mantener las calles limpias de papeles-protestas que poniendo a los inconformes detrás de las rejas o de las fronteras.

Mientras tanto, la crisis iba en aumento, y se le sumaban el miedo y los rumores de toda índole. Los más osados hablaban acerca de bandas armadas con bases en los cerros. Otros aseguraban -como si los hubiesen visto- que no se trataba de vulgares cuatreros como en tiempos de la guerra, que formaban grupos bien organizados, que muy pronto lanzarían alguna proclama al pueblo, y etcétera, etcétera.

Fanáticos habían, y contreras a todo trance, que vivían inflando esos rumores con el peregrino propósito de alimentar la propia fantasía libertaria.

Pero también había de los otros, de los que nada decían, quizá porque más confiaban en la acción que en las palabras.

Inesperadamente, un brusco golpe eliminó del ejército y los cargos públicos a los elementos reputados adversos al gobierno. Y desde entonces, ya no todos los rumores eran atribuibles a la simple imaginación popular súper excitada. Hechos llamativos comenzaron a sucederse de repente. Milicias fuertemente armadas llenaban de traqueteos las noches lomaverdeñas. Se dirigían hacia los cerros, presumiblemente a la búsqueda de emboscados misteriosos. Los «tajhachíes» y «yaguaperoes», apasionados de la violencia, empezaban a dejar en paz los aterrados barrios, donde hasta hacía poco tiempo les crecían las barbas

husmeando quijotes izquierdistas. Ahora salían a las afueras, al encuentro de una posterior historia que no hubiera deseado recordar.

La rebeldía soñadora, casi siempre exagerada en los barruntos, de pronto ya no estaba enteramente errada. Además de los puros rumores (válidos por cierto para mantener altos los ánimos), algo todavía confuso pero excitante comenzaba a mover la hojarasca del quietismo mantenido a ultranza. Si bien, pensando objetivamente, parecía difícil que brote alguno de rebelión pudiera ver la luz, así las penurias crecieran como dolores de parto, sin embargo, pese a las dudas y a todas las prevenciones imaginables, hasta los propios vencedores de la última guerra, unidos por aquel entonces en un solo y mortífero haz, dominados por antagonismos desconcertantes, estaban fraccionándose en enconados bandos.

Nuevamente, pues, premoniciones de color de sangre teñían el horizonte en los atardeceres. Y mientras la sabuesería del gobierno rastreaba en la ciudad y en el campo buscando agitadores comunistas contaminantes, la rebelión se materializaba a plena luz, ardiendo entre la fogarada de un verano despótico.

Capítulo XI

La bolsa de gatos

Arturo Guerra no lograba afianzarse en su afán por subsistir en el exilio debido a la incesante atracción de la querencia. Y llegada la edad de la conscripción, la obligatoriedad fue el gran pretexto que lo ayudó a lanzarse al camino del regreso. Pero no pudo presentarse a filas normal y espontáneamente tal como deseaba. Lo detuvieron en la frontera, y al declarar su propósito de incorporarse al servicio militar, allá lo condujeron, aunque sin antes permitirle tan siquiera ver a su madre.

Así reclutado, fue a sumarse a la segunda dotación de una unidad inaugurada en ausencia suya, donde, como debiera suponerlo, cayó mal. El nuevo cuartel, creado en Loma Verde por el gobierno militar como respuesta al constante malestar de la zona, era, ni más ni menos, una bolsa de gatos. Necesariamente, reunía bajo bandera a estudiantes, obreros y campesinos provenientes de los diversos bandos en fricción. De modo que, cuando Arturo llegó, ya el ambiente no estaba tranquilo, y la súbita presencia de un presunto agitador vuelto del exilio no pudo menos que aportar un discordante elemento más, así él deseara lo contrario.

Ya en el corralón de los reclutas, tuvo sin embargo una grata sorpresa al reconocer en medio de la manada humana a Luciano Valenzuela, el ex criado de Zoilo Herrero, conscripto a pesar de ser bastante mayor. No habiendo vuelto a verse desde años atrás, se abrazaron con júbilo. Se reencontraban justamente allí, envueltos en una rara atmósfera.

-¡Lucho, qué suerte! -se emocionó Arturo.

Pero Lucho lo enfrió de entrada, susurrándole con el índice sobre la boca:

-¡Shiiist, tranquilo! es mejor que sepas que yo ando bien porque no hablo con nadie. Tenés que cumplir orden y nada más. Cada uno es más pero que el otro...

-¿Cómo viniste a parar aquí? Si no me equívoco, ya pasaste bastante la edad del servicio militar.

Lucho hizo una mueca de risa antes de susurrarle al oído su rabia por haber sido trasladado de la prisión al cuartel cuando le descubrieron su condición de infractor. Luego insistió:

-No tenés que hablar con nadie. Si decís cualquier cosa te joden.

Y lo dejó. Su comportamiento reflejaba sin duda la inseguridad y desconfianza a que se refiriera. «Aquí pican bichos raros», pensó Arturo al verse abandonado por el amigo. Minutos después, un brutal espectáculo acabó por convencerlo de que Lucho estaba en lo cierto. Una repentina pelea con sangre concluyó al intervenir el sargento de guardia, quien, puñetazos y patadas mediante, se llevó a uno de los contendientes, mientras el otro, un tolondro con cara de matón, agresor a todas luces, quedaba mofándose muerto de risa.

Conforme podía verse, en la nueva unidad, las cosas andaban hartito mal para los inconformes. Sucedió que, desde los comienzos, los reclutas habían venido alineándose en dos grupos hostiles, en tanto ya se aplicaban los motes de «buena conducta» y «rebeldes». En el primero tenían cabida el neto soplón (pyragüé), algunos hijos de papá, algún sobrino de comandante y todos aquéllos que pasiva u obsecuentemente aceptaban lo inaceptable. Los rebeldes, huérfanos de todo apoyo y claridad sobre los disparatados problemas que afrontaban, debían elegir entre soportar soeces insultos y provocaciones calladamente o acabar arañando las tapias del calabozo.

Desde la llegada de Arturo, a Luciano Valenzuela se le acabó la paz. Visto por uno del grupo contrario en el breve momento que platicaba con el nuevo conscripto, fue de inmediato incluido en la lista del infortunio, debiendo ajustarse desde entonces a la triste ley de vivir a golpes.

En cuanto al sargento que con tanta saña interviniera en la riña de reclutas, ostensiblemente se ufanaba persiguiendo y golpeando a los «rebeldes», objetos evidentes de su especial aversión. Y se llamaba Zenón Cardozo.

Aunque pareciera extraño, a sus métodos debía su diminuta pero temible jerarquía. También el haber sido nombrado encargado de disciplina, función que suponía para él todo lo previsible e imprevisible en materia de abusos, permitiéndole dominar por el miedo a los soldados y hasta a los clases.

Corto de talla pero fuerte y ágil, encontraba muy fácil impresionar a los superiores con su manera eficiencia, resultando por ello el tal sujeto un elemento impar, si bien con esas mañas sólo contribuía sembrando el descontento entre la tropa. Y sus consecuencias, las desertiones, se habían vuelto tema obligado de los cuchicheos nocturnos entre la

soldadesca. Resultaba inexplicable para muchos la presencia de semejante personaje en una unidad tan importante como ésta, la de Loma.

Mientras tanto, los sigilosos insurrectos del Ybytyruzú no perdían el tiempo. Con un poder agresivo en franco aumento, ya no dejaban pasar una semana sin atacar y saquear alguna comisaría rural o algún puesto ganadero importante. En Loma Verde cundían los comentarios callejeros y crecía el miedo en los sectores políticos privilegiados, a pesar de los rumbosos informativos del oficialismo, siempre tan puntuales y llenos de optimismo, que sólo hablaban de logros y progresos, aunque muy a veces también hablaban de algún foco de sedición ya aplastado o a punto de serlo, soslayando distraídamente las graves travesuras de los llamados bandoleros del Ybytyruzú, no obstante urgir la captura del delincuente «Pitín» y sus secuaces.

Y un buen día madrugó en las calles una gran sensación referente a revolucionarios que habrían alcanzado importantes éxitos militares en el norte del país y avanzaban en fuertes columnas hacia la capital.

Loma Verde, al igual que otras ciudades, conoció a partir de ese día un nuevo calvario. Enredada en la telaraña de la pobreza, paralizada y aislada, sus inquietos habitantes tuvieron que acostumbrarse a cotidianas y espectaculares requisas, bastante peores que las comúnmente soportadas desde tiempos atrás. En el nuevo cuartel, el estado de alerta no daba respiro a la tropa, aunque la oficialidad continuara de juerga en juerga. Pero una noche, perpetrado el asalto a la comisaría de Potrero San Francisco, con apresamiento del comisario en su propio retrete, secuestro de todo el armamento en servicio más la irritante incorporación de los conscriptos a la fuerza atacante, el susto alcanzó a las estrellas de mayor magnitud.

Alguien no mencionado en los partes llamó apresuradamente al infalible Cardozo, ordenándole el seguimiento y eliminación de los maleantes. A tal efecto contaría con un grupo de elegidos con óptimo armamento. La partida debía ser inmediata, y entonces, en medio de los preparativos, dióse la turbia sorpresa de que, al seleccionar los elementos de su confianza, Cardozo mostrase increíble preferencia por los rebeldes, entre ellos Valenzuela y Guerra, quienes tuvieron sin embargo que aguantar, a la par del apurete, la acre letanía del sargento en jefe, más suspicaz que nunca y recurriendo a innecesarias amenazas en procura de obediencia.

Dos horas más tarde, la partida avanzaba a tendido trote cruzando sembradíos y escabrosos terrenos con el propósito evidente de acortar camino y dar alcance a los asaltantes. A medida que se acercaban al Ybytyruzú, las gibas de la cordillera parecían impresas contra el cielo estrellado. Allí estaba el nido de la sedición motivo de todo tipo de comentarios, más ahora que la revolución comenzaba y las bocas se abrían con creciente desparpajo.

De los rebeldes de la partida de Zenón, algunos eran en realidad partidarios de la revolución en gesta. Los demás recibían el mote por pura tirria del sargento. Pero a ninguno se le hubiese cruzado por la mente la duda respecto al tipo en su papel de brutal «yaguá però». Sobre ese punto coincidían todos. El pequeño mandón era el centro de un odio

general. Ningún componente de la alocada partida habría esperado de él otra cosa que no fuese maldad. Marchando siempre a la zaga de todos, Zenón lograba generar en ellos un verdadero malestar. Tan peligroso lo sentían, como las negras armas que cargaban a las espaldas. Recorrido un largo e impreciso trecho más, sumidos todos en sombría incomunicación, empezaban a sentirse conducidos a cometer cualquier barbaridad. La cordillera se agigantaba a escasa media legua de distancia. Arturo marchaba cargando un enorme saco de pertrechos, convertido por orden del sargento en virtual bestia de carga del grupo. Lucho, percatado de la hostilidad hacia su amigo, no lo abandonaba. Marchaba detrás de él previniendo cualquier dificultad en que pudiera encontrarse. Venía vigilando desde el comienzo cada movimiento de Zenón, tornándosele sospechoso todo lo que el sargento hacía. Miró hacia el extremo trasero de la columna, a través de la cerrazón, pudiendo entreverlo bastante rezagado, lo que aprovechó para murmurar:

-Parece que quiere ser teniente. Nos está llevando al matadero.

Arturo lo escuchó, pero prefirió callar. La pizca de esperanza que alentaba se le borró de golpe. «Desde luego -pensó entonces-, de un salvaje sólo se puede esperar lo peor. Es un tipo sin alma». La invariable brutalidad del sargento comenzaba a generar una idea fija en él. Definitivamente, Zenón Cardozo podía obrar solamente del modo que lo había hecho siempre.

En ese instante le nació la idea del motín. Sin embargo, pese al rencor acumulado que lo roía, Arturo trató de sopesar objetivamente la situación. «Si lo que se propone es una trampa -se dijo-, no es cuestión de darle al infeliz el pretexto que busca. La única solución es liquidarlo y plegarse a la monotonía. Pero, ¡prudencia! Malograr una coyuntura como ésta sería ridículo, y tal vez fatal.»

La arena le llenaba los zapatos, desgarrándole los pies. Desde el extremo posterior de la columna espiaba Zenón. A uno y otro lado, a ras de las altas hierbas, un manto de cerrazón y luna cubría la llanura hasta el fondo donde una franja oscura marcaba las estribaciones del Ybytyruzú. Era medianoche. La columna pisaba tierras de Perulero. De pronto, un mugido lejano llegó por el aire, tal un eco que resurgía de la hondura del tiempo, sustrayendo al extenuado Arturo de sus pésimas conjeturas y situándolo en un breve y onírico suspenso. Involuntariamente hizo a un lado al mandón y sus maldades, comenzando a rescatar un tropel de imágenes renacidas del recuerdo: la de la madre, la infortunada y perseverante doña Flora; la del padre, rudo y obstinado, sucumbido en patriarcales porfías; la de Yapá, hembra bravía, incitante aún en el recuerdo. Arturo se detuvo durante un par de segundos. La visual del pensamiento enfocaba al precoz amante de la india, él, ahora enfundado en verdeolivo y enfrascado en un juego mortífero. De lo amable y feliz que antaño había en él, sólo remembranzas le quedaban, sólo sombras pintadas por la endiablada luna sobre un campo de muerte, incluso la sombra de Yapá, la llegada de un pasado irreversible, pequeña y ávida ante sus ojos como si fuese real. Y durante un mágico instante, la aborígen de su ensueño lo atrapó, igual como antaño, en una cálida sensación de muslos.

Brevemente había cesado de padecer bajo el fardo de acero y plomo que le laceraba las espaldas. De pronto, el sargento Cardozo se adelantó apresurando el tranco, pasó al frente

de la columna, dio media vuelta y ordenó parar. Luciano y Arturo se miraron. Algo inusual notaban en su comportamiento, algo como indecisión, inseguridad o ambas cosas. Enseguida comenzó a dar órdenes:

-Soldado Valenzuela y soldado Guerra, dos pasos adelante y bajen sus armas. Y ustedes -ordenó a los demás-, pongan sus armas allí, en el suelo.

Arturo y Luciano trataron de aproximarse a él a fin de confirmar lo que oían, pero la negra automática de Zenón los encañonaba no permitiéndoles dar un paso más.

-Rápido, dejen las armas, ¡napy! ¡napy!

Todos obedecieron ante la mira de la liviana lista a disparar.

-Bueno, ustedes dos, allí, a la derecha. Y ustedes -dijo a los otros-, van a volver a la unidad, van a irse en comisión y van a decir al comando que yo les di la orden, pentendépa. Bueno, carrera mar...

Tenían que volver. Estaba claro. Y uno tras otro, corriendo, partieron de regreso, siempre apuntados por Zenón, hasta perderse de vista. Arturo y Luciano, separados del grupo con sólo una lacónica orden, permanecían allí perplejos, no pudiendo imaginar siquiera lo que al sargento se le antojaba. Mientras los despedidos, siete en total, se marchaban al trote, ellos quedaban como paralizados, aguardando lo que fuera. Podían esperar cualquier cosa del maniático en cuyo poder quedaban. Pero Cardozo, con una calma en él insólita, posó el trasero sobre el montón de bártulos que incluía pertrechos y víveres. Miraba a los dos, fijamente, a la luz de la luna, igual como un felino miraría unas presas que desdeña, y al cabo de un silencio de plomo, carraspeó diciendo:

-Soldado Guerra, y usted, Valenzuela, vana ayudarme a llevar estas cosas.

No les dijo adónde. Arturo pensó al punto que reventaría si a la carga que venía soportando se le agregaba más. Miró de reojo al compañero. Este se agachó en silencio, alzó un par de fusiles y los agregó al ya exagerado equipaje del amigo. Se armó para sí un buen ható más o menos similar y dejó el resto al sargento.

De nuevo en marcha, y a pesar de la atroz incertidumbre que los dominaba, no se les iba de la mente la suerte de los demás soldados, que, como tales, debían haber muerto antes que permitir se les quitase sus armas. Se horrorizaban pensando en lo que les esperaba en el cuartel apenas llegasen con las manos vacías.

Unos metros atrás marchaba Zenón. A pesar del peso que cargaba, seguía en permanente guardia, de modo que la situación no cambiaba y todos continuaban mudos. Ni a Luciano ni al otro se les ocurría la mínima pregunta. Eran tres en sombras, tres en silencio, en la desconfianza y el odio.

«Está visto que somos nosotros los marcados -murmuró de pronto Arturo para sí- o tal vez yo solo». En un descuido de Zenón, codeó a Luciano con la esperanza de obtener de él

algún signo de reacción. Pero el amigo apenas lo miró. Cómo comunicarle sus intenciones era el problema que buscaba resolver.

La marcha se venía cada vez más insufrible, continuando ambos conscriptos bajo la mira de la liviana del sargento, quien ahora, poco a poco y con disimulo, desechaba los enseres menos importantes. Parecía decidido a quedarse sólo con los pertrechos. E inesperadamente, como surgiendo del fondo oscuro de su doblez, habló:

-Compañeros, tengo que comunicar a ustedes un secreto. Estamos llevando las armas a la montonera. Si actué mal, por si acaso, tienen que disculparme. Solamente así tenía que proceder.

Hablaba con extraña calma y era la suya una voz diferente, no la del sargento que conocían. Era una voz que buscaba ser fraterna. Pero los otros permanecieron callados, negados a toda reacción benévola. El odio no les dejaba concebir otra idea que no fuese la del alerta ante una posible alevosa trampa. Y Zenón, al ver ignoradas sus palabras, hubo de sentir el impacto de ese odio inhumano que neciamente había él fomentado. Ahora, la carga le pesaba mucho más. Le quemaba la espalda como un fardo de brasas.

Los soldados, ciegos ambos ante la pertinaz barrera de sus presentimientos, aunque pudiesen haber comprendido que a esa altura de las cosas ya nada podría el sargento sino cumplir lo anunciado, no pudieron apreciar el brusco cambio operado en el maldito. Continuaban viendo una sola salida practicable: eliminarlo. Y hacerlo de inmediato, pues no quedaba tiempo para vacilaciones. «De todos modos -concluía convencido Arturo-, con semejante infeliz, el pueblo no gana ni pierde un carajo. Es una basura -escupió.»

El sargento no insistía. Aparentemente seguro de sí, tomó la delantera, quizá con el objeto de hacer el baqueano a través de la selva que ya comenzaba. Fue entonces que Arturo hizo señas a Luciano, y ambos, logrando el mínimo entendimiento, soltaron al mismo tiempo los bultos que cargaban, y ¡zas!, se le arrojaron encima como fieras. ¡Craso error! Ninguno de los dos tomaba en cuenta la gatuna listeza del sargento, que, mediante un instintivo cuan feliz esguince, cuerpeó la agresión dejando a uno de los atacantes inmóvil bajo el filo de su yatagán. También el otro quedó paralizado al oír que el compañero tartajeaba aterrado:

-A-a-a-ñentregama, mi sargento.

El caído era Valenzuela. Arturo, incapaz de permitir el sacrificio del amigo vencido, soltó el arma.

-Ya les dije pue que estamo yendo a la montonera. ¿Acaso pico ustedes no son revolucionarios? Je... je... je... -rió amargo el vencedor.

Nuevamente, los conscriptos debieron cargar con todo y continuar la marcha, hundidos en la maraña, tragando la amargura del fracaso.

Entre los matorrales aparecían las primeras protuberancias roquizas coronadas de claridad lunar. Arturo buscaba evadirse del bochorno, trasponiendo mentalmente la planicie que los separaba del desaparecido Puesto Guerra. Tramontando la cordillera, se descolgó en Yatebó, el encantado valle de Yapá. Y conducido por ella como antaño, nuevamente se sumergió en la edad del ensueño, aquella edad en que ayudado por la india, descubriera los placeres del amor. Se asombró de pronto de cuán poco había crecido desde entonces, recorriendo a través de tanta atrocidad, girando, desesperando en círculos de vértigo y permaneciendo en lo mismo, como si el tiempo no existiera.

Desde el cenit, la luna bañaba plenamente las copas de los árboles y los corcovos del gigante Ybytyruzú, blanqueando los pedrones de la cima y sombreando con violencia las quebradas.

A poca distancia del paraje que atravesaban, tal vez a un par de kilómetros, en un sector del otrora campo libre, ahora seguramente cubierto de maleza, yacían los huesos de su padre. Allí también quedaron sus propias huellas y las huellas y sueños de doña Flora, la madre suya que había dejado de ver desde la noche aquella de su partida al destierro. Pensaba ahora que su madre habría merecido un homenaje diferente, no un burdo fracaso como ese que lo abatía.

Inmerso en tales cavilaciones, perdía la sensación del cansancio físico, mas no el bochorno que lo quemaba dentro. Luciano, en cambio, no parecía tan profundamente afectado. Aparte de su casi lógica mudez, no se mostraba abatido.

Entre la maraña rocosa, la marcha se hacía cada vez peor. Sólo búhos y otros pajarracos de la noche hendían la calma de tanto en tanto. Aun pensando que faltaba poco para llegar, y a pesar de que plegarse a los montoneros igual había de satisfacerles cualquiera fuese la forma de lograrlo, la total desconfianza hacia Zenón lo oscurecía todo. Bien pudieran al menos reconocerle su buen papel como impostor al servicio de la causa revolucionaria y su sagacidad para llegar a ganarse la ciega confianza de los superiores, pero el hecho de haber llevado la simulación hasta el extremo de cometer atrocidades contra los conscriptos con tal de aparentar lealtad, le anulaba cualquier bonito mérito. Mucha razón tendrían ambos al no inmutarse tan siquiera cuando, inesperadamente, Zenón cambió de actitud y empezó a llamarlos «compañeros». Quizá, si tan importante palabra les fuera dicha por un Zenón diferente, más humano y menos arbitrario, el acontecimiento hubiera merecido lágrimas de júbilo. Brillante, por otra parte, hubiera resultado la hazaña si tan sólo fuese mínimamente compartido el plan. Esta hazaña, en cambio, era sólo la del sargento Cardozo y de nadie más.

Decidido a enfrentarlo de nuevo y reparar las cosas, Arturo se detuvo. Tal vez ese intento había de costarle la vida, pero era el momento de salvar la dignidad, recuperarla para sí mismo y en homenaje de su madre y de todos aquellos que le atribuían calidad de luchador, de varón entero.

Pero también, coincidentemente, Zenón se detuvo, bien en guardia, ordenándoles detenerse. Lo hacía porque habían llegado al punto de encuentro convenido con elementos

de la montonera. El alto se produjo bajo completo control del sargento y su ametralladora liviana, manteniendo a los dos soldados bien encañonados.

-Bueno, bajen aquí todos los bultos y las armas -ordenó con toda la rudeza de que era capaz. Esperó a que ambos dejaran caer hasta el último cartucho que traían y entonces dijo: -Ahora ya cumplieron la misión. Así que, ustedes también de vuelta a la unidad, napy, napy, ¡carrera mar!

Cuando Guerra y Valenzuela se perdieron de vista, Zenón disparó al aire una señal de tres tiros, y esperó. Al rato, un redoble de galopes surgió arreciando desde una quebrada. Enseguida, una voz exigía el santo y seña, Zenón respondió, y cuatro jinetes llegaron precipitadamente.

Zenón se presentó:

-Mucho gusto, Zenón Cardozo para servirle.

-Yo soy Pedro -dijo por toda respuesta el cabeza del grupo.

Hubieron apretones de manos y felicitaciones para Zenón. Pero cuando ya se disponían a cargar los bultos a lomo de los caballos, notando el volumen y el peso de cuanto allí había, Pedro preguntó:

-¿Y los demás, dónde están?

-¿Los otros? -vaciló Zenón-. Eh, ya estorbaban de balde y por eso les mandé de vuelta.

-¿Cuántos eran?

-Nueve en total.

Primero fue un pesado silencio. Luego, una murmuración general. Empezó la duda contra Zenón. «Este tipo está loco» -dijo alguien. Pedro tornó al diálogo.

-De modo que fueron nueve. Le ayudaron, y usted, en vez de ganarlos definitivamente para la revolución, los manda de vuelta a la base, ¿no es así?

-Sí, para que no pierdan la baja.

-¡Está loco!

Zenón calló. Otro de los montoneros insistió preguntando:

-¿Y cómo se llama ese juego, compañero Zenón? Imagínese, si llegaron hasta aquí, mandarlos de vuelta es imperdonable, primero porque ya conocen el lugar, y segundo, porque, si cooperaron hasta aquí, allá no los van a perdonar, los matarán. Seguro que los van a considerar cómplices. ¿O usted cómo piensa, compañero Zenón?

-Yo hice mi plan como sabía, y cumplí mi plan. A lo mejor, me equivoqué, pero cumplí.

Los montoneros presentes eran segundones. No tenían autoridad para rechazar o aceptar las supuestas atribuciones otorgadas a Zenón Cardozo para elaborar su propio plan de acción. Tampoco sabían quién le habría otorgado tales libertades. Mientras tanto, a poco de andar a través del bosque, el diálogo continuó.

-¿No piensa en la paliza que recibirán esos soldados? -volvió a la carga Pedro-. ¿No le parece que usted cometió una barbaridad?

-Sabe, compañero Pedro, ellos quisieron matarme -aseveró entonces el sargento-. Por eso pensé que era mejor que se vayan.

Y la duda tomó cuerpo. Si nueve hombres óptimamente armados hubieran intentado matarlo en verdad, Zenón Cardozo no estaría vivo. Además, si hubiese habido pelea, alguien, y más aún Zenón, habría quedado por lo menos con alguna herida. Pero él estaba sano. Él no había peleado. Él sólo dijo «querían matarme». Entonces, lo más probable era que él, con algún ardid, les haya persuadido u obligado a dejar todas las armas en un montón, para luego, ya desarmados, obligarlos con amenazas, apuntándolos con su liviana, a regresar al cuartel. Y si así lo haya hecho, se trataba de un acto de mala fe; una traición. A todas luces, el despropósito incluiría intención deliberada de deshacerse de los compañeros. Y a él, al «compañero» Zenón, a medida que hablaba, lo notaban cada vez menos compañero. Desde los modales hasta la voz, todo en él lo denunciaba. Los montoneros, de común acuerdo, resolvieron aclarar el caso en una reunión. Zenón, visiblemente molesto, dejó de hablar.

Al ocultarse la luna tras espesas nubes, la oscuridad se adensó. Arturo y Luciano la atravesaban cargados de amargura, sin nada más que tinieblas en los ojos y en la mente.

-El tipo se vengó de nosotros como buen perro que es -dijo el primero con rabia-. ¡Claro, nos equivocamos miserablemente!

El Ybytyruzú, que ahora tenían a sus espaldas, les pesaba como una carga enorme y estéril. El misterioso fortín de los montoneros, y reducto a la vez, de infinitos recuerdos e ilusiones para Arturo, ahora, en lugar de acogerlo, era como si lo rechazara.

-No es más que un infeliz de mierda -escupió Lucho-, pero nosotros fuimos pelotudos. Nos cagó a todos. Teníamos que habernos anticipado y meterle balas. Nos ganó de mano en todo momento. Nosotros, con nuestros famosos «escrúpulos», no fuimos capaces de matarlo.

Por cierto, resultaba ridículo buscar lógica a tan disparatadas actuaciones, tan inverosímiles para que pudieran ser frutos de algún plan coherente.

-¡La pucha que nos odia de veras el desgraciado! -comentó a su vez Arturo-. Y pensar que, ciertamente, pudimos habernos anticipado.

Luego de caminar más de un kilómetro, desmoralizados, no atinando a dónde dirigirse, se detuvieron. Arturo, el más conflictuado, se debatía pensando y rechazando soluciones. De pronto, dijo:

-¿Y si procuramos llegar a la montonera?

-¿Ahora? ¿Esta noche? ¡Ni locos! Los montoneros nos meten balas.

La respuesta de Lucho dejaba poco que discutir. Sumidos en la desolación, tornaron entonces al silencio. Recién al cabo de largo rato, Arturo buscó nuevamente romper la inacción.

-Supongo que algo tendríamos que hacer, ¿verdad? -edujo con ansiedad-. ¡Algo!

-Dormir un poco. Es lo único que quiero hacer. Mañana veremos.

-¿Dormir en este campo pelado? Vos sí que estás loco. Los yaguaperó del cuartel ya deben estar en camino.

-La noche está nublada y la luna no volverá a salir. En la oscuridad no podrán vernos. Yo voy a dormir. No doy más.

Y Lucho se tumbó sobre la gramilla, quedando dormido al instante. Al otro no le restaba más remedio que hacer lo mismo. Pero él se demoró en dormir. Si bien la oscuridad y el cansancio le pesaban en los párpados, continuó enredado en conjeturas acerca del rumbo a tomar. Regresar a la unidad, ya lo habían descartado. Más valdría ponerse a buscar la montonera ni bien aclarase el alba. Alcanzarla no solamente representaría un refugio, sería, más que nunca, lograr un objetivo al cual él, personalmente, no podía renunciar. Dejará que el compañero descansa brevemente, y lo convencerá. Mientras tanto, también él se tomará un corto reposo, media hora, a lo sumo. Y esa decisión le otorgó un poco de paz, imprescindible para el descanso. Pero, apenas se acostó, sus ojos se cerraron y perdió la cuenta del tiempo.

Los primeros desarmados y despachados por Zenón habían vuelto a la unidad, siendo inmediatamente apresados y sometidos a violento interrogatorio. Y víctimas de terror, cayeron en la candidez de creer que denunciando al sargento y a los rebeldes Guerra y Valenzuela como traidores y secuestradores de las armas del grupo, por ese solo hecho sería olvidada la pena que sobre ellos pesaba por dejarse desarmar. Y creían, además, que hasta serían honrados quizá por no haberse plegado al enemigo. Pero, como a menudo ocurre, hablaron y erraron, y a medida que hablaban, la golpiza arreciaba, y así acabaron revelando lo poco que sabían e inventando todo lo que podían imaginar.

Entre tanto, desde el cuartel, un presuroso escuadrón jineteando parejeros exclusivos de la oficialidad, se largaba en dirección al Ybyty. Era llegada la hora de acabar con el bandolerismo camuflado. Andando a tendido galope, los nuevos punidores iban seguros y resueltos a dar una gran sorpresa, anticipándose a cualquier prevención que pudieran tomar

los maleantes. A la cabeza galopaba el teniente Pío, famoso por embarazar a cuantas mujeres incautas encontraba. Alzó un tanto la visera y dijo:

-Esta vez, las ratas del Ybyty van a saber quién soy. ¡Les haré tragar el naco, hijos de perra!

A un par de horas de marcha, cruzando Perulero a campo traviesa, por una de esas casualidades que hartan las historias, la columna de jinetes topó inesperadamente con dos tipos que yacían tumbados como muertos, y resultaron ser los soldados Arturo Guerra y Luciano Valenzuela.

Así, la sorpresa comenzó siendo para éstos, la sorpresa de levantarse a latigazos, pasando a compartir desde ese aciago momento el peor castigo debido a la indecisión. La luna había vuelto a salir, y además, amanecía.

Enterado por los dos prisioneros de que los insurrectos entraron en posesión del selecto armamento proveído por el traidor Cardozo, el teniente Pío, terror de los barrios pobres en noches de requisas y violaciones, dióse por satisfecho con los cautivos cobrados, y ordenó a la columna emprender la vuelta. La ventaja que los montoneros tendrían ahora sobre ellos en manera de armas era suficiente razón.

Trotando a la par de la caballería, iban los cautivos amarrados como reses, mientras gritos y latigazos mezclados a las voces del alba se licuaban en el aire húmedo de la llanura.

El viaje del regreso fue desmesuradamente rápido. Todavía el mate cocido estaba caliente en los tachos cuando ya el cuartel se llenó de traqueteos y voces excitadas por el arribo de los capturadores y capturados.

Todos llegaron a tiempo para participar de la cocideada, excepto los semi-muertos Guerra y Valenzuela. Para éstos, interrogatorio hasta el desplome, y una vez desplomados, el calabozo.

En celdas de dos por uno, sin camastro ni letrina, también yacían sus antecesores, los primeros en llegar luego de ser desechados, revolcados entre excrementos. Los nuevos cayeron como sacos, ambos igualmente molidos a palos, en cuerpo y alma. Y ya sepultos en esos calabozos, todavía cargaban con el montón de absurdos envueltos en la telaraña de sus repugnancias. Hablaban solos, sin que ninguno pudiera ver a ninguno. Hablaban de atrocidades que no hubiesen tenido lugar si el aparato insurrecto no funcionase tan asquerosamente. Un grito magullado se preguntaba quién es el responsable. Y otro grito - del mismo-, vomitando sanguaza en la hedionda oscuridad, respondía:

-¡Zenón Cardozo, carajo!

Descalabrados y tumefactos, porfiaban por desenredarse y se enredaban, se empantanaban, se hundían. Y finalmente, pasada una eternidad, se hundieron en un infierno de fiebre. Junto a ellos, tabique de por medio, mudos, tiesos, muertos de sed, hambre, calambres y total desesperanza, yacían los primeros, los informadores. Aunque nadie

podiera ver a nadie, Lucho los veía en su delirio, clavado de culo en el fondo de su desplome. Arturo desvariaba y maldecía. Hechos terribles, como remotamente surgidos de algún macabro texto, le revolvían el asco que lo intoxicaba. Impulsos de dolor y repulsión le empujaban la sangre hasta el cerebro. Y, entre castañeteos, escupía el odio metido en sus entrañas.

De pronto, un grito estalló en medio de la negrura. Un grito real, aterrante, logró sacudir el sopor en que Lucho estaba inmerso. Pero su despertar no pasó de un agónico forcejeo, doblegado al punto por la fiebre. Sin embargo, aún sumido en la inconciencia, mascullaba de tanto en tanto amargas imprecaciones que morían sofocadas entre las piedras de los muros.

Ninguno hubiera podido saber cuántos días y noches transcurrían entre tanto, puesto que en esos calabozos contruidos en un túnel era pura y corrida tiniebla hedionda y húmeda. Nada, empero -ni las infecciones ni la fiebre ni el delirio-, les extinguía las ganas de vivir. Además, manos anónimas, en medio de la oscuridad, les alcanzaban galletas y tragos de agua que obraban el milagro de la pervivencia.

Y con el correr de ese tiempo sin medida, lenta e increíblemente, comenzaron a sentirse aliviados. Poco a poco se le insinuaban los sentidos. Y la conciencia, obstinada, doliente, resurgía de ignoradas regiones del ser. Paradójicamente, la fiebre había vencido a las infecciones, y la energía vital de la juventud lograba en ambos la paulatina regeneración. La piel muerta a golpes se les desprendía y otra nueva dolía debajo. ¡Comenzaban a sanar!

Inmediatamente, como primer síntoma de razón, renacían en ellos angustiosas preguntas: ¿vendrían a rescatarlos o los dejarían acabar allí? A decir verdad, no se los olvidaba. En efecto, tan pronto cicatrizaban sus heridas, iban a ser interrogados por enésima vez, con ayuda de nuevos y eficaces adminículos recientemente donados a las instituciones encargadas del orden por excelentes amigos del gobierno.

Pese a que nada sabían acerca de supuestos planes de la subversión, e ignoraban totalmente los pormenores del movimiento, esos soldados constituían sin embargo importantísimos elementos que debían vomitar nombres, conexiones, objetivos sediciosos y etcétera, etcétera. E interín padecían sin esperanza, en Loma Verde menudeaban las novedades, aunque ninguna relacionada con la mísera vida de los presos del cuartel. Solamente a varias leguas de distancia, en la selva del Ybytyruzú, tenía lugar una tensa reunión cuyo principal tema los involucraba. El montonero Pitín, que acababa de volver de una difícil misión al norte revolucionario, se mostraba a punto de perder su habitual templanza al ser informado sobre el desarme y abandono de los conscriptos luego de ser utilizados por Zenón Cardozo.

Al partir hacia el norte, había dejado precisas instrucciones que limitaban los movimientos de la montonera a lo estrictamente programado, razón por la cual, a pesar de que nuevas gentes llegadas de la ciudad informaran acerca del apresamiento y apaleamiento de los conscriptos en cuestión, los insurrectos prefirieron esperar la vuelta del viajero para luego emprender el rescate.

Rojo de sol y de ira, Pitín aseveraba:

-Egoísta y estúpidamente, Zenón Cardozo ha cometido una atrocidad imperdonable. Ha puesto en manos del enemigo a los mejores elementos con que contábamos dentro del cuartel...

Entre la maraña selvática de la cordillera, un centenar de personas -incluso mujeres, niños y ancianos-, escapando del terror desatado contra familias enteras, acampaban en espera del hipotético regreso a los hogares. Peor que en todas las guerras intestinas de otros países, en el nuestro, desgarrado por la iniquidad, los partidarios civiles del movimiento armado padecían aún más que los propios combatientes. Legiones de fugitivos, impedidos en su afán de alcanzar la frontera, iban a parar al Ybytyruzú. Los montoneros les daban protección física y la naturaleza se encargaba de que no muriesen de hambre.

Rodeado por esa masa humana desarraigada y angustiada, y de los hombres armados que sumaban como cuarenta, Pitín continuaba:

-Propongo que este problema sea resuelto con la participación de todos. Se trata de una operación de conciencia. Se trata de reparar un grave daño causado a un grupo de amigos y colaboradores. Esos muchachos tenían que haber estado con nosotros en este momento, pero debido a la brutalidad de un sargentillo, los están torturando, y debemos rescatarlos antes de que mueran. Para esta operación contamos con dos formidables aliadas: la rapidez y la sorpresa. Para los milicos, nosotros somos bandoleros, vivimos del pillaje y apenas somos capaces de asaltar comisarías de campaña. Ellos no nos esperan en su guarida. Y piensan que, una vez completas sus informaciones, liquidarnos habrá de ser un juego de niños. Para obtener esas informaciones, en este momento están atormentando a nuestros amigos, esos soldados a quienes Zenón Cardozo mandó a que cayeran prisioneros. Y bien, concretamente, propongo caerles encima esta misma noche, aprovechando que los señores están ocupadísimos con sus cautivos, y además, muy preocupados por la inminente caída de la capital en poder de los revolucionarios del norte. Propongo finalmente una ejemplar sanción para el responsable intencional de la caída de esos muchachos: que el sargento Cardozo actúe como punta de lanza durante el ataque, que sea el primero en pisar el cuartel y lave con su sangre la sangre de los compañeros enviados por él al suplicio.

Elocuentes voces y puños en alto le respondieron. Parecía unánime el apoyo, e innecesario que la ponencia fuera votada. Y más aún, para sorpresa de todos, el hasta entonces acusado y cabizbajo Zenón Cardozo, elevando los puños crispados, prorrumpió con voz llorosa:

-Juro por la sangre de mis padres y mis hermanos muertos que he de cumplir y he de ser el primero en entrar... y si me salvo, ya no he de ser el sargento Cardozo sino el compañero Cardozo.

Ira y coraje se le agolpaban dentro del pecho a punto de estallar. Por primera vez, la voz plena del hombre de pueblo le surgía trémula de la boca. Y un silencio profundo, respetuoso de la compunción que traducían sus palabras, duró un largo minuto, hasta que,

de pronto, cuando ya todos habían dado su aprobación, un tal Giménez, ex militar con influencia sobre algunos de los presentes, pidió la palabra:

-Tengo entendido -empezó diciendo- que aquí se ha elaborado un plan de acción. Yo he cumplido mi parte asaltando la comisaría de San Javier, con éxito, y facilitando así el trabajo de Zenón Cardozo, que también cumplió su parte, aunque no lo hiciera del modo más correcto, pero cumplió. Ahora falta la tercera parte del plan, la más importante, porque de ella depende que tengamos recursos para seguir la lucha, me refiero a dinero, porque ninguna revolución se puede ganar sin dinero... ¿Por qué no cumplir entonces esa tarea fundamental? El apresamiento de unos conscriptos, acostumbrados por otra parte al calabozo y al teyuruguay, no debe distraernos de un objetivo que es vital. Aunque parezcan muy humanos y fraternales los sentimientos del joven comandante Pitín, yo me opongo a la operación que nos propone. Me opongo por ser fruto de su inexperiencia, por violar un acuerdo votado en asamblea, y por ser, desde el punto de vista militar, un disparate. Ni el comandante Pitín ni nadie tiene el derecho de mandarnos a medio centenar de montoneros a la muerte. En cambio de semejante aventura, que puede ocasionar la extinción total de nuestra montonera, propongo enviar un grupo de comandos, cuatro o cinco hombres solamente, armados de cuchillos y armas cortas, y encabezados por Zenón Cardozo. Él conoce mejor que nadie el terreno y ha de encontrar la forma de rescatar a los presos, tal vez sin un solo tiro y sin ningún ruido.

Cuando Giménez acabó su discurso, todos estaban mudos. Hondo, sin duda, calaban sus argumentos. Todos callaban porque, pensando objetivamente, el riesgo era real. Nadie tiene el derecho de mandarnos a la muerte, había dicho, y no inventaba. No obstante ello, Pitín, que lograba mantenerse calmo, contestó con la mayor naturalidad posible:

-Y bueno, ya escucharon al «capitán» Giménez -lo dijo con algo de sorna-. Yo reitero mi punto de vista. Propongo nuevamente que ustedes, todos ustedes, con entera libertad, resuelvan si es o no justo que llevemos a cabo el asalto. Y agrego ahora que lo haremos tomando en cuenta los siguientes objetivos: primero, la libertad de los compañeros presos; segundo, infligir a los milicos torturadores una derrota cuya repercusión política habrá de ser decisiva; y tercero, apoderarnos del cuartel y borrarlo del mapa. Los que estén de acuerdo conmigo, que levanten la mano.

Hasta ese instante, Giménez contaba con la segura adhesión de una veintena de amigos por lo menos, y se asombró al no ver más que media docena de brazos caídos. Una selva de puños en alto lo desaprobaba. Y Pitín, un tanto nervioso pero mordaz, continuó:

-Bien, compañeros, los felicito por la decisión. Y en vista de que el «capitán» Giménez no comparte lo resuelto, lo propongo como encargado de las mujeres, los niños y los ancianos que quedarán a esperarnos aquí mientras dure la operación.

Un rumor de risas hostiles y rechiflas colmó la indignación del militar en desgracia. Y ya se retiraba mascullando gruñidos obscenos cuando Pitín lo llamó a platicar en privado.

-Usted se equivocó al proponer una expedición de cuatro o cinco hombres -le dijo-. Hubiera dicho cuarenta o cincuenta. La diferencia es irritante. Se le notó la hilacha, «capitán». Debió tener más cuidado.

A partir de ese momento, Giménez buscó la soledad. Los únicos aliados que al parecer le quedaban, viéndolo muy abatido e intratable, se alejaron de él.

Al anochecer hizo su cama sobre unas rocas, y en tanto simulaba dormir, espiaba los trajines de sus oponentes. Desde donde estaba podía entreverlos moviéndose a la luz de precarios faroles, en una confusión de barbas y follajes, mientras ultimaban los preparativos de la partida. Podía incluso reconocer en algunos rostros hirsutos y sombríos a sus ex-amigos, comenzando a sentir en el aire que respiraba un olor a desprecio.

Algo tramaba en su soledad. Su derrota frente al tipo cuya jerarquía desdeñaba lo indisponía horriblemente, no pudiendo conformarse con la idea de tener que aguantar en espera de alguna nueva y dudosa ocasión para el desquite. Agazapado tras una pasividad en él impropia, algo ocultaba, consiguiendo no obstante lo creyesen realmente dormido. Pero cuando, bien entrada la noche, los otros iniciaron la marcha, quedando él en una posición ridícula, no pudo más. Se levantó de un salto y gritó:

-¡Se van para morir!

Lo hizo sin pensar. Pero lo hizo. Mas sólo el eco de la selva dormida le respondió, y entonces, ante su propia necedad, quedó perplejo.

Los insurgentes partían dentro del mayor sigilo. Aunque en la selva los problemas de la marcha eran mínimos, nadie debía hablar salvo que fuese muy necesario. Luego, saliendo al campo, al silencio se sumaron los camuflajes, quedando la columna convertida en una procesión de sombreros a la brumosa luz de la luna. A poco dejaron la carretera. Cargando la severa determinación que los animaba, enderezaron camino abriéndose paso a través de llanos y marañas, a lo largo de las cinco leguas que distaba Loma Verde, siguiendo un derrotero trazado solamente por el designio que obedecían.

El cuartel estaba ubicado hacia el lado norte del poblado, debiendo cruzar antes de llegar a él un chato y extenso caserío diseminado hasta casi la entrada, un barrio de prostíbulos, egregia feria del amor al amparo de las armas.

Lo cruzaron con sumo cuidado, procurando evitar, entre otras cosas, el ataque de los perros, los muy peculiares amigos, feroces delatores en ocasiones, y prolíficos en exceso cuanto más pobre el barrio. Pero esta vez, inexplicablemente, parecían esfumados de común acuerdo. Ni un solo ladrido se dejaba oír. Tal vez la atmósfera oliente a peligro los había ahuyentado, o tal vez en aquel barrio no existiesen perros obedeciendo alguna original orden superior. Lo cierto es que en aquella madrugada sombría, la rara ausencia dejó vía libre a los huéspedes que así penetraron sin problemas en la zona militar.

Zenón Cardozo, punta de lanza, aferrando la liviana como si fuera su propia vida, avanzó achicándose cuanto podía. Pese al inminente amanecer, una quietud extraña

dominaba los puestos de guardia, el comedero y las cuadras. La claridad violácea que subía por el lado de la cordillera mejoraba entre tanto, paulatinamente, la visibilidad, permitiendo escudriñar todo el vasto predio desértico. Un pensamiento, como un soplo helado, se le cruzó a Zenón: «Emboscada». Pero continuó, el dedo en el gatillo, la minuciosa inspección. Y finalmente convencido de que en realidad nadie quedaba allí, decidió dar media vuelta.

-Está todo vacío -susurró al reaparecer junto a los demás-. Ni un soldado, ni un caballo. Parece que se fueron.

Pitín reflexionó un instante. Luego dijo:

-Se marcharon a defender al gobierno. De allá no volverán. ¡Adelante! Los presos estarán en los calabozos.

En esos precisos momentos, el capitán Giménez, que había dejado el Ybytyruzú apenas partieran los montoneros, porfiaba férreamente por cumplir su propio plan. Siguiendo la carretera que los otros habían descartado por insegura, hizo el trayecto hasta Loma Verde en tiempo récord, logrando anticiparse a los insurgentes por casi una hora. Llegó al cuartel resuelto a denunciar la inminente carga de los montoneros y ofrecer su adhesión a la fuerza leal. Obviamente, de esa manera buscaba la indulgencia de la superioridad y su eventual reincorporación al servicio activo. Pero, para su gran sorpresa, en el cuartel se encontraban solamente un sargento dormilón y un grupito de reclutas. Giménez, muy azorado, preguntó.

-¿Qué ha pasado aquí?

Para el sargento, Giménez era un desconocido, pero su voz mandona lo convenció:

-Se fueron... -bostezó.

-¿Se fueron? ¿Adónde?

-Al revolución. Tarán toavía en l'astación. El tren no pita.

-¿Y ustedes, qué hacen aquí? ¡Váyanse! Los montoneros vienen a matar a todo el mundo...

Fingiendo autoridad, tomó el único caballo que había en la cuadra, tomó una jerga, un bocado, unas espuelas, montó y salió atacando brutalmente los ijares del animal.

La estación distaba más de media legua cruzando el poblado en diagonal. Giménez prefirió las orillas pedregosas, quizá por seguridad. De pronto, una breve pitada con falseta le frenó al galope. «¡El tren!» -gimió. Y reanudó la carrera hundiendo espuelas, aunque ya sin esperanzas de llegar a tiempo. Pero la pitada resultó no ser del tren. Un viejísimo camión de carga cruzó la calle repitiendo el bocinazo. A Giménez le volvió el aliento.

Para entonces, ya el sargento y los reclutas habían evacuado el cuartel, y al rato arribaban los montoneros.

Con un ligero vistazo al mapa era posible ver al destino decidiendo el curso de la revolución. Los del norte, logrando burlar a las tropas leales -muy a pesar de las rotundas desmentidas de los medios de difusión-, pisaban los lindes de la capital. Los bisbiseos de sus partidarios ahora se volvían gritos. El triunfo era inminente.

Desde los gabinetes de la telecomunicación oficial, no cesaban las llamadas a los agentes y enviados especiales del gobierno urgiendo la ayuda exterior que debía serle proporcionada según los términos de un reciente tratado regional. La asistencia militar se demoraba, el nerviosismo se tornaba patético, y numerosos funcionarios con mayor carga de culpa o miedo alzaban vuelo anticipado a través de la frontera. Resultado: el aparato administrativo acusaba síntomas de parálisis y empezaban a faltar elementos de confianza para los menesteres de la defensa. En síntesis, la situación era grave.

Y fue en esa circunstancia que un aparato del sistema radiotelegráfico -aún libre del sabotaje que ya sufrían los otros medios- entró a repiquetear frenético en plena medianoche, recibiendo y repitiendo una emergencia dirigida a todas las unidades militares del interior: «Concentrarse de inmediato en la capital a la orden del Comando en Jefe».

Ante tan vehemente S.O.S., el regimiento de Loma Verde se puso en marcha, dejando sólo una precaria guardia de reclutas y un sargento medio tolondro. Los presos quedaron donde estaban, ignorantes de todo, esperando absolutamente nada.

Esa madrugada, los lomaverdeños encendieron los faroles más temprano que de costumbre debido al traqueteo de las tropas en marcha, preguntándose excitados unos a otros qué estaría sucediendo para que los milicos se pusieran tan activos. Y un par de horas después, los montoneros, inesperadamente dueños de casa sin un solo disparo, recorrían las calles con gratuitos aires de vencedores. Los presos, ya en libertad, eran hospitalizados para su tratamiento médico. A la salida del sol, un improvisado festejo popular comenzaba en el centro de la ciudad. A las siete, la multitud llenaba la plaza. Frente a la ya ocupada Delegación Civil, una masa de jóvenes de pronto reaparecida en público entonaba estribillos. La rebelde Loma Verde saludaba al día cantando a la libertad.

Entre tanto, en la estación del ferrocarril, un decrepito tren de carga atestado de verdeolivo aguardaba desde hacía dos horas la señal para partir. Sucedió que el telégrafo, de repente interrumpido, paralizaba el tráfico. Dentro de los vagones, un apestante tufo, mezcla de humores de la soldadesca, se caldeaba con el rumor creciente acerca de un probable sabotaje a las vías. Los más miedosos empezaban a escupir augurios entre puteadas. Había quien rabiaba titubeando entre si llegaba a destino o desertaba en la primera ocasión. Había quien ocultaba en las tripas el propósito de llegar y pasarse a los insurrectos. ¿Por qué demoraba la partida? Los soldados proferían obscenidades y orinaban desde las puertas corredizas excediéndose en ostentaciones frente a mujeres llorosas que llegaban en plena madrugada con hatos de comestibles, enteradas de la partida de algún familiar allí atrapado en la maraña humana. Quien menos, quien más, disfrazaba con groserías a gritos el miedo que indisponía sus órganos. «¿Dónde mierda está el jefe de la estación?». «¿Por qué carajo no sale el tren?»...

Finalmente, la comunicación, tan de golpe como se había cortado, se restableció. El telégrafo entró a castañetear los puntos y rayas de un paralizante comunicado. Los revolucionarios, ya a un paso del poder, acaban de sufrir total desbande. Decía el comunicado: «Aplastante victoria del gobierno legalmente constituido... Todas las unidades del interior suspendan partida de tropas hasta nueva orden... Deténganse donde se encuentren y esperen confirmación».

¿Qué había pasado para que tan drásticamente cambiara la situación? Pues, era simple: una generosa ayuda militar había llegado por fin de parte de uno de los gobiernos amigos, y las nuevas y supermodernas armas barrieron rápidamente la penetración insurrecta, cuyos componentes, principalmente los conductores, emprendieron veloz fuga.

Tras el anuncio, ampliado por el altoparlante de la estación, quedó entre el tufo de los vagones un ascoso zumbido de moscas verdes, oriundas de aires corruptos.

La turba permaneció apiñada en las enormes puertas corredizas, tiesa como en unas jocosas fotografías, pendiente de la maldita nueva orden, la que recién al cabo de una eternidad comenzó a bipbippear: «Atención, atención todas las unidades del país. Comunicado anterior confirmado. Permanecer respectivas bases. Iniciar operación limpieza. Y recuerden: los que no están con el gobierno, están contra el gobierno».

Silencio. Volvió el zumbido de moscas desovando incertidumbre en la atmósfera del aturdimiento. La tropa, que estaba paralizada, comenzó a descender dando saltos y tumbos. Deshecha la misión, amén de penas y respiros, toda suerte de maldad animal se dio lugar, traducida en patadas, empujones y culatazos, desahogos quizá, triste reacción de la bestia frustrada.

En ese confuso momento, el ex-capitán Giménez apareció. Trotaba de a pie, vociferando:

-¡Los montoneros llegaron! ¡Atención! ¡Los montoneros están en Loma Verde!...

El caballo se le había mancado galopando entre las piedras. Por eso llegaba a pie. Lo apresaron y condujeron ante el comandante, quien, en ese momento, emprendía el regreso a la casa con el alivio que la pronta paz otorgaba a sus intestinos deshechos por la hemorroide. La chaqueta, desabotonada, le quedaba como ropa ajena. Al reconocer a Giménez, ex-camarada con hábitos de libador y mano ligera, ordenó le soltaran las manos. El sujeto insistió entonces:

-¡Los montoneros están en Loma Verde, mi comandante! Creo que ya habrán ocupado el cuartel.

El jefe, aparentemente poco preocupado por el anuncio, se le aproximó tratando de pescarle olores. Giménez estaba sobrio. Entonces, le estrechó la mano, le dio palmadas en el antebrazo y se sonrieron.

-¡Caramba! -le dijo-. Su importante servicio puede ayudar a rehabilitarlo. Nunca, desde luego, pude acabar de creer que un ex-camarada mío se hiciera bandolero. Más bien, trataba de convencerme de lo que ahora me demuestra. De modo que se fue con ellos para luego, oportunamente, entregarlos. ¡Pero qué bien! ¡Muy bien! Ahora, señor entregador, usted nos mostrará el camino. Iremos al encuentro de esos bandidos con usted a la cabeza...

Un amago de risa que bien podría ser un eructo fue la yapa. Giménez quedó sin habla. Tanta similitud surgida de pronto entre la suerte suya y la del otro falsario, el sargento Cardozo, lo pasmaba. A ambos por igual, la fatalidad los convertía en estulta carnada.

Marchando delante de la tropa, contrito por los errores cometidos, tal un reo yendo al patíbulo, se dejó invadir la mente por una amarga retrovisión de los últimos oscuros años de su vida: ex-combatiente lisiado y hecho un globo de supuestos méritos de guerra, había logrado prenderse sucesivamente de la cola de pequeños encumbrados, llegando de ese modo al triste día en que su padrino de turno, al resbalar en una de las peores inmundicias del régimen imperante, lo arrastró consigo en su desplome. Desde entonces, embadurnado primero con las bostas del cuatrерismo y salpicado por último con gratuitos motes subversivos, padeció tenaz persecución. Prófugo, pues, y malviviente, no encontrando más retretes donde esconderse, arrojó su embarrado uniforme de reservista y buscó asilo en la montonera.

Allá, el clima se le hizo ciertamente más grato. De entrada cautivó a mucha gente con sus hazañosos relatos. Por fin hallaba descanso, sin la pesadilla del «yaguaperó» pisándole los talones. «Gente desalmada», ¡claro!, buscando asesinarlo debido tan sólo a sus ideales de justicia...

Había logrado convencer al propio Pitín, el muy inteligente, que no solamente lo admitió como si fuese un igual, sino, además, le dio la oportunidad que buscaba para familiarizarse con el grupo. Al poco tiempo, habiendo conseguido le asignaran la operación «San Javier», pudo demostrar su respetable idoneidad en materia de asaltos. Por otra parte, ya venía dando pruebas de cuán sufrido era, como el mejor; de cuán respetuoso con las mujeres y paternal con los niños. En suma, su imagen resultaba la de un señor capitán digno de entera confianza. Pronto consiguió quienes lo rodearan con una suerte de simpatía que bien pudo haber significado su promoción. Capitalizarla era cuestión de tino, nada más. A corto plazo, al capitán Giménez tenían que reconocerle su «clase» de conductor. En esa dirección transitaba.

Días más, y ya con marcado aire de solvencia, opinaba acerca del movimiento que, según bien conocidos principios, debía estar comandado por dos hombres, por lo menos. «Estos -aseveraba- deben consultarse y asesorarse, y ante cualquier emergencia, ambos deben estar listos para seguir adelante con igual responsabilidad y conocimiento de planes y problemas. Imagínese que el comandante Pitín se muriera; alguien tendría que ocupar su lugar, y para eso tendría que estar bien preparado». ¡Cuánta razón!

La idea cobró rápida fuerza, y en la primera consulta realizada luego, el punto fue tratado con energía. Y en vista de que ningún candidato había mejor dotado que Giménez, una inevitable mayoría lo consagró segundo comandante de la montonera. Días gloriosos

aquéllos. Giménez iba llegando a donde se proponía. Desde ese puesto ya podía disparar toda su arteria. Y, en efecto, a partir de ahí presionó a Pitín buscando y hallando errores en cada cosa que hacía o decía. Deliberadamente, su afán era disminuirlo delante de todos. Por último sobrevino el malhadado caso de Zenón Cardozo, y en ocasión de tratarse sobre el disparate que éste había cometido, el capitán se propuso ridiculizar al comandante. No pensaba que la indignación contra Zenón se hubiera generalizado tanto, hasta el punto de dejarlo hablando solo. Pensaba sí que si no acababa con él, probablemente los montoneros lo marginaban, y esa humillación suya habría constituido el mejor triunfo para su maldito contrario. Por eso se arrojó con todo en su contra, resuelto a derrotarlo en esa reunión. Y fracasó. Y fue objeto de burla.

Zancajeaba sudoroso delante de la tropa, en tanto le zumbaba en el oído la ironía sangrienta de su ex-camarada: «¡Muy bien, pero muy bien! Ahora, señor entregador, usted nos mostrará el camino. Marcharemos al encuentro de los bandidos con usted a la cabeza». Y allá marchaba Giménez resignado a ser el primero en morir en el encuentro con los montoneros. Pero, para su sorpresa, en el desarrollo de una repentina operación tenaza acometida con sumo sigilo y rapidez, gracias, por cierto, a su «importante servicio», al decir del propio comandante de regimiento, éste, sin embargo, inexplicablemente, lo dejó al margen de la maniobra. Abierta la tropa hacia los flancos con vistas a triturar al enemigo, Giménez se encontró de pronto solo, matando mosquitos. Mas no se amilanó. Pensando en las ventajas que pudiera lograr si figuraba entre los ganadores, siguió adelante, si bien ya no a la cabeza, por lo menos a la cola. Mejor aún para él.

En Loma Verde, la multitud eufórica festejaba la victoria. Y los montoneros, envueltos en el entusiasmo de la población rebelde, lo compartían todo, como si el triunfo fuese real y consumado. Hasta entonces, ninguno de ellos estaba enterado del desastre sufrido por los revolucionarios en los alrededores de la capital. Tanto ellos como los lomaverdeños esperaban se produjera en cualquier momento el gran anuncio a la nación. Llegado ese sublime momento, las estaciones de radio, mudas desde la víspera debido a la desertión de los operadores, lanzarían al aire, con himnos y vítores, el mensaje de la libertad.

Y en medio de esa total embriaguez, súbitamente, un espantoso fuego de piripipies llovió desde el tejado de la iglesia sobre el júbilo agolpado en la plaza. Sólo Dios podía saber en qué momento, aprovechando el embeleso de la gente, habían logrado los verdeolivos introducirse y subir a instalarse allí. Al minuto, el grueso de la tropa entraba sembrando plomo, y el estupor estallaba en pánico. Hombres, mujeres y niños corrían aterrados en estéril búsqueda de algún refugio. Un tropel desesperado pugnaba por lograr el amparo del templo. Rebeldes y leales disparaban en medio de completa confusión, matando uniformados y civiles por doquier, atrapados todos y trezados en una masacre dantesca. La hermosa Loma Verde, que amaneciera de fiesta, estaba de pronto anegándose con sangre inocente. Manos elevadas en clamor al Todopoderoso caían tronchadas a metrallazos. La matanza se prolongó durante todo el resto del día.

Al crepúsculo tornó el silencio con un vaho lardoso que pesaba en el aire. Ninguna voz, ni siquiera un gemido intentaba evacuar la fosa del pavor. Oscurecía cuando, en lo alto de una de las lomas donde se había definido el último combate, el ex-capitán Giménez apareció merodeando entre los muertos en búsqueda de alguien. Hablaba solo. Todavía le

costaba creer que estuviese con vida. «¡Vaya suerte!» mascullaba emocionado, «y pensar que estaba condenado a ser el primero...». Fue cuando sintió detrás suyo un ruido de cerrojo y una voz que le decía:

-¡Traidor Giménez, defiéndase!

Y Giménez apenas tuvo tiempo para disparar. Los estampidos ahogaron las palabras, y ambos contendientes quedaron tendidos entre los numerosos cadáveres.

Las pérdidas leales eran cuantiosas. De los montoneros quedaron solamente los que habrían de contar el cuento. Estos, ganando las viviendas abandonadas y humeantes, pudieron alcanzar la noche, y escabullirse entonces, envueltos en el luto de la peor derrota. Regresaron a duras penas al regazo de las quebradas para después tomar los temerarios caminos hacia la frontera. Pero la herida mayor, la llaga que no se cura en varias generaciones, la recibió Loma Verde, la que no ha vuelto a reverdecer aún, pese a su nombre.

Concluida la descomunal jornada con el duelo súbito y definitivo entre Giménez y Pitín, el buitre providencial cubrió con sus alas el poblado, sofocando agonías y sollozos subrepticios.

Mientras tanto, las nuevas partidas punitivas ya se sucedían hacia todos los vientos. En las cuadras, las voces de mando retumbaban como estampidos.

Un camión sin luces partió humeando exageradamente, cubrió el centro de gases infernales, atropelló vacas, aplastó perros, y al llegar al tope de la loma, lugar del último cuerpo a cuerpo, paró la furia. Bajaron varios con ametralladoras livianas a inspeccionar los macabros despojos. El que oficiaba de cabeza se desabrochó la braga y estuvo orinando sobre los cadáveres, mientras, con ayuda de una linterna, contemplaba el gran espectáculo. Sus ayudantes zancajeaban de un lado a otro husmeando como auténticos mastines, en una infructuosa búsqueda. Y minutos más tarde, el mismo camión atravesó el centro nuevamente, con la misma furia. Al arribar a la unidad, uno saltó de la cabina, se metió en el cuartel hasta el fondo donde se produjo el siguiente diálogo a gritos:

-¡Permiso, mi comandante! ¡No están entre los muertos, mi comandante!

-¡Búsquenlos casa por casa y mátenlos!

A partir de ahí, las bayonetas y culatas entraron en acción. Las puertas, todas manchadas con la sangre y las heces de los que trataron de hallar refugio y yacían despatarrados por todas partes, fueron destrozadas una tras otra. La sangre y las heces lo habían impregnado todo, metiéndose hasta en las almas. Las humanas palabras habían desaparecido ahogadas en ellas. De las bocas no surgían sino ascosidades y maldiciones. Desde el hueco bostero de los cráneos, las heces presidían los memorables actos de la vindicta.

A las siete del día siguiente, domingo y feria de plomo, los jefes y oficiales vencedores oraban ante las frías piedras del ara mayor, en la misa de acción de gracia que la iglesia,

vestida de negro crespón, veíase forzada a ofrecer, y lo hacía por boca de un hombre sobre cuyas espaldas pesaba una verídica cruz: la pérdida de toda su familia. Se trataba del cura párroco.

Hacia mitad del oficio, el hombre no pudo más. Sofocado por la irreparable ausencia de Dios en el ámbito sacro, interrumpió la misa, subió al púlpito, y en lugar del sermón ritual, exclamó con entera emoción y dolor:

-¡Dios santo, perdónalos aunque bien saben lo que hacen! ¡Perdón y paciencia, pueblo de Loma Verde!

Bajó del púlpito y se marchó. Según testimonios, aquella fue la última misa por él oficiada en público. Y ningún comentario mereció de los medios de información su misteriosa desaparición ulterior.

Al atardecer, un secreto susurro se deslizaba por entre los velos ensopados de lágrimas, dando cuenta de dos capturas: la de un sargento apellidado Cardozo, sumariamente ejecutado, y un concripto, Valenzuela, cuyas graves dolencias -que lo mantenían inmóvil en un hospital abandonado- no impidieron que lo maniatasen con alambre de púas y fuese pateado y arrastrado por las calles desérticas, bañado en sangre, hasta llegar a la prisión.

A la noche continuaba el susurro: el infeliz Valenzuela aún vivía gracias a la extrema gravedad que no le permitía levantarse para ser fusilado, previos el despojo, el rapaje a cuchillo y otras acciones propias del momento.

En cuanto a la suerte corrida por el otro desaparecido, Arturo Guerra, mejor sería no mencionarla por ahora, no sea que ciertos pobres indagadores, al tomar éste por verídico relato, cayesen en una pista falsa, sufriendo luego, al epílogo, un estéril bochorno.

Continuando con Valenzuela, por cierto, no lo llevaban a cumplir, como otrora, su recargo de años por evadir la obligatoria joda militar. Las cosas -como solía decir doña Flora, madre del prófugo condenado a muerte en ausencia- a veces cambian, aunque no siempre para bien. Así, sucesos que en anteriores épocas habrían resultado espantosos, ahora no pasaban de meras niñerías. Incluso para Luciano Valenzuela, precoz beodo, antes era la desgracia extrema caer en prisión. Ahora, ¡Santo Dios!, caer preso, aún siendo probadamente honrado, era lo mínimo que a uno le podía suceder.

El número de presos crecía constantemente. Hora tras hora ingresaban caras amoratadas, ojos ensangrentados, bocas partidas y vueltas a ser suturadas por el terror.

En pocos días, el hediondo corralón estaba atestado, haciéndose difícil encontrar tan siquiera un sitio donde acostarse. Al hacinamiento se sumaban los orines, bostas y esputos que cubrían la tierra del piso, donde se atiborraban moscas de todos los colores y tamaños. En el agua del pozo pululaban gusanos, pero morir deshidratado era peor. Y, completando el cuadro, a poco cayó la peste.

Al comienzo, el súbito incremento de las muertes fue atribuido al alcohol gomalacado con que los delincuentes comunes se intoxicaban, además de emplearlo en dudosas artesanías o cambiarlo por migajas a los no comunes. De repente, el mortífero morado de la gomalaca comenzó a cubrir la piel ya no sólo de los bebedores del líquido de lustrar sino de cualquiera de los presos. Con dos o tres calenturas de hervor, la víctima quedaba fulminada. La masa de presos, y aún los cancerberos, temblaban propiamente cagados a la espera del síntoma fatídico.

Fue en ese medio que la tenaz agonía de Valenzuela se tornó de pronto violenta. Hasta ratos antes, era el único de apariencia impasible en el revoltijo delirante. Clavado el trasero en tierra, moría sin expirar. A uno y otro lado suyo caían sus compañeros de cautiverio, hasta que, sofocado por la postrer pesadilla, cayó a su vez, en la hora que él sabía suya.

Se violentó cuando la muerte le zumbó en el oído. Y al tratar de responder mofándose como era su costumbre, quemó en estéril pataleo su última gota de energía, y perdió el hálito.

Tal fue realmente el fin de Luciano Valenzuela, conscripto rebelde condenado a vejaciones y fusilamiento, que acabó muriéndose de muerte natural.

Capítulo XII

A ultranza

Y bien, Arturo Guerra, prófugo y condenado a la pena capital, ¡bienvenido!

Pasados los oscuros años del gran enredo, de nuevo lo encontramos encaramado a la empinada cuesta de los recuerdos, en su barrio de pesadillas, al borde de la Loma Verde, la que no había desaparecido ni cambiado de nombre, continuando de cara al mítico Ybytyruzú, de donde nacen el agua y el viento, y bajo cuya magia sigue el pueblo rumiando esperas.

Y bien, resignada doña Flora, custodia de incesantes añoranzas, de modo que te habías avenido a rezar para que acabara la inacabable ausencia. Extrañas oraciones pergeñabas contra el mal de la soledad, contra el mal de la gente sola entre la gente sola, contra el mal de la gente cuya gente se había marchado en una marcha sin término, en una marcha cuyo fin se ignoraba. Y acaso el milagro al fin se hizo.

Sucedió que una noche, tan alucinantemente, la presencia imposible se le puso ante los ojos desorbitados: ¡Arturo!

Pero aquella imagen distaba de ser la que ella fanáticamente atesoraba en su dolor secreto. Era la imagen de un enfermo de misteriosa enfermedad, precozmente envejecido.

Arturo la encerró en un abrazo sin medida, con apenas una jadeante, desesperada palabra: ¡Mamá!

Y así empezaba un capítulo más en la inédita conjunción de dos historias ensambladas a través de la distancia, las rejas y las fronteras; la historia de una madre que, aún sacando fuerzas de la agonía, permanecía como tantas otras, invariable en su afán de ternura y amparo; y la de un hijo cuyas potencias mentales y físicas venían consumiéndose desde la adolescencia tras una pertinaz pasión: la libertad.

Transcurrida la noche del regreso, la vida amaneció diferente para doña Flora, la que continuaba levantándose con los primeros trinos, como en los denodados tiempos de Puesto Guerra. Ahora, el mate ritual bajo la parralera, paréntesis entre la noche y el día, si bien contenía el presagio de una nueva zozobra, dejaba de ser, por de pronto, su amargo trago de silencio. Aunque un tanto sombríos debido a las raras ideas que perturbaban a Arturo, estaban ahí sentados, conversando, como si lo hubiesen estado haciendo desde hacía treinta años, fijos los ojos a lo lejos, hacia donde, largamente tendidos, yacían el cerro Mymyi, Bolascuá y Perulero, espejismos de pretéritas esperanzas y penurias que envejecían sin borrarse.

A pesar de su renovada aprensión, doña Flora empezó a regresar de su mudez inescrutable. La sola presencia del hijo la animaba. Si bien enfermo, ya sanaría. De eso procuraba estar segura. Acabado el mate, se dispuso a retomar labores abandonadas tiempos atrás, persuadida de que Arturo venía en busca de su ayuda. Echó aceite a la New Home casi tan vieja como ella, y en tanto pedaleaba para ablandarla, de pronto se acordó de cierto trabajo que una vez, el turco don David le había ofrecido. «Dios golpea pero no mata», suspiró, acabando luego en un canturreo bajito, casi ausente.

Días después tenía el semblante despejado, dejando asomar inclusive alguna sonrisa, bien que a veces, inadvertidamente se ensombrecía, y era cuando el enfermo le arrojaba expresiones que la asustaban, pero que ella se obstinaba en reputar sólo meras ocurrencias.

Sin embargo, lo esporádico no tardó en hacerse frecuente, y a doña Flora se le fue trocando la sonrisa en espanto. Arturo, a una semana de su arribo, estaba insoportable. Sus palabras expresaban sólo injurias y violencia. Las lanzaba al rostro de la madre como ladridos, en medio de cualquier plática o sin plática alguna. Pero ella rechazaba de sí la idea de que el hijo estuviera enloqueciendo. Y sin que lo admitiese todavía, una noche, la crisis estalló. Arturo vociferaba zancajeando por toda la casa:

-¡Sesenta guerrilleros muertos, y yo, el único sobreviviente, yo!

Hurgaba por los rincones buscando las armas que había traído consigo a su regreso, y que la madre, previniendo mayores desgracias, había puesto en lugar seguro.

-¡Un arma para matar al asesino, un arma para matarlo! -se desesperaba.

La madre rezaba temblando. De repente, un hombre desfigurado, sin nada parecido al hijo de sus entrañas, en un arranque de ira, le espetó:

-¡Soy el único sobreviviente, vieja! ¡El único, aunque no lo crea! Desde luego, vos nunca creíste que pudiera regresar, ¿verdad? Ya no me esperabas, madre inconstante, ni que fueras una mujerzuela y no mi madre...

-¡Hijo de mi alma! -exclamó suplicante doña Flora-. ¿De dónde sacás que no te esperaba? ¡Años y años te esperé desesperada! ¡Te esperé! ¡Te-es-pe-ré!

Se le trabó el habla y cayó desvanecida.

Ante la evidente demencia de Arturo, acababa desbaratándose la última esperanza de doña Flora. Cuando al cabo de un rato recuperó la lucidez, todavía el hijo braceaba yendo de un lado a otro y gritando:

-¡Claro! Arturo Guerra tenía que haber muerto como todos los combatientes de Loma Verde... ¡Ay, mi Loma Verde, bello cementerio mío, con más habitantes en el cielo que en la tierra! ¡Claro! ¡Esta es tu paz, Loma Verde, tu paz dentro del orden!

Doña Flora estaba inmóvil, como no pudiendo, como resistiéndose a aceptar que Arturo, vuelto por fin a su tierra, estuviese realmente loco.

-Pocos, pobres y sometidos, pero hinchados de fantasía y de historia... -continuaba Arturo, aludiendo en su delirio a la gente de su pueblo-. Yo me iré de aquí. Me iré a juntar los huesos que pueblan las picadas. Me iré al Ybytyruzú. Allá convocaré a los muertos de la montonera y de la Columna Sesenta. Ellos serán la vanguardia de un ejército invencible.

-Allá mandan los asesinos -gimió aterrada doña Flora-. Te matarán como mataron a tu padre.

Pero Arturo no estaba en condiciones de escuchar ni razonar.

-Aquella es la tierra de los muertos -continuó impasible-, y tan mía por ser de mi padre, de mis abuelos, de los que forman la raíz del futuro. La ocuparé y la convertiré en el caldero de la justicia popular. Mi padre jamás soñaría que esa tierra suya fuera la señalada y que su nombre figuraría en la nueva historia...

Doña Flora no podía entender el esotérico discurso. Sólo miraba al hijo y trataba inútilmente de penetrar el misterio de su rostro. Su precario entendimiento se veía sacudido a cada instante. Hubiera querido que las palabras de Arturo sonaran mansas, pero esas palabras no eran otra cosa que la descarga de una borrasca interior tremenda. Ella lo miraba y sólo podía ver en él la terrible determinación de pelear y de matar.

-Por amor de Dios, hijo, desarmará tu espíritu, no continúes en la violencia -le suplicó.

Pero él, fija la mirada hacia la borrosa lejanía serrana, hizo esta reflexión:

-Uno quiere olvidar el dolor de donde vino. Yo no puedo olvidar. Yo vuelvo allá.

Nuevamente, la madre trató de disuadirlo, advirtiéndole que allá nadie lo acogería, que nadie cuidaría de él.

-Tu mal requiere tratamiento serio y constante -le dijo finalmente-. Si no vas al médico, te morirás.

Y Arturo, ajustándose al cinto el arma que por fin pudo encontrar, y echándose un poncho al hombro, concluyó diciendo:

-¿Qué importancia puede tener mi condenado mal? ¿Acaso puede ser peor que el mal que aquí padece un pueblo entero desde hace medio siglo? No te quebrantes, mamá. Al frente del ejército de los muertos, yo seré inmortal...

Y partió. Doña Flora lo miraba alejarse sin poderlo remediar. Permaneció en la puerta con ademanes desesperados, preguntándose llorosa: -¿Será esto una realidad o una maldita pesadilla más?

Las lágrimas le anegaban las múltiples arrugas, en tanto en los oídos le resonaba como en una fosa: «No te quebrantes, mamá». Y ella murmuraba entrecortada: -Palabras, nada más... Paciencia, Dios mío...

Otra vez, doña Flora se negaba a la derrota. Pero aun ella, la plasmada en el cotidiano aguantar, debía admitir que su destino era terminar en soledad su propia historia, afrontando la incesante decepción y tratando vanamente de comprender lo que nadie jamás comprendería.

Al perder de vista el hijo que se marchaba a la lucha sin volverse, con la bata se secó de las mejillas un frío inusual, ya no sólo el frío dejado al paso por la última lágrima, sino por otras tantas a lo largo de su huérfano atravesar la vida. -¡Adiós pedazo de mi alma! -llegó a murmurar antes de que el frío la invadiera enteramente.

A seis meses de aquel día, promediando el invierno de un año infausto, los diarios difundieron profusamente la orden de captura dada en contra de un tal Cuco Valiente, «bandolero refugiado en los montes del Ybytyruzú, vieja guarida de delincuentes, con el fin expreso de reorganizar la subversión ya una vez aplastada por las fuerzas de la ley, para cuyo objetivo, el susodicho 'Valiente' ha lanzado de puño y letra un ridículo manifiesto, evidente mensaje camuflado llamando a sus secuaces a reagruparse en un pretendido ejército invencible, con el criminal propósito de subvertir el orden y la paz que vive la república...».

Sin duda, aquel Cuco Valiente no era otro que alguno de los sobrevivientes de la infortunada lucha, quien, vuelto a las armas, llamaba al pueblo a levantarse. Pero esta vez, el pueblo no respondía. La nueva generación vivía envuelta en un impermeable cascarón de miedo.

A comienzos del año que corría, en la sala X de un hospital de Buenos Aires, conocí a un hombre llamado Arturo Guerra. Rondaba los cuarenta años. Era, neurocanceroso y

enfermo pulmonar, pero su optimismo se veía intacto. Al descubrirme coterráneo suyo, su rostro comenzó a manifestar una real ansiedad de comunicación. Debí compartir esa ansiedad, si bien observando un estricto cuidado en hablar solamente lo necesario. La cura suya fue de pocos días, con tiempo escaso para iniciar un vínculo más tarde preocupante, a medida de los aconteceres. Sucedió que los revolucionarios perseguidos en nuestra tierra lo eran también allá. Y habiendo llegado al hospital una banda de sabuesos con orden de registrar, alguien ducho en materia de vida clandestina dio aviso al enfermo de la sala X. Este sanó de golpe, rompió los cristales de una alta ventana y se esfumó.

Seis meses después, no volviendo a tener noticias de aquel hombre, torné al país. Su imagen, lejos de borrarse de mi memoria, había crecido. A poco de llegar, leí en un periódico la sensacional orden de captura, y tuve un raro presentimiento. El remanido bando policial debía referirse a Arturo Guerra. Desde el momento de mi arribo lo intuía mezclado en el menjunje político-subversivo. Lo olfateaba en la atmósfera asfixiante a la que debía readaptarme luego de años de extrañamiento por amor a todo lo irrenunciable.

Llevado por mi afán de aclarar todas las dudas, me puse al habla con un antiguo amigo, un rebelde sin militancia, quien de entrada me chantó la tremenda osadía de declararse cuñado del perseguido Cuco Valiente.

-Sí, chamigo -me aseguró-, yo estuve casado con la hermana del único sobreviviente varón de la Columna Sesenta, la que, dicho sea de paso, se llamaba así por el número de sus muertos. Cuco nos pudo haber contado lo que allá pasó, pero está loco. En cuanto a su hermanita, mi mujer, la pobre se me murió... de tuberculosis. Desgracia con suerte, chamigo, ya que hoy día no conviene ser pariente de un rebelde tan famoso, aunque sea un loco...

No creí necesario indagar más. Convencido y asombrado ante la extrema supervivencia del neurocanceroso y tuberculoso Arturo Guerra, con profunda emoción, me dije: «¡De modo que se hizo guerrillero y se mantiene con vida!»

Por el mismo informante me enteré de lo acontecido semanas atrás en el pueblo de Ajos, donde Cuco Valiente, de cuya identidad ya no tenía dudas, conducido a su postrer paseo por cuatro matones, los había dominado usando como arma solamente una pala.

-Se la dieron para que se cavara su propia fosa -me dijo mi entrevistado-, y con esa pala, revoleada como un relámpago, los durmió a todos. Luego los desarmó y se hizo humo en el monte.

Andando por las oscuras calles, esquivando bultos reales o antojadizos, al recordar todo aquello, en lo hondo de mi silencio exclamaba:

-¡Conque el único sobreviviente, y qué sobreviviente!

Desde el bochornoso caso de Ajos, mentado papelón de la policía, habían resurgido en los caminos y barriadas verdaderos fantasmas del desaparecido terror nazi, hartos bien interpolados en Loma Verde.

Esa noche, los fantasmas me interceptaban el paso, me palpaban de armas, me seguían amenazantes reapareciendo en cada esquina. Pero yo debía continuar el rumbo trazado por mis ansias de averiguarlo todo.

Ya me marchaba a casa cuando una súbita reflexión me detuvo. «Único sobreviviente varón» me había dicho el cuñado. Y de ello, al recordarlo de repente, entré a colegir que habrían sobrevivientes femeninas, prisioneras acaso, o quizá prófugas como el Cuco.

-¿Qué hacer? -me pregunté.

Y resolví: pues, nada mejor que volver a lo de mi amigo.

A partir de ese punto, siguiendo sutiles hilos, me enredé en la urdimbre interminable de susurros y silencios, intrigas y sospechas, hasta arribar a cierta aceptable claridad. Efectivamente, de la tal Columna Sesenta, totalmente aniquilada en una emboscada, habrían quedado con vida, además del apodado Cuco Valiente, tres o cuatro mujeres, las cuales, hechas prisioneras, fueron repasadas por el primer actor de la tragedia y luego por toda la tropa, siendo por último sumariamente ajusticiadas, mas no colgadas ni fusiladas como unas comunes cautivas sino, una por una, despachadas con un machete «toro» hundido hasta el tope en la vagina.

Aún suponiendo que acaso se tratara de un malvado chisme, el sólo imaginar tamaña crueldad, al más feroz le revolvería las tripas.

Durante semanas, los titulares continuaban ofreciendo pura ponzoña. Mucha tinta costaba a la prensa dirigida la tan excitante cobertura informativa. Mucho asombro causaba la loca temeridad del perseguido a muerte.

Ciertamente, se daba un propicio clima para el debut de las más crueles farsas y para el surgimiento de nuevos héroes espeluznantes.

Ya nadie podía dudar que las razzias -sepultadas en Europa pero vigentes en Loma Verde- no pararían en meros preámbulos. Eran partes de una estructura destinada a erradicar los rumores antidictatoriales causantes de la piel de gallina padecida en las esferas del poder.

Un día de éstos, en un bar del barrio de las residencias, pude captar una plática inesperada. Cierta anciano muy conocido, pateado de la logia militar por su apego a la legalidad, comentaba:

-Sí, señor. El bandolero Cuco Valiente posee armas temibles; posee talento y sentimiento. No es un común bandolero. Dicen que roba en las estancias y reparte el producto a los pobres. Imagínese. Y semejante inspiración parece sulfurar incluso a los más radicalizados del otro lado de la frontera. Vea usted, aquí están (se refería a unas notas aparecidas en el semanario Antorcha que inauguraba sus escarceos libertarios). En primera plana, «Ruptura del vínculo placentario entre el bandolero y la matriz del exilio. El

engendro Cuco Valiente es ahora declarado psicópata por sus propios mentores, revolucionarios de cafetín, que no le perdonan el haber escapado con vida del matadero al que lo lanzaron, y aconsejan se lo trate como a un vulgar criminal, negándole todo apoyo». ¿Se da cuenta? A ésta le sigue otra referente a numerosos elementos expulsados de sus respectivos clanes políticos por conocerseles relaciones de amistad o algún parentesco con el tal Cuco...

-¡Bah, bah, bah...! ¡Cuánta contradicción! -replicó el interlocutor.

-Y más adelante -continuaba impasible el anciano-, un suculento editorial, aquí está: «En tanto los garroteros obligan a la mansa población a meterse en la cama ni bien llega él crepúsculo, la desocupación y los estómagos vacíos conspiran peligrosamente. El pueblo ha perdido incluso las ganas de dormir. Y los rumores subterráneos persisten. Y los ánimos se sublevan pese al continuo ajeteo de la milica en procura infructuosa de cazar al brujo del Ybytyruzú, mientras éste, según sus propios escritos, ha salido a la cabeza de un ejército invencible para fortificarse en algún lugar de Loma Verde y lanzar desde allí su guerra justiciera, la que al parecer ya ha comenzado con el lanzamiento de los conocidos manifiestos...».

-¿Los conocidos manifiestos, dice?

-Pues, ¡claro! ¿No los vio todavía? Loma Verde está minada de esos papeles, textos manuscritos, extrañamente idénticos, todos con la misma letra y los mismos errores.

-¡Es inaudito!

El anciano guardó el pasquín. El tema había dejado de ser novedad, y él lo sabía. Y si aquel hombre demostraba asombro, lo hacía por consideración a su edad, nada más. Eso también lo sabía.

Lo grave era que los escritos, los rumores y los temores mantenían a todos en jaque. Todos estaban atrapados por los reviros de un maniático que ponía en el aire una revolución hecha de papeluchos garabateados. De no ser así, y si hubiera realmente insurrectos, ya alguno habría caído, o al menos habría sido visto y reconocido por alguien. Pero nada pasaba. Sin embargo, esos papeluchos, aunque exageradamente utópicos de contenido, demostraban gran capacidad para aterrorizar al mandón mejor encabalgado. Propuestas tan descomunales como «desenterrar la pretérita gloria del pueblo» o «sepultar la corrupción y el privilegio» comenzaban a contaminar el lenguaje callejero, y eso asustaba. Decididamente, Cuco Valiente debía ser eliminado.

Pero los días pasaban. Las huellas de los perseguidores y soplones que llenaban caminos y poblados desaparecían bajo nuevas huellas, y el publicitado guerrillero fantasma continuaba atizando su hoguera libertadora. Y como humo de gran hoguera, crecían y se propagaban los rumores. Los más afectados por las alusiones propagandísticas se impacientaban. El oficialista El diario comentó en un editorial: «Seguramente lo están protegiendo los comunistas infiltrados en el partido...». Y desde ese día, cada uno comenzó

a mirar a los demás con desconfianza y miedo. Cualquiera de ellos podía ser un comunista infiltrado, incluso cualquiera de los caudillos.

En suma, pese al enorme esfuerzo desplegado por los servidores del orden constituido, la fastidiosa propaganda continuaba y empeoraba. El tenaz llamado a la lucha por la justicia y la libertada arreciaba. Realmente, cosa de locos. Ya Espartaco, dos mil años atrás, había luchado por semejantes ideas y murió martirizado. Después fue el Nazareno. Por mandato del Padre Eterno se hizo portavoz de los justos y los humildes, y sus tormentos en manos de las huestes de Herodes marcaron un hito de horror en la historia.

Cuco Valiente no dejaba una noche de lanzar sus vibrantes escritos, machacando incesantemente sobre el vaticinio de «nueva era sin botas opresoras ni pueblo envilecido, sin privilegios ni corrupciones...».

Enfrascado en tan subversiva cuan solitaria porfía, se le escapaba el hecho de que vivía una época en que la sangre de un rebelde, cosa infinitamente menos importante que los rojos raudales de Indochina y Medio Oriente, una época en la que la sodomía y las drogas heroicas promovían sustanciales energías políticas, aunque contribuyesen a relajar lamentablemente la dignidad de los grupos dominantes, quedando en consecuencia la suerte de los individuos del pueblo no en manos de Dios precisamente sino bajo la delirante tutoría de los pilatos. La única importancia que podía tener un rebelde como Cuco Valiente dependía tan sólo de las ventajas que su existencia o su desaparición pudiera significar para beneficio y favor de la rica y alienada clase alta.

Cuco Valiente, cuya salud nunca había mejorado, dejó en efecto su refugio del Ybytyruzú, regresando a Loma Verde, pero no a la casa de su madre. Se asomaba de tanto en tanto por la ciudad, principalmente en horas de la noche, llevando consigo un buen manojo de sus escritos perturbadores. Y en una de éstas, lo inevitable ocurrió. El hombre fue visto y reconocido por alguien muy relacionado en áreas de la clerecía local. Fue así que la novedad no tardó en llegar a oídos del señor Obispo, nada menos.

Al cabo de breve y serena reflexión, el prelado acabó por convencerse de la penosa verdad, situándose de golpe en el difícil como ineludible cometido de tener que redimir el alma y salvar la vida de un Guerra, sobrino carnal de la piadosa Juana Guerra, cara a su afecto y mayordoma de los sagrados iconos de la parroquia, y de tener que apaciguar la furia en contra del enfermo sedicioso, todo dentro de absoluta reserva, acorde con su dignidad.

Obviamente, el Cuco tenía amigos, puesto que el Obispo pudo lograr le entregasen una carta, la que tenía por objeto iniciar una crucial negociación. Enterado de su insanía, cuidó de entrar en tema con sumo sigilo a fin de sortear la suspicacia propia de un enfermo mental. «Como servidor espiritual de este pueblo, amigo de tu familia y amigo tuyo, me permito escribirte y lo hago con gran esperanza -le decía humildemente-. Ignoro dónde te encuentras pero, asustado al saber que es a ti a quien buscan y que se disponen a eliminarte como si fueras un perro rabioso, hago esta carta y la pongo en manos amigas confiado en que pronto la habrás de recibir. Tomo esta decisión espontáneamente, buscando salvaguardar tu vida y contribuir a tu causa mansa y cristianamente, en la medida de mis

humanos recursos, porque pienso que para triunfar se necesita, antes que nada, continuar con vida. Pero quiero asegurarme de que has de otorgar entera confianza a mi buena fe, profundamente sentida y puesta en estas estrictas expresiones de mi deseo. En segundo lugar, habrás de permitirme conducirte personalmente a un sitio donde tu vida estuviese a salvo y donde yo pudiese poner a tu alcance lo necesario para subsistir y para la difusión de tu ideal de justicia con el cual estoy consustanciado por designio del Señor, hasta tanto el odio se haya apaciguado y en la conciencia del pueblo se hayan dado las condiciones para que puedas actuar contando con apoyos que yo mismo te ayudaré a ganar. Si aceptas esta propuesta mía, te prometo obrar procurándote las mejores garantías. Espero pues me indiques lo antes posible día, hora y lugar de cita y partida; lo antes posible, repito. Para la respuesta te sugiero el mismo conducto utilizado para esta carta. Si acaso no te sintieras a gusto en el lugar elegido, te llevaré al que tú prefieras. En el respeto de las condiciones pongo mi honor. Por de pronto te ruego, como primer signo de aceptación, suspendas toda actividad y te mantengas oculto. Te abraza tu amigo y hermano en Cristo». Siguen una cruz y una firma.

Según parece, los que por entonces estaban con Dios ya no eran neutrales. Y los marginados y perseguidos, hermanos por la sangre del Nazareno, ya no estaban solos.

El Obispo, ansioso de que cesaran las atrocidades causadas por la persecución, aguardó la respuesta del Cuco durante semanas que devenían una eternidad. Por los esporádicos intersticios de lucidez habidos en la penumbra mental del prófugo, mal podía filtrarse claridad suficiente acerca de una urgente tregua temporal hasta tanto fuesen dadas las condiciones en las entendederas de un pueblo obligado a soportar la hez hasta las coronillas. Y a pesar de la aguda religiosidad, propia del mal en su faz crítica, que padecía en los últimos tiempos, tener que hablar tan sólo con uno de aquéllos que llamaba «Judás», aliados de la dictadura, lo enfurecía. Cuco Valiente había hecho trizas la carta y la olvidó.

E impaciente el clérigo tras el silencio asaz dilatado, se puso en cauto movimiento por los vericuetos posibles, rastreando las huellas de su propia carta. Puso en ello lo mejor de sus luces y tardó mucho menos de lo esperado hasta dar con algún indicio cierto del paradero que buscaba. Ahora, su primer pensamiento lo paró ante la promesa de garantías que había formulado. Sin ellas, desde luego, no osaría encarar al Cuco, afrontando el riesgo de ser atacado por él mismo o por sus perseguidores.

Sopesó los grados de la condición humana en las distintas escalas del poder, y se decidió finalmente por aquella en que sentía depositada su mayor confianza. Un telefonazo a la persona más indicada le abrió paso sin dificultad, e inmediatamente se puso en viaje. A su arribo, una grata noticia lo llenó de optimismo. Como el señor Obispo no debía soportar tediosas antesalas, la entrevista le era concedida de inmediato. Pero apenas llegó al despacho, su ánimo declinó. Le chocó la presencia de ciertas personas a quienes hubiera preferido evitar.

Hechos los cumplidos de rigor, Monseñor trató de ser conciso:

-Le ruego, estimadísimo señor, me confíe la pacífica eliminación de Cuco Valiente -comenzó yendo al grano ante la sorpresa del alto funcionario-; se trata de un pariente mío y

respondo por él. Es, además, un enfermo en estado grave, y deseo llevarlo a territorio argentino, a un lugar de reposo, bien resguardado, de donde no podrá volver.

-Hummm, conque bien resguardado... Monseñor, me pone en un aprieto, pero, como contribución a la paz, confiaré en usted y haré algo que no debería hacer.

Tomó el teléfono:

-Extienda al señor obispo de Loma Verde un salvoconducto a favor de Arturo Guerra -ordenó.

-Bien, Monseñor, ya está, pero haga el favor de que su pariente no asome la nariz mientras yo viva, ni como Cuco... ni como loco...

-Dios se lo pague, señor. Lo recordaré en mis oraciones.

Sobre el escritorio, frente al busto de un personaje muy conocido, tallado en oscuro bronce, pudo ver entre tanto la primera plana de un ejemplar de La Tribuna aún intacto, destacando una temeraria declaración de Helder Cámara, prelado del nordeste brasileño: «La visión del Reino de Dios es subversiva».

Para ocultar su desazón, el Obispo se inclinó en ademán de despedida, atragantándose un tanto sus palabras. Una horrible duda lo invadía de pronto con respecto al salvoconducto, teniendo en cuenta sobre todo la suma facilidad con que el alto funcionario se lo había concedido. «Al final -pensaba con amargura-, los presuntos no-subversivos habrán de ser los verdaderos. Quiera Dios que puedan entrar en su reino, como el parabólico camello en el culo de una aguja... ¡Perdón, Dios mío!».

Cruzó la calle chistando a un canillita, tomó el diario, y lo primero que leyó fue el artículo avistado de reojo estando en el despacho. En efecto, Helder Cámara, como siempre, ponía el dedo en la llaga, esta vez en la propia llaga del Obispo, desgraciadamente. Al margen, en otro suelto con resaltante título: «Camilo Torres, obispo rebelde, abatido tiros». Y más abajo, breve, y como consecuencia del anterior: «Pablo Neruda exige el castigo de los traidores de América».

El Obispo oprimió nerviosamente el arranque. Alguien podría estar en ese momento riéndose en las tripas de su contribución a la no-violencia. O quizá siguiéndole los pasos, irremediabilmente, desde que saliera del despacho. Y tal vez fuesen a bloquear caminos y fronteras, «¡vaya uno a saber!»...

Por entonces en Chile aún vivía Salvador, y Kennedy ya había resucitado de entre los muertos.

Velozmente implementado el operativo, los técnicos en la materia exigían un conductor de probada pericia. Y entraron a deslizarse rumores como culebras por los pasillos interdictos acerca del predestinado, señalándose como el de mayor consenso un afamado comehumanos cuyo apodo dejaba poco lugar a dudas respecto de su ferocidad: ¡Curiyú!

¿Y quién sería Curiyú? ¿Quién sino algún terror de terrores? Por un verídico milagro, el cuchicheo no trascendía de la exclusiva atmósfera del poder, no invadía el aire de bajo fondo de las cantinas y mercados, ni menos aún el parco mundo eclesial, donde el preocupado Obispo, intuyendo apenas la posible maquinación, procuraba a todo trance dar forma a la más temeraria empresa que jamás hubiera soñado.

Afanosamente buscaba el conducto menos afrentoso que lo llevase a su decisivo encuentro con Cuco Valiente, ocasión en que habría de emplear todo el aplomo y seguridad adquiridos en su largo ejercicio de la razón y la fe cristianas.

A la madrugada del día siguiente, sin detenerse a decir sus oraciones, sin lavarse siquiera ni probar bocado, cargó en el auto unos bártulos y emprendió el regreso a Loma Verde. Poco después dejaba atrás el caserío, y la soledad de la ruta le permitía pensar. Nada alarmante notaba en el trayecto. Pero dentro de sí, a pesar de su aparente sosiego, sentía latente la inseguridad nacida en él en la víspera. Se le hacía como un inevitable mal, producto del clima en que por momentos le resultaba difícil respirar. Sin embargo creía no sentir miedo, ni tendría por qué temer. Personalmente había escuchado la orden, traía el salvoconducto en el portafolios y no le asistía motivo real para sospechar, salvo que...

El corazón le dio un brinco. ¡Claro! ¿Quién era él políticamente hablando? ¿Acaso significaba mucho más que Camilo Torres? «¡Ayúdame, Dios mío!» -exclamó en su soledad. Apretó el acelerador y subió la cuesta. Estaba en Loma Verde.

Tres horas de viaje habían transcurrido. Un bello sol estallaba entre nubarrones por encima del Ybytyruzú. El pueblo se sacudía del sueño concluido, desperezándose para proseguir el curso de su inveterada realidad.

El Obispo se desplazó por la calle de la iglesia, paró frente a la curia, puso en el auto un bulto más y volvió al volante. Al hacerlo, vio por el retrovisor, aparcado junto al cordón de la Delegación Civil, una suerte de furgón cerrado, verdusco y sucio, en cuya cabina se veía el perfil del conductor. Había total quietud en los alrededores. El centro parecía en Viernes Santo, nada raro para el Obispo. Tampoco le resultaría raro si el que veía fuese un vehículo militar. En Loma Verde, plaza permanentemente ocupada desde la fallida insurrección, ver carros blindados y gente armada se había vuelto parte de la gris rutina.

El auto del Obispo bajó por la calle del mercado, sorteando zanjones. A uno y otro lado, las placeras caminaban aupando el fardo de la miseria con irracional aguante, riendo y fingiendo regocijo. Los pájaros picoteaban la arena, y escapaban sin sobresalto al paso de la máquina, subiendo a las alambradas para verter desde allí la maravilla invariable de su canto. El auto desapareció entre la grisura del caserío lo cruzó y continuó lentamente.

Mientras, en lo más denso de la maleza que cubría el terreno perteneciente alguna vez a Zoilo Herrero, tirado bajo un techo de hojas, un acabado Cuco Valiente, sin sombra alguna de su famosa temeridad, se despertaba temblando tal como una moribunda bestia.

Había llegado allí procedente del Ybytyruzú, en el apogeo de su fiebre militante, y resolvió quedarse, adoptando el lugar como base permanente.

Consumido por la enfermedad y la inanición, pudo a duras penas incorporarse, y lo hizo gracias a que, ya próximo al fin, entre sollozos y ahogos de sanguaza, había pronunciado fortuitamente una palabra casi olvidada: «¡Mamá!» Y esa palabra prodigiosa, surgida de lo más hondo de sí, lo ayudó a moverse y le indicó el camino. Así fue como buscó desplazarse hacia donde antaño se encontraba el solar materno.

Penosamente se arrastraba por las laderas de la calle abandonada cuando un sigiloso automóvil se le aproximó, y un bulto humano descendió de él poniéndosele delante. Cuco Valiente, llevado por mero instinto, trató de usar el arma que portaba (una de las capturadas a los matones en ocasión de su increíble fuga de Ajos). El Obispo le opuso ambas manos abiertas en señal de paz, e hizo le comprendiera su deseo de ayudarlo. El aspecto físico del rebelde daba lástima, y nadie, viéndolo en ese estado, se hubiera propuesto otra cosa que no fuera lo decidido por el clérigo: llevarlo adonde al menos pudiese morir humanamente. Ningún otro plan previsto ya tendría objeto.

Quiso instalarlo en el asiento trasero dándole mayor comodidad, pero el enfermo, todavía con signos de algún razonamiento, indicó preferir la valijera. «Ciertamente -pensó el Obispo-, es el lugar más indicado». Lo era, por su propia seguridad, sobre todo.

Y habiendo recorrido luego seis o siete cuadras cubiertas de alta maleza, de repente, un vozarrón resonó: ¡Altooo!

El Obispo paró aterrado. Un pelotón armado de metralletas le cerraba el paso.

-¡Pare el motor y baje!

Daba la orden un sobrealimentado que se adelantaba apuntando. El conductor obedeció. Temblaba. La determinación que mostraban los armados lo convenció tajantemente de la nulidad no sólo del salvoconducto sino hasta de su dignidad eclesiástica. Revisado el interior del vehículo, la requisita pasó resueltamente a la valijera, encargándose de ella el «Curiyú» en persona. Y al abrirla, apenas elevado el capó a la altura de la bragueta, cinco tiros disparados como por magia hicieron estallar el espanto. El mismísimo Cuco Valiente había estado encerrado dentro.

Iluminado por un minuto de lucidez total en el momento de reconocer la voz de aquél que tiempos atrás había dirigido la masacre de la Columna Sesenta, esperó a que abriera y apretó el gatillo con alma y vida, perpetrando así su más inverosímil hazaña.

El «Curiyú» se había expuesto de un modo asaz alocado, deseando hacer gala una vez más de una cualidad que creía exclusiva suya, decidido a ser él y no otro el matador del condenado Cuco.

Al resultar designado para la misión, se había impuesto el trajín de vigilar discreta y minuciosamente al Obispo, e incluso viajó de noche a Loma Verde, anticipándosele. A la

mañana, al verlo arribar y luego encaminarse hacia las afueras, lo siguió a prudente distancia rastreando las huellas del auto hasta llegar al sitio donde ocultó el furgón y los hombres y aguardó. Todo lo tenía previsto excepto el inadmisibile albur de que la fiera plomería del enfermo mental fuera a trizarle los órganos capitales del bajo vientre.

El agónico malhechor, otrora escurridizo y feroz, nada calculado habría podido tener, dado su estado, al descargar el plomo de su intacto odio, salvo vengarse y morir. Y quiso el destino que, próximo al trance, llegara a su encuentro, empujado por el propio fatal designio, el Curiyú.

Pero éste no murió. Diríase que la fuerza de la suprema maldad le mantenía el hálito. Cuco Valiente, en cambio, acribillado por diez metralletas, sí, expiró.

Una vez extraído de la valijera, su rostro lucía una irritante paz, en tanto el Obispo, pálido, castañeteaba una oración invocando la misericordia del Señor, y el genio de la punición perdía sangre y heces por todos los agujeros.

Los hombres trasladaron al malherido con prisa y sumo cuidado hasta el oculto furgón, y luego hasta un centro de salud en donde le cauterizaron las heridas y él pidió para su espíritu una buena botella de escocés.

A pesar del mayor despliegue terapéutico y quirúrgico pocas veces visto, la cura no prosperó. Su muerte fue dada a conocer el mismo día que, en Nueva York, Roger Laporte se inmolaba con fuego de gasolina frente a Naciones Unidas, condenando la ayuda militar a los déspotas. Y el Hermano Seatle, pastor evangélico, se abría las venas en Merton Center, gritando:

-Cuando las calles estén calladas y ustedes las crean vacías, estarán llenas del espíritu de aquellos que en vida soñaron con una sociedad donde sea posible ser bueno.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo